



*Revista
Venezolana
de*
**PSICOLOGÍA
CLÍNICA
COMUNITARIA**

Nº 5

Universidad Católica
Andrés Bello
Caracas
2005

ÍNDICE

Editorial

La violencia en Venezuela 7
La Psicoterapia en Venezuela 9

Sección Temática Especial: Investigación en Violencia

La carrera moral del hombre de respeto y armas. Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas. Verónica Zubillaga 13

Historia de la disociación. Ana Gabriela Pérez de Antelo 55

Disociación: mecanismo de ajuste adaptativo o desadaptativo y sus implicaciones para el tratamiento. Edith Shiro 67

Vidas silenciadas: estudios de casos de una niña y un niño abusados sexualmente. María del Valle Westinner 81

Estudio de casos de las características de familias de bajos recursos donde ocurrió abuso sexual intra-familiar. Valentina Peñalba y Manuel Llorens 107

*La construcción de la conyugalidad violenta en el marco de la
sociedad y la cultura. Irene García de Keltai. 137*

Contribuciones

*Conversación con el Dr. Fernando Rísquez.
Fernando Rísquez y la Promoción de Psicólogos 2002. 163*
*La salud-enfermedad mental: perspectiva de los pacientes psiquiátricos
hospitalizados. Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama. 181*

EDITORIAL

LA VIOLENCIA EN VENEZUELA

“...existen todavía muchos médicos, psicólogos, profesores, magistrados, asistentes sociales, etc., que minimizan o niegan la existencia de los malos tratos y/o no son capaces de establecer la relación entre los signos de sufrimiento y los trastornos conductuales de niños y niñas con la posibilidad de que sean víctimas de la violencia...”

Jorge Barudy, 'Maltrato Infantil'

En 1994, se publicó un libro titulado: *La Violencia en Venezuela*¹ que reflejaba una serie de investigaciones que se hicieron tanto en nuestro país como en otros países latinoamericanos en torno al tema de la violencia. En la presentación del mismo uno de los autores escribió que, cuando se comenzaron esos trabajos en el año 1989, Venezuela aparecía como la excepción pacífica de un continente signado por la violencia. Sin embargo, para el final de las investigaciones en el año 1992 (continúa el autor) ya la situación había cambiado, aumentando los niveles de violencia y la preocupación general de la población con respecto a ese aumento. En la década de los noventa, las tasas oficiales de homicidio, por mencionar un solo indicador, se duplicaron, pasando de 13 homicidios por cada 100.000 habitantes en 1990 a 25 homicidios por cada 100.000 habitantes en 1999² y desde ese último año, hasta el 2003 las cifras se volvieron a duplicar (pasando de 5.968 homicidios anuales en 1999 a 11.025 homicidios en el 2003)³. Además, el comienzo del siglo XXI nos ha traído la agudización de la crisis social y política; y con ella la aparición de la polarización social, las manifestaciones violentas y los crímenes políticos.

Paralelo a esta violencia pública, está otra, más oculta pero no menos amplia y lesiva, como lo es la violencia que ocurre dentro de la familia. Las dimensiones de

¹ Ugalde, España, Scotto, Castillo, Hernández, Luengo, Bisbal y Ponce (1994). *La Violencia en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila y Universidad Católica Andrés Bello.

² Briceño-León, Pérez Perdomo (2002). *Morir en Caracas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

³ Rodríguez, G. (2004). “Los Crímenes Aumentaron 16%”. Diario: *El Universal*.

este problema, sólo las podemos imaginar, ya que no hay investigaciones amplias que registren su prevalencia. Sin embargo, en la consulta psicoterapéutica, nos encontramos diariamente con sus secuelas. Así por ejemplo, en la unidad de psicología del centro comunitario de esta universidad, hemos encontrado que más del 50% de los casos que nos llegan a consulta presentan situaciones de violencia dentro de la familia.

La violencia es una problemática urgente que continúa desafiando nuestra capacidad de respuesta. Hay mucho trabajo que hacer para sensibilizar a la población sobre sus efectos, formar a los profesionales para su identificación y manejo, así como desarrollar políticas coherentes y amplias que ayuden a contrarrestarla. La psicología clínica ha sido especialmente lenta en atender y enfrentarla. El trabajo en violencia requiere de nuevas herramientas de comprensión, detección e intervención. Requiere la capacidad para entender el peso de las variables contextuales en el desarrollo, de utilizar estrategias distintas a las tradicionales y de trabajar en equipo con especialistas de otras áreas como por ejemplo, del derecho.

Las investigaciones presentadas en este número, son una muestra alentadora del esfuerzo para comenzar a enfrentar la problemática en nuestro país. El primer trabajo de la socióloga Zubillaga nos ofrece la posibilidad de adentrarnos en algunos de los condicionantes sociales y culturales que influyen en la construcción de un estilo de vida violento, por parte de jóvenes de los barrios caraqueños. Su artículo, proveniente de una línea de investigación que tiene ya varios años desarrollándose, asombra por su densidad y valentía. Los siguientes dos trabajos, desde una perspectiva clínica, muestran como el concepto de disociación se ha seguido desarrollando, ofreciendo una herramienta, no libre de controversias, para identificar y pensar en las secuelas de la violencia. El cuarto y quinto trabajo, intentan reivindicar las voces silenciadas de las víctimas del abuso sexual, discutiendo tanto sus secuelas, como algunas de las circunstancias que facilitan su aparición. El último trabajo, de la sección temática, se pasea por distintas perspectivas de comprensión del fenómeno de la violencia conyugal y ofrece una reflexión de las mismas desde la perspectiva de género. Perspectiva, dicho sea de paso, que subyace en varios de los otros artículos. Esperamos que estas páginas sirvan para impulsar la visibilización, reflexión, formación y discusión de este tema.

LA PSICOTERAPIA EN VENEZUELA

*“Nos persuadió a pensar
por nosotros mismos”.*
Dr. Gonzalo Himiob,
en la celebración de los ochenta años
del Dr. Fernando Rísquez

A manera de contrapunto, el primer artículo de las contribuciones, nos aleja de aspectos sombríos y nos invita a celebrar. El Dr. Fernando Rísquez ha sido, quizás, el impulsor más luminoso de la psicoterapia en nuestro país. Sus cinco décadas enseñando psicoterapia en las escuelas de Medicina y Psicología de distintas universidades le han permitido ser maestro de una enorme cantidad de profesionales del área. Los estudiantes de quinto año de la promoción de 2002 lo invitaron a hacer un recuento del desarrollo de la psicoterapia en el país y a dialogar sobre algunas de las ideas con las cuales ha trabajado. La fuerza emocional y capacidad histriónica de Rísquez dificulta transmitir por escrito la experiencia de asistir a sus clases, el estilo conversacional fue escogido para intentar registrar algo de esa vivencia.

Finalmente, Dudet e Ito nos envían desde México un trabajo que intenta acercarse a la experiencia de ser un paciente psiquiátrico hospitalizado, volteando una vez más el lente y permitiendo que aquéllos a quienes atendemos tomen la palabra.

En el evento de celebración de los ochenta años del Dr. Fernando Rísquez, uno de sus discípulos, el Dr. Gonzalo Himiob, dijo: “él nos persuadió a pensar por nosotros mismos”. Necesitamos esa inspiración para poder seguir repensando y recreando nuestro oficio en las complejidades y velocidades de nuestro mundo. Esperemos que este número invite a caminar por esos senderos y a la vez sirva de pequeño homenaje a quien ha sido un ejemplo de libertad y atrevimiento intelectual.

Manuel Llorens

Sección Temática Especial:

INVESTIGACIÓN EN VIOLENCIA

LA CARRERA MORAL DEL HOMBRE DE RESPETO Y ARMAS. HISTORIAS DE VIDA DE JÓVENES Y VIOLENCIA EN CARACAS*

Verónica Zubillaga¹

Resumen

Las estadísticas nacionales confirman tanto el gran aumento de la violencia urbana, como la significativa participación de hombres jóvenes en este fenómeno. El presente trabajo, a través del relato biográfico, busca describir la participación de jóvenes caraqueños en el ejercicio de la violencia, así como organizar su comprensión desde la perspectiva sociológica. Se examinan las relaciones del ejercicio de la violencia con el proceso de construcción de la identidad masculina. Se presentan cinco categorías para organizar los resultados, que corresponden a cinco momentos distintos de lo que se ha denominado la carrera moral del hombre de respeto y armas: 1) el despertar de la conciencia de la masculinidad de merecido respeto; 2) la necesidad de hacerse respetar; 3) la demostración de temeridad, la consecución del arma y la obtención de respeto; 4) la elaboración de la base material de respeto; 5) la consolidación del respeto en el barrio.

Abstract

National statistics confirm the rise of urban violence in our country and the significant participation of young men in this phenomenon. The present article, with the use of the biographical narrative, tries to describe the participation of young *caraqueños* in the use of violence and organize its comprehension from a sociological perspective. The relationships between the use of violence and the construction of a masculine identity are examined. Five categories to organize the results correspond to five different moments

* La investigación sobre la que se basa el presente texto contó con los consejos del Prof. Guy Bajoit, de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica, y se realizó con el apoyo del centro de investigación Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO) en Caracas. Esta investigación recibió sostén financiero de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho (Fundayacucho) en Venezuela, así como de la Cooperation Universitaire au Developpement (C.U.D. Programme Actions-Nord 2000); Comité National d'Accueil, (C.N.A.) en Bélgica. Para ellos nuestro agradecimiento.

¹ Verónica Zubillaga es socióloga, Ph.D. de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica y Profesora de la Universidad Católica Andrés Bello. Se ha especializado en el tema de la violencia urbana en Caracas.

Verónica Zubillaga

in what has been called the moral career of the man of arms and respect, which are: 1) the awakening of the conscience of the masculinity of deserved respect; 2) the need to make others respect you; 3) the showing-off of bravery, the search for weapons and the attainment of respect; 4) the elaboration of the material base of respect and 5) the consolidation of respect in the *barrio*.

INTRODUCCIÓN

En Caracas y en las principales urbes latinoamericanas, la acción violenta se ha instalado en las interacciones cotidianas. Esta dinámica, que se hace evidente a partir de la década de los noventa, nos parece que hay que verla como inscrita en un proceso de transformaciones a nivel mundial que promueven cambios y se cruzan con procesos a nivel local en los respectivos países en el continente. Estos procesos intervienen en la cotidianidad e intimidad de los habitantes de nuestras urbes. A nivel mundial (global), aludimos a la hegemonía de una economía de libre mercado; la imposición del consumo como forma de participación social y de construcción de identidades; la expansión de tráfico ilegal como la economía de la droga y la de armas de fuego; el debilitamiento de los Estados nacionales (Wacquant, 1992; Wieviorka, 1997). Este último, se ha traducido a nivel local en el creciente deterioro de los servicios públicos, la devaluación de derechos sociales entre las poblaciones más vulnerables (vivienda, educación, empleo, salud, seguridad personal). Así, en Venezuela se ha prolongado y agudizado la regresión económica y deterioro de la política; el desamparo social y la desigualdad; el descalabro de las instituciones de administración de justicia y cuerpos de seguridad del Estado y se ha hecho patente la extensión del tráfico de drogas y uso de armas de fuego a partir de los años 90. Todo lo que se expresa en relaciones sociales de permanente conflictividad en nuestros países (Briceño-León, 1999; Del Olmo, 2000; Tavares Dos Santos, 1999).

Las estadísticas sobre crimen confirman que en los últimos años se ha verificado un aumento de los actos criminales y, en especial, la violencia con que se cometen (Sanjuán, 2000). La tasa de homicidios en Venezuela, y principalmente las de sus ciudades, se han duplicado entre 1990 y el año 2000. Durante el año 2000 en un fin de semana fue corriente saber que en este país murieron más de ochenta personas; sólo en Caracas más de treinta. Estudios epidemiológicos develan que las víctimas y victimarios de homicidio en Caracas son fundamentalmente hombres jóvenes que viven en barrios, la mayoría han muerto cerca de sus casas (83%) y el arma utilizada ha sido una de fuego (92%) (Sanjuán, 1997; Briceño-León, 1997). Así, las víctimas fundamentales de la violencia en la urbe se encuentran en sus barrios y aquí son tanto los hombres jóvenes armados en enfrentamiento permanente con sus pares o con la policía, como la población que convive con ellos.

Verónica Zubillaga

La preocupación que guió la investigación sobre la cual se funda este texto (que constituye uno de sus capítulos), se centró en la exploración de la construcción de la identidad masculina de hombres jóvenes de vida violenta y en la cualidad extrema de su violencia, es decir, el riesgo siempre presente de dar o recibir muerte. Aclaramos que nuestra atención se fija en el sentido de la acción violenta sufrida y desplegada por estos varones y no específicamente en el crimen. Para comprender esta violencia nos pareció entonces necesario dirigirnos a uno de sus actores fundamentales: hombres jóvenes que estuvieran armados y participaran en la dinámica cotidiana de enfrentamientos armados en diferentes barrios de Caracas. La estrategia metodológica que se adaptó a estos fines fue una de tipo cualitativo y nos decidimos concretamente por el relato biográfico² a través de las entrevistas a profundidad (Bertaux, 1997). Esta estrategia nos permitió conocer la vida e interactuar con estos jóvenes durante algunos meses de su vida³.

A partir de los testimonios de los varones, este texto propone comprender la historia biográfica de los jóvenes como una *carrera moral* por la obtención de respeto en el barrio. Digamos entonces, que el respeto constituye una preocupación fundamental y es el término que con recurrencia aflora en el vocabulario moral de una identidad masculina (Ramírez, 1993). Esta categoría de hecho emerge en investigaciones etnográficas sobre hombres de origen latino en otras latitudes. P. Bourgois en su estudio sobre vendedores de crack de origen puertorriqueño en el Harlem, revela cómo estos hombres, incapaces de encontrar empleos no precarios e impedidos de establecer el soporte material para legitimar la ascendencia tradicional que ejercen sobre sus mujeres y sus hijos (la base

² El relato biográfico dentro de la corriente de investigación cualitativa denominada métodos biográficos se funda en la premisa que una historia de vida, constituye una historia única y singular que sintetiza la historia colectiva de un grupo, de una clase social o de un fenómeno particular (Ferraroti, 1983:51). D. Bertaux utiliza el término relato de vida para subrayar el hecho que se trata del relato que una persona elabora de su vida frente a la demanda del investigador y no de la historia vivida (Bertaux, 1997:6).

³ Explicitamos que los testimonios de jóvenes caraqueños que presentamos proceden de dos fuentes: la fuente central constituyen 9 relatos de vida que elaboramos en conjunto con los jóvenes entrevistados entre julio 2000 y junio 2001. Las edades de los varones se extienden entre los 16 y 27 años, y dos adultos de 34 y 39 años. Una segunda fuente la conforman 14 biografías de jóvenes entre 16 y 18 años de edad. Este grupo fue seleccionado de los relatos recogidos entre jóvenes internos en centros del Instituto Nacional del Menor (I.N.A.M.), por estudiantes de sociología de la Universidad Central de Venezuela, participantes en el taller violencia juvenil urbana, dictado por el Prof. Roberto Briceño-León entre los años en 1998 y 2001. Para ellos nuestro agradecimiento. Los jóvenes entrevistados, crecieron en grupos de familias constituidas (padre y madre), y familias monoparentales presididas por la madre. En el momento de la entrevista vivían con sus familias de origen o las formadas personalmente. En este sentido, no se trata de jóvenes que viven en la calle o sin familias (Ver Márquez, 1999).

de la identidad masculina que se manifiesta en el respeto), se refugian en economías subterráneas y reconstruyen su masculinidad y el respeto correspondiente a través de la agresión y la autodestrucción (Bourgois, 1995). La investigación de A. Castillo, (1997) entre jóvenes menores de edad recluidos en centros del I.N.A.M., establece la noción de respeto como categoría central de análisis que articula una carrera por la obtención de respeto y dignidad (Castillo, 1997). Como veremos, nuestra preocupación se extiende a hombres de diferentes edades, se centra en el proceso de socialización masculina en el contexto de las condiciones en que les ha tocado crecer a estos varones y se focaliza en la relación y significado del uso de armas en esta carrera. Así, seguidamente y de la mano de sus relatos, exploramos la trayectoria íntimamente vinculada al uso de armas y a las interacciones masculinas, transitada por estos varones. Este texto devela el trabajo permanente de obtención de un respeto, que se redefine y se actualiza sin cesar, a lo largo de esta carrera.

La carrera moral del hombre con respeto y armas

Los jóvenes se definen a sí mismos prioritariamente como hombres para quienes el respeto, valor inextricablemente vinculado a su identidad masculina, es un elemento fundamental. El respeto constituye un elemento primordial tanto en el plano de las relaciones con los “amigos y enemigos”, como en el plano personal en tanto valor que orienta sus acciones y otorga sentido a la propia vida. A la luz de este significado, la trayectoria de estos jóvenes puede ser vista como una *carrera moral por la obtención de respeto* entre sus próximos. Se trata de una carrera en íntima relación con las limitaciones, oportunidades y decisiones vinculadas a crecer siendo hombre en un escenario como un barrio de una ciudad latinoamericana a partir de los años noventa.

La noción de *carrera moral* propuesta por E. Goffman en “Asilos” —definida a partir de su carácter *moral* como el *ciclo de modificaciones* que intervienen en la personalidad (debido a esta carrera) y en el sistema de representaciones por las cuales el individuo toma conciencia de sí mismo y aprehende a los otros (Goffman, 1968)— nos pareció pertinente como punto de partida para hilar las biografías de los jóvenes por tres razones. La primera, porque ellos hablaron del proceso de transformación experimentado íntimamente por su persona y de los hitos que han marcado estas transformaciones. La segunda, porque el respeto, el valor-ideal que orienta la acción de estos jóvenes, se trata de un logro individual y debe elaborarse progresivamente a través de demostraciones públicas. Finalmente, la tercera, desde que la obtención de respeto implica una serie de acciones emprendidas por los jóvenes que implican tanto la sucesiva (y permanente)

Verónica Zubillaga

modificación de la imagen del sí mismo como un cambio (continuado) en su estilo de vida y en el estatus que tienen frente a los ojos de los demás.

La noción de *carrera moral* de E. Goffman subraya precisamente esta perspectiva doble: el aprehender tanto las significaciones íntimas, la imagen de sí y de la propia identidad, como la situación del individuo en el marco de las relaciones sociales. “El concepto de carrera, autoriza entonces un movimiento de ida y venida entre lo personal y lo público, entre el yo y su medio social” (Ibid.).

Este movimiento de ida y venida entre el yo y su medio social, así como la noción de modificación de una posición a otra, están comprendidos en la noción *de carrera*, a partir de la cual H. Becker (1943) construye su conocido modelo secuencial de desviación. La noción de carrera, refiere entonces la secuencia de movimientos de una posición a otra, comprendiendo en esta trayectoria los factores (*career contingencies o contingencias de la carrera*) de los que dependen el cambio de posiciones, incluyendo aquí tanto los hechos objetivos de la estructura social como los cambios en las perspectivas, motivaciones y deseos del individuo (Becker, 1963). Becker, a partir del caso particular del consumo de Marihuana, propone comprender el desarrollo de motivos e intereses que llevan de la experimentación casual a un patrón sostenido de consumo; es decir el proceso de aprendizaje a través del cual un sujeto, en el curso de interacciones con personas experimentadas, aprende a advertir nuevas formas de experiencia y pensar en ellas como placenteras (Becker, 1963).

Así, de la noción de carrera que H. Becker comparte con E. Goffman, —el ciclo de modificaciones que experimenta el sí mismo en el marco de la red de relaciones en la que participa— nos interesa incorporar este elemento adicional que H. Becker introduce: la relación y modificación en la concepción de un objeto, de sus usos y placeres posibles, por un sujeto en el marco de interacciones sociales: la marihuana y una carrera de consumo, en el caso ejemplificado por H. Becker; el *arma de fuego*, en la carrera de establecerse como *hombre de respeto* en el barrio en nuestro caso.

Por último, hacer hincapié en este movimiento de ida y venida entre el yo y su medio social en el marco de la historia biográfica de los jóvenes, nos permite establecer el vínculo con teorías más recientes y concentradas en la identidad y la socialización —poniendo un acento especial en la socialización de género (Connel, 1987; Ramírez, 1993)—. Estas teorías precisamente entienden la identidad personal y social como proceso de construcción permanente de sí y de relación con los otros (C. Dubar 2000; G. Bajoit 2000).

Con esta proposición de *carrera moral de hombre de respeto*, hemos buscado articular la multiplicidad de biografías narradas por jóvenes que comparten el uso de armas de fuego y la orientación a la obtención de respeto. Esta proposición debe entenderse como el fruto del trabajo reflexivo de los jóvenes —y evidentemente, de las preguntas del investigador— traducido en la elaboración de una historia biográfica. En este sentido, esta carrera moral, está expresamente estructurada en forma de historia en la que por un lado, la dimensión reflexiva del discurso de los jóvenes —ellos seleccionan explican, justifican, narran eventos significativos de su vida y otorgan definiciones de sus acciones— adquiere un protagonismo particular y, por otro lado, el trabajo de edición biográfica de nuestra parte, cobra igualmente un peso fundamental.

Hemos distinguido 5 momentos fundamentales en esta carrera que hemos denominado como: 1) El despertar de la conciencia de la masculinidad de merecido respeto. 2) La necesidad de hacerse respetar. 3) La demostración de temeridad, la consecución del arma y la obtención de respeto. 4) La elaboración de la base material de respeto. 5) La consolidación del respeto en el barrio. Aclaremos además que en cada uno de estos momentos, más que factores deterministas, encontramos una configuración de contingencias que marcan modificaciones en las carreras de los jóvenes.

1. El despertar de la conciencia de la masculinidad de merecido respeto

Este momento viene dado por dos hitos fundamentales. Uno es la adquisición de conciencia de la propia masculinidad y el aprendizaje de la obligación de no dejarse someter por otros varones y otro, el temprano contacto y fascinación por las armas.

La adquisición de la conciencia de la propia masculinidad

La adquisición de la conciencia de la propia masculinidad viene dada por el aprendizaje de la obligación de no dejarse someter por otros varones. La necesidad de hacerse respetar frente a otros pares que se experimentan y se suponen acechando, es aprendida por los jóvenes a partir de sus parientes mayores. En este sentido, los jóvenes que entrevistamos no son jóvenes sin familia. Si bien algunos provienen de familias de madres sin pareja, los jóvenes cuentan con toda una red de parientes masculinos que les transmiten este respeto adherido a su identidad. A muy temprana edad, los varones comenzaron a entender que ellos encarnan una masculinidad, fuente de estima personal, que deben defender y reivindicar frente a la amenaza de otros concurrentes. Relatos plenos de brutalidad expresan entonces el modo en que los jóvenes cuando

Verónica Zubillaga

niños adquieren conciencia de la importancia y significado de ser hombre y lo que significan los otros varones extranjeros: contrarios al acecho que hay que subyugar para evitar el propio sometimiento.

Y hacemos un paréntesis para decir, que la animadversión al sometimiento entre hombres se despliega también en otros escenarios y con diferentes recursos, en grupos de hombres de distintos sectores y clases sociales y muy fuertemente en la propia policía. Podemos evocar expresiones de altas autoridades policiales venezolanas quienes, ante la denuncia y protesta de grupos de defensa de los Derechos Humanos por abusos cometidos por los agentes, respondían: “*Yo no sé qué es lo que quieren los defensores (...) ¿que los policías se bajen los pantalones?*” (*El Nacional* 29 de enero 2001). También, el folklórico invento de adjetivos de tinte misógino, como el de “pantaletudo”, entre algunas personalidades de elevado grado militar, en clara alusión a la ropa interior femenina, para aludir la “cobardía” de militares.

Así, un joven relató:

Lo mío es el basket. Me acuerdo que siempre jugaba en la cancha y hacíamos los partidos. Una vez estaba jugando con otro muchacho en la cancha, tenía yo 11 años cuando eso y llegaron dos muchachos más grandes. Ellos querían jugar y nos obligaron a dejar la cancha, pero no le hicimos caso. Uno de ellos se arrechó⁴ y me dio una patada y me quitó el balón. Me fui llorando para mi casa y en el camino me encuentro a mi primo que está en el malandreo, vendiendo droga, me acuerdo. Y me dijo que no me dejara malandrear por nadie, que yo era un varón y los machos no lloran. Me dio una 38 (una pistola) y me dijo: Tienes que matar a ese huevón, hazte respetar, no te dejes someter. Me acompañó hasta la cancha para que me desquitara de lo que ese gallo me hizo. Me fui a la cancha y le disparé en la barriga, agarré mi balón y me fui corriendo hasta llegar a mi casa. No lo maté, pero lo dejé tirado...

Así, el aprendizaje temprano del significado de ser varón tiene que ver directamente con el poder, entendido como fuerza, y con el pase de pruebas y tormentos donde los varones aprenden a defenderse (ver también Lancaster, 1992). Los jóvenes son preparados a enfrentar en la calle —donde no tienen ni padre ni madre, como argumentó un joven— agresiones de otros hombres y a imponer ellos su sometimiento: hacerse respetar.

⁴ Se arrechó, arrecharse: Verbo que expresa la acción de molestar o enfadarse.

El temprano contacto y fascinación por las armas

Los jóvenes revelaron cómo desde temprana edad, entre los ocho y los trece años, las armas pertenecientes a figuras masculinas cercanas como primos, tíos, hermanos, padre, padrastros, o amigos, despertaban un intenso interés e invitaban a explorar las sensaciones de su manipulación. Describieron la curiosidad, las ganas de saber “*qué se siente al disparar*” y la experiencia de “*detonar*” el arma en compañía de varones mayores. Narraron cómo este instrumento les interpela. Un joven relató: “*Yo estaba pequeñito, como 7, 8 años (...). Yo la veía así en la cama, en el cuarto, y de curioso, la agarraba, la traquiaba*”. “¿El la dejó en la cama?” pregunté, y él aclaró: “*No vale, él la tenía escondida en la parte de arriba de la casa y yo lo tenía vigilado, entonces, la sacaba, la agarraba, la veía*”.

Las armas, accesorio de una identidad masculina para la que hacerse respetar es un atributo fundamental, despiertan en los jóvenes un intenso interés que les lleva a buscar las situaciones para experimentar las sensaciones relacionadas con su uso y contacto. Así, algunos de ellos expresaron que aprendieron viendo y escuchando de sus primos, tíos o hermanos y las armas pasan a formar entonces parte del horizonte de sus intereses desde muy temprano.

El contacto y fascinación por las armas, así como la preocupación de los jóvenes por la conciencia de la propia identidad masculina, que deben reivindicar y defender frente a varones en competencia, son hitos que nos parecen fundamentales en esta carrera moral.

2. La necesidad de hacerse respetar

En el contexto de desamparo que se vive en el barrio, es en el momento en que los jóvenes se preocupan por su apariencia personal, exhibiendo las marcas de distinción de los objetos y prendas de vestir a la moda y entrando así en la arena de competencia por reconocimiento, que, según su testimonio, comienzan a vivir el acoso de pares mayores armados. La preocupación por la propia hombría y por elaborar la imagen personal a partir de las prendas de vestir, plantea el problema de cómo defenderlas frente a los otros que están al acecho. Es precisamente en este momento —alrededor de los trece y dieciséis años— que deciden conseguir un arma para su uso y defensa personal.

Verónica Zubillaga

El acoso

Los jóvenes que entrevistamos han vivido desde muy pequeños, y en cualquier trayecto de la vida cotidiana —en el camino al colegio o a la casa, en la ida a una cancha de deporte o a casa de algún compañero— el acoso sistemático de pares armados y en general mayores. La particularidad de esta dinámica, que llamamos acoso, para distinguirlo de los desafíos y respuestas en el seno de la *culebra*, es la asimetría de poder. En este sentido, en la dinámica del acoso no se trata de hombres en condiciones simétricas en juegos de desafío y confrontación. Se trata de niños o jóvenes desde muy temprana edad, y con la preocupación además de no dejarse someter, sufriendo el hostigamiento sistemático de pares armados y generalmente mayores, que les roban y humillan. La posesión de armas del opresor marca la asimetría de poder y obliga al joven a someterse a los requerimientos avasalladores del adversario. Señalemos que estos eventos, que pueden ser subrayados en situación por los jóvenes para presentarse como víctimas frente a la investigadora que entrevista, encuentran su correlato en la preocupación de padres y madres de niños jóvenes. Estos padres testimonian, en efecto, el temor por el atosigo que pueden vivir sus hijos. De aquí que como un círculo perverso, los padres inculcan en sus hijos aprender a defenderse personalmente.

Un joven recordó cuando tenía 14 años:

Era una banda llamada los Cucos por el sector de donde venían. Cada vez que ellos llegaban hacían como un arrase, empezaban desde el barrio de allá, quitándole zapatos, prendas, gorras, carteras, dinero, todo lo que conseguían y el que se ponía rebelde o reacio le daban un cachazo⁵. Yo fui víctima de eso como 3 y 4 veces, cuando yo me compraba mis zapatos Nike con mi dinero y córchale me daba mucha rabia de impotencia. Entonces yo un día, yo dije: —Ya está bueno—. Además, siempre mi papá desde chamo me trató de inculcar que yo no tengo que dejarme someter por ninguno, y siempre tuve esa mentalidad y de hecho la mantuve y la he mantenido. Pero en aquel momento qué podía hacer yo si ellos tenían pistola y yo no tenía nada.

En el contexto de sucesos como estos los varones relataron haber experimentado de manera abrumadora emociones como la rabia, el rencor, la impotencia. Así, un elemento común en las diferentes historias de vida, es el itinerario de mortificaciones repetidamente sufridas. Al llegar a un límite de humillación, y frente a la obligación de responder, el joven decide actuar e invertir su sostenida posición de desventaja.

⁵ Cachazo: golpe con la parte posterior de un arma de fuego.

Expresiones como “*todo llega a su límite*”, “*basta de esto caballero*”; el refrán “*el vivo es vivo hasta que el güevón se cansa*” pronunciado por un joven u otra variante, “*El vivo vive hasta que el pendejo quiere*”⁶ como expresó otro de ellos, expresan bien la acumulación de un hastío ante las humillaciones que se vuelven insoportables, luego del cual, se marca el hito donde el joven que inicialmente es pasivo toma la decisión de intervenir, defenderse o atacar.

En este escenario, donde desde pequeño se sufre el acoso permanente de pares masculinos, donde entre varones la norma vigente es la del más fuerte, tener una identidad de reacciones devastadoras, identidad a la que se le adhiere el respeto, tantas veces mencionado por los varones, se vincula no solamente con el deseo de alcanzar una identidad masculina reconocida, como en efecto se busca, sino a la necesidad de garantizarse cierta tranquilidad personal (ver también Bourgois, 1995).

Cuando le preguntaba a varios de ellos qué significaba esto de “darse a respetar” que profusamente habían mencionado, las definiciones concordaban y se relacionan a evitar las humillaciones y agresiones de otros: “*Darse a respetar es que no se metan con tu familia, ni se metan contigo, te respetan lo que es tuyo, que si es mi novia, no abusan con mi novia*” explicó Levi. “*Me respetan en el sentido de que nadie se mete conmigo ni con mi familia, porque supieron lo que soy capaz de hacer*”, fue el modo en que lo definió otro de los varones. *Tener respeto* implica pues disuadir las faltas de respeto.

3. La demostración de temeridad, la consecución del arma y la obtención de respeto

La obtención de respeto se relaciona con la acción pública del tomar represalias. Este sentido del respeto depende sobre todo del reconocimiento de los otros, de la interpretación de una audiencia. Está íntimamente ligado a la persona física y a sus acciones públicas. La dependencia de la mirada de los otros es lo produce un aspecto competitivo y espectacular. Ser un “hombre de respeto” entre varones lleva a la permanente demostración de que, por un lado, no se dejan someter y, por el otro,

⁶ Vivo, que en el lenguaje corriente significa audaz, aprovechador o pícaro. En oposición, Pendejo o Güevón que significa tonto, pasivo, o aquél que se deja hacer o humillar y por esto vulnerable.

Verónica Zubillaga

imponen su dominación. Y en un contexto de uso de armas generalizado, para hacerse respetar, hay que conseguir una y utilizarla sin contemplaciones⁷.

La consecución de armas

“Yo estaba pendiente era de mi basket, pero tú sabes, siempre andaba empistolado⁸ porque nos gustaba vestirnos bien. Entonces hay tipos por estos sectores que antes asaltaban, le gustaban por ejemplo quitar zapatos, entonces, yo era un chamito así un poco tremendo a mí no me ha gustado que me falten el respeto y el que me lo falta lo he jodido. Yo siempre me compré una pistola, las tres primeras pistolas que hubo por aquí, por cierto, las traje yo. El que dio a respetar aquí ¡fue uno vale! Uno fue quien le dio la cara a los tipos. ¿Sabes qué? Aquí se va a acabar esto. Si se meten van a recibir es tiro. Tiro con ellos bandera⁹ para que vean que la vaina no es mentira. Entonces uno era burda de chamo para ese entonces y los tipos decían, los vamos a matar facilito porque son carajitos y nunca pudieron con uno. Tuvieron que pirar ellos mismos porque poco a poco uno fue sonando y fuimos adquiriendo más armas hasta que se armó un problemón grande ¿ves?”.

Recordó Rony de cuando tenía catorce años.

La consecución del arma marca un hito fundamental en las biografías de los varones propiciando la opción por un estilo de vida. Esta promueve el sostenimiento de los enfrentamientos cotidianos, donde se difunde la propia reputación asociada al respeto. En el seno del grupo de amigos, algunos jóvenes narraron cómo el hecho de que uno de sus miembros consiguiera un arma, marcó el hito donde los otros pares, fascinados también por este artefacto, y en medio de rencillas con pares opositores, comenzaron también progresivamente a armarse.

Un joven contó sobre su banda: *“Si supieras que esa banda nació con una pistola que consiguió uno de los compañeros y después como todos éramos amigos, por ahí nos fuimos, por ese mismo caminito, le agarramos el sabor, como quien dice. Todo el mundo comenzó a comprar, nos reuníamos entre cinco y comprábamos una y ahí teníamos todos, bueno un equipazo”*. Le pregunté a Manuel: *“Pero, ¿por qué se armaron? ¿Qué les llevó a armarse?”*. Manuel continuó: *“Aparte de ése que se consiguió eso y que nos sonsacó*

⁷ En una investigación realizada en Caracas entre 203 jóvenes internos en centros de tratamiento y diagnóstico del I.N.A.M., el 25% afirmaba que utilizaba el arma para protegerse, 22,2% por venganza (Gabaldón y Suyín, 2001).

⁸ Empistolado: andar o cargar con pistola.

⁹ Bandera: Con ostentación. Acción realizada con gran despliegue, sin discreción.

un poco (haciendo referencia al amigo que se consiguió primero el arma), *era lo que nosotros veíamos que pasaban gente de todos los sectores, a echar varilla al de nosotros y a someter a los amigos y a robar*". Y advertimos seguidamente el modo en que él expresa la modificación en su ritmo de vida:

Y entonces nosotros caímos en eso prácticamente para defendernos, entonces estuvimos en la defensa, mas caímos también en donde hay poca mentalidad o mentalidad débil¹⁰, de andar para arriba y para abajo echando plomo (...). En ese tiempo era la emoción, que te vean las muchachas para que crean que tú eres bravo, que tú le echas, vulgarmente, bola, de que tú eres arrecho, de que tienen que respetarnos. Eso es lo que uno ve pues, nosotros antes de que nos metíamos en los otros sectores decíamos: tienen que respetarnos, nosotros somos los más arrechos.

El arma acompaña entonces de modo permanente la acción expresiva del joven en acción por la obtención de respeto. Este es el período de familiarización, del aprendizaje de su manipulación en grupo y enfrentamientos cotidianos. Es el momento cuando varios jóvenes narraron que comenzaron a ahorrar para poder comprar un arma, siempre disponible de la mano de otros cercanos. Y las armas pasan entonces a ser un importante elemento de la vida social de la banda y en general de la sociabilidad masculina. Las armas permiten a los varones compartir secretos, por ejemplo el de su ubicación; sólo los amigos conocen donde se esconden y ellas son de propiedad colectiva en el grupo. El préstamo de armas puede definir, aunque sea de manera efímera, el establecimiento de una relación amistosa entre varones. Los varones portan armas a las canchas de deporte, juegan armados, las llevan al liceo. El "ir a disparar" constituye un pasatiempo entre varones y es el evento donde los menores aprenden de sus mayores.

En este momento, los jóvenes, comienzan ellos en su turno a promover la imagen de muchachos alumbrados, de élite temeraria. Empiezan a subyugar a los otros a su sometimiento, a construir su propia *fama*.

La demostración de temeridad

Los jóvenes hablaron del período de los enfrentamientos rutinarios como el momento de su salida a la luz pública. Es el momento en que se convierten "*en los más feos del sector*" como dijo uno de ellos; "*El más sonado de su sector*" como afirmó otro. Es la

¹⁰ Mentalidad o mentalidad débil: derivado de mente, significa en este contexto, actuar con poca consciencia, ligereza, inconsciencia.

Verónica Zubillaga

época en que se construye la propia reputación y en consecuencia la época de mayor sensibilidad a los retos y a las humillaciones. Es igualmente el momento donde se buscan las oportunidades para producir eventos de una violencia espectacular, donde se corre el rumor. Sus nombres circulan entre las voces de los vecinos y no es entonces casualidad que los jóvenes manifiestan que “*están sonando*”, son “*los más nombrados*”. Es este el momento en que algunos de ellos saben que corren el riesgo de ser etiquetados por sus vecinos de malandros o azotes.

Las relaciones entre varones oponentes y armados se degradan al punto que se desata este antagonismo descarnado que viven y ejercen entre ellos. Para Rony, un elemento fundamental en esta transformación es la habituación y banalización del uso del arma, que explicó con ironía:

Nosotros estamos acostumbrados a matar, a andar con arma, el manejo siempre ha sido de chamo. Yo creo que eso, más que todo, es lo que ha puesto a uno así, coño de madre pues, las armas. ¡Todo el tiempo uno con una pistola encima, vale! Uno iba para el liceo con pistola encima, ellos disparaban y nosotros también y eso era un loqueteo¹¹. Y poco a poco, bueno, eso ya, ya tú sabes.

Las disputas se transforman en luchas de aniquilación y sobrevivencia. Los varones hacen alarde de “*no tener corazón*” frente al adversario. Aprenden progresivamente a percibirse y a experimentarse en tanto presa y depredador, entre quienes no hay tregua ni compasión posible. Los que viven en este período de permanente confrontación entre varones comprendidos en la *culebra*, se aplican ofensas y humillaciones en público. Hablan de la rabia e impotencia que les toma por completo en situación y que desatan reacciones demoledoras o producen un rencor que acumulado permite ejecutar las calculadas venganzas.

En el período en que se rutinizan los enfrentamientos, los jóvenes narraron que experimentan una modificación de la imagen de sí y de su estilo de vida, de la “*entrada en otro mundo*”, “*de enfermarse la mente*”. Una vez conversando con Robert, narró sobre aquella época: “*Después que agarré mi junta¹² me eché a perder*”. “¿Cómo es eso Robert?” Y él continuó: “*Porque yo no era así, yo era un chamo de mi casa, o sea mis pana y vaina, jugar basket, hacer deporte era lo mío, pero después que empecé a agarrar la droga, empecé a agarrar una pistola en la mano a disparar, a dispararle a la gente, me eché a perder*.” En otra oportunidad, haciendo una recapitulación de eventos significativos

¹¹ Loqueteo: una locura.

¹² Junta: compañía de los pares.

de su vida, Robert acompañó el relato del acoso sufrido con la narración del proceso de modificación de su propia acción, de sufrir el acoso a ejercerlo. “*Cuando yo quería pasar tenía que pedir permiso, si no pedía permiso me jodían me daban una patada, hasta que después los chamos me aceptaron en su grupo y bueno, después yo aplicaba la misma*”.

Entre los compañeros de la banda, la consecución de respeto deviene más importante que la propia vida, tanto la estima de sí, encarnada en el hacerse respetar, depende de la mirada del otro que la confirma. Durante las sesiones de entrevista con Robert, cuando hablamos sobre su participación voluntaria en los intercambios armados de la *culebra*, le pregunté si no le angustiaba la posibilidad de morir. El explicó sus razones: “*Claro que me angustió, pero si yo me pongo a hacer las paces con todos mis enemigos, entonces: ¿Cómo quedo yo, con mis panas¹³? Quedo como el propio chigüire¹⁴. Si me angustia porque a cualquiera le angustia morir pero mientras yo lo pueda matar primero bueno...*” “¿Por qué es tan importante quedar bien delante de tus panas? ¿No es mejor quizá quedar como un *chigüire* pero que no te maten?” le pregunté y él justificó:

La verdad es que yo no lo pienso así. Yo prefiero quedar bien con mis panas antes que ser *chigüire*. Un *chigüire* no lo aceptan en ningún lado. Un *chigüire* es *chigüire* donde se pare, para donde vaya siempre va seguir siendo un *chigüire*. Entonces si desde un principio ya yo me di a respetar, que yo no era ningún *chigüire* de nadie, ahora después de tantos años no me voy a convertir en *chigüire*. Ya yo me hice respetar y bueno...

En esta explicación se desprende la capacidad de este joven de fusionarse con su banda hasta morir, pero en el estado de fragilidad que se vive en el barrio, la desafiliación se vive igualmente como máxima vulnerabilidad. Y no es entonces al azar que en la justificación de Robert, junto a la expresión de la necesidad de mantener el respeto concedido por sus amigos, emerge como horizonte amenazante la figura del desprecio: el *chigüire* que constituye esa suerte de muerte social del paria, el rechazo y marginación.

Así, es durante el período de obtención del respeto, para lo cual es necesario demostrar temeridad, cuando los jóvenes muchas veces otorgan prioridad a la obtención de respeto entre varones —tanto entre los contrincantes como entre los amigos— en

¹³ Panas: amigos.

¹⁴ Chigüire: es un personaje del mundo de los jóvenes, representa la identidad despreciada. Denomina al joven que roba y agrede a su propia comunidad, connota aquel que no tiene escrúpulos. Designa también aquel que carece de voluntad de poder, es la persona objeto de sometimiento. Tipifica la situación y modo de acción de jóvenes en extrema vulnerabilidad, los jóvenes adictos a drogas y sin familia, que incurrir en robo en su propia comunidad (Ver también Pedrazzini y Sánchez, 1992; Márquez, 1999).

Verónica Zubillaga

detrimento de la norma mínima de convivencia con respecto a los vecinos del sector inmediato¹⁵. En este período mueren decenas de ellos en los enfrentamientos armados, o ajusticiados por la policía, luego de la denuncia sistemática de los vecinos del sector.

4. La elaboración de la base material de respeto

Paralelamente a la necesidad de defenderse y de iniciar disputas para elaborar la imagen de hombre que se hace respetar, en la adolescencia, los jóvenes experimentan la preocupación por procurarse una imagen equipada con los signos de consumo. Y si constituyen la figura masculina principal de su hogar, tienen la preocupación fundamental de constituirse en proveedores económicos para sus madres o parejas.

La capacidad de elaborar la propia imagen, más allá de revelar la necesidad de reconocimiento y la adhesión a la imagen apreciada del joven consumidor, constituye para los jóvenes la prueba de la autonomía frente a los familiares y el indicador de que ellos mismos se han erigido ahora en proveedores. La cara y el cuerpo es el medio de expresión de esta preocupación independentista y del clamor de existencia social.

“Después que ya yo soy hombre, y ya prácticamente desde que tenía 16, 17 años me empecé a comprar mis zapatos, mi ropa, mis bromas, yo mismo me independicé, me independicé te digo en el sentido de lo económico, mas no de mi casa, el calor de mi madre, de mi familia”

Explicó Freddy.

La entrada en actividades económicas ilegales será el sustrato material que les permitirá la generación de recursos. Esta entrada tiene que ver entonces con una configuración de contingencias.

La pérdida de fe en la educación

La *pérdida de fe en la educación* es un hito importante en esta carrera. Es en esta época cuando estos jóvenes pierden interés por la educación y adquieren conciencia

¹⁵ A pesar de que la violencia ejercida por los jóvenes es una excesiva, que se piensa sin límites, de acuerdo a los testimonios de jóvenes y vecinos, en esta investigación presentamos la hipótesis de que existe entre ellos y los vecinos del sector inmediato, un acuerdo mínimo de convivencia. Proponemos que en función de esta norma básica de convivencia se juzga y se define la identidad pública de los jóvenes y se establecen entonces las distintas formas de relación. La complejidad de esta relación comprende un umbral que puede variar entre la franca hostilidad (p.ej. el linchamiento del joven definido como azote), pasando por la tensa convivencia hasta el intercambio de prestaciones: frente al desamparo oficial, los jóvenes ofrecen vigilancia y protección. Los vecinos resguardo de los enemigos y de la policía.

de los míseros salarios de los empleos disponibles para varones de su condición. Los diferentes jóvenes que entrevistamos revelan haber vivido su primera infancia implicados en la escuela, y luego, durante la adolescencia, entre los 13 y 15 años, comienzan a perder el interés así como el sentido de continuar en el liceo. La educación no tiene conexión con una vida deseable. Un joven comentó que no quería “*estudiar más ¿Para qué?*”, preguntó.

Distintos muchachos comentaron que se aburrían en la escuela. Las materias de estudio y las ordenes de los maestros son toleradas difícilmente por estos jóvenes en entrenamiento para hacerse respetar y no dejarse mandar. Es el momento en que comienzan a ausentarse de la escuela: unos para permanecer en la calle con los amigos, explorando otros saberes y placeres —algunos se van a jugar en máquinas de juegos electrónicos, otros se van a tomar, se van a la playa y centros comerciales con las novias— otros porque tienen conflictos con pares armados, en el interior del mismo liceo, en las calles (Márquez, 1999). Por otro lado, en este proceso de abandono, pueden ser las mismas escuelas y liceos la sede donde se inician en el tráfico de drogas, circulando la mercancía para venderla al exterior, o consiguen armas de la mano de pares. En todo caso, para los muchachos con quienes hablamos, la escuela representa un régimen donde no se ofrecen ni obtienen herramientas para tener una vida aceptable o para el acceso de los preciados bienes de consumo.

“Yo veía que tanto uno estudiar, cortándose la cabeza y no había real¹⁶, no había nada. A veces iba para el liceo sin comer, pasando hambre que nooo... que regañan uno y uno obstinado¹⁷ en esa escuela, veía que nunca iba a sacar esa broma ¡Noo!, entonces dejé de estudiar... empecé a trabajar, vendí empanadas, café, después vi que nada de eso funcionaba...”.

Explicó Levi.

No obstante, hay que decir que esta pérdida de fe en la escuela, algunos de los jóvenes la viven como una tensión. Es decir, aunque ellos personalmente perdieron la fe en la educación como herramienta y recurso para la mejoría de las condiciones de vida, al mismo tiempo, los de mayor edad hablan de cuidar a sus hermanos menores o sus hijos para que estudien.

Así, sea por el progresivo abandono y el subsecuente fracaso académico, sea por el sostenimiento de conflictos y violencias fuera del liceo o en su interior, o sea porque, en

¹⁶ Real: modo coloquial de llamar el dinero, la moneda venezolana.

¹⁷ Obstinado en Venezuela significa fastidiado, harto.

Verónica Zubillaga

el caso de las familias más pobres, deben abandonar el liceo para dedicarse a trabajar, los jóvenes interrumpen definitivamente la educación en la adolescencia.

La desconfianza frente al trabajo

Antes de su implicación en actividades ilegales, la mayoría de los jóvenes experimentaron una vida laboral legal o en el mercado de trabajo informal. Frente a la experiencia laboral, los varones no cesaron de argumentar su resistencia a aceptar la miseria de los sueldos a los que tenían acceso, la explotación de la que eran objeto, la incapacidad de tolerar los mandatos de superiores, la falta de oportunidades. Los trabajos disponibles no permiten constituirse a los muchachos en hombres independientes, no permiten sostener sus familias y menos permiten sufragar su estilo de consumo.

Una visión teñida de un realismo pesimista y de desconfianza sobre el trabajo prevalece entre estos jóvenes hombres. Realismo pesimista, porque se basa en la plena conciencia de la poca relación entre trabajo y condición de vida, entre esfuerzo y resultado. Y aquí, varios jóvenes alegaron negarse a llevar la misma vida de sus padres: *años de trabajo al final no tener nada*. Colmada de desconfianza, porque los jóvenes conciben y anticipan que aquéllos que tienen riqueza lo han hecho a costa de los más débiles o los más distraídos (aquéllos que no están alerta vigilando su patrimonio): las pequeñas trampas extendidas de los comerciantes a sus clientes; la corrupción sistemática y el robo extendido a los ciudadanos de los hombres políticos, la corrupción y crímenes de la policía.

Rony comentó sobre el contraste entre él y su padre:

Por lo menos, mi papá es uno. Mi papá trabajó 35 años, y ¿qué tiene ese cabrón? ¡No tiene nada! Uno que por lo menos es un carajito tiene son cuatro bolívares en la calle y lo que saca son puros carros último grito. ¿Ves?

Esta visión no hace sino consolidarse con la capacidad de comprar el silencio o ignorancia de la policía, y sigue Rony: “Entonces hay que guardar platica... la policía que tú sabes que siempre esta al acecho de uno...”

Los jóvenes expusieron toda la serie de negativas que les llevan a desistir de empleos de penuria. Plegarse a las condiciones de trabajo disponibles, constituye pues la trayectoria opuesta del brillo del hombre de respeto que exhibe y ostenta los indicadores de su éxito. Y al mismo tiempo la posesión de armas, la continuidad de los enfrentamientos, el respeto que comienza a difundirse y la cercanía con otros jóvenes

implicados en economías alternativas, constituyen todas buenas razones para explorar fuentes alternativas de obtención de recursos. Las “*únicas economías que funcionan*”, de acuerdo a Levi; “*el negocio que ahora da real*”, argumentó otro joven.

Así, a medida que los jóvenes pierden las esperanzas en la educación, exploran y rechazan empleos miserables, comienzan a preocuparse por su independencia económica, y empiezan a frecuentar aquellos dedicados a tráficos alternativos a los legales.

Cercanía y permeabilidad de actividades económicas ilegales

Una de las vivencias comunes en los testimonios de estos jóvenes, en contraste a la penuria que expresan durante experiencias laborales, constituye la permeabilidad de la economía de la droga y de las redes involucradas en crímenes organizados. Frente a la ausencia oficial y la orfandad de redes de ayuda, ésta es una de las pocas y amplias redes de producción de recursos. Estando extendidas las redes de economías ilegales entre amigos y conocidos, los jóvenes comienzan a demandar su afiliación o reciben ordinariamente invitaciones a participar. La obtención de recursos en esta economía permite tener la independencia económica para elaborar y afianzar la imagen de respeto (equipada en adelante con los signos distintivos de existencia social) y sostener el hogar cuando se es proveedor principal.

La reputación de respeto aprovisionada de armas y constituida en los enfrentamientos, constituye el capital social que permite realizar los contactos para conectarse a las redes involucradas en actividades económicas alternativas. Así, Pedro narró el modo en que el sentido expresivo de la acción se fusiona con el sentido estratégico cuando se trata del paso de hacerse aceptar en un banda, entendida como organización en la que se producen recursos:

Hay chamos que por lo menos, también le salen para yo podérmela pasar con ellos, para yo agarrar un cartel¹⁸, tengo que hacer algo para que me paren bola¹⁹ a mí. Por lo menos, este se trajo unos reales, de donde haya real, y entonces: ¿Firmaste²⁰ al chamo?

¹⁸ Cartel: La palabra “Cartel” y sus derivados adjetivos “Cartelúo” o “Cartelúa” viene del nombre dado a las redes del narcotráfico en Colombia, el Cartel de Calí, el Cartel de Medellín. En el habla de los jóvenes, la palabra “Cartel” significa prestigio, y se asocia a la reputación que un joven gana por su trayectoria en el tráfico de drogas o por un hecho en particular donde demuestre su temeridad (Duque & Muñoz, 1995).

¹⁹ Parar bola, pararle a alguien: hacer caso, atender.

²⁰ Firmaste, en este contexto significar advertir la presencia o actuación de un otro.

Verónica Zubillaga

Oye, el chamo le está poniendo. Entonces, ya, lo respetan un poco, no vale, el chamo es serio, el chamo, no le gusta ese chigüireo²¹ y así es que a uno le dejan meterse en el grupo. El chamo es serio, vamos a dejarlo que se achante²² con uno...

La posesión del arma marca la flexibilidad del paso de la acción de defensa a la de producción de recursos económicos. Se sabe bien que el arma constituye una herramienta de trabajo en el tráfico de drogas donde hay que acaparar o defender mercados, o en los golpes de robos organizados, donde se trata de transacciones en las que hay que doblegar las contrapartes o enfrentar los agentes policiales. Pedro explicó: “Uno tuvo que buscarse armas de fuego, para defenderse, y después bueno, para trabajar también, para conseguir dinero”. Freddy expuso su paso de la acción de defensa a la acción vinculada al crimen. Tener una imagen de hombre de respeto le permite hacer contactos y entrar en gremios vinculados a robos organizados:

Andando esas cosas conocí gente que decía oye este le echa pierna²³. Fui haciendo relaciones y cosas... todo eso me llevó a una cadena donde yo veía que, oye, esos tenían bastante plata, tenían todas sus comodidades y yo quería tener plata y dejarme de aquello. Porque yo nunca me he podido considerar como un asesino porque nunca me gustó quitarle la vida a un cristiano por X circunstancia. Entonces, me retiré, por decirlo así, de aquello y quedé con una imagen de respeto, es un respeto de que nadie se metía conmigo, porque sabían que iba a tomar alguna actitud hacia ellos... y los que se metían sólo querían que uno cayera en provocaciones. Entonces se fueron apaciguando los problemas, se fueron matando la gente de los Cucos (la banda invasora). Al ver yo que ya ese problema, estaba como quien dice apagado o muerto, yo pude dejar de quitarme esa idea de la cabeza, de lo que yo era por una necesidad de tanto conflicto...Y me empecé a ligar con otra gente, más o menos ver por otro camino, me llamaba la atención porque se trataba de dinero, me daba mis gustos, mis lujos, y ahí fui entrando, me fui dando a conocer con ellos, cómo trabajo, cómo hacía las cosas. Tuve mis inexperiencias pero como quien dice, fui agarrando experiencia de cómo hacerlas...

El aprendizaje

Para los muchachos la iniciación y familiarización con las actividades económicas alternativas a las legales, que permiten generar recursos que constituyen la base material para la elaboración de la imagen de hombre de respeto, se relaciona a un proceso de formación en etapas y en interacción con otros (en la calle, en oposición a la escuela)

²¹ *Chigüirear*: verbo derivado de la palabra Chigüire, significa robar o traicionar a los compañeros.

²² Achante, de achantarse: permanecer, frecuentar, codearse.

²³ Echarle pierna: tener iniciativa, disposición a actuar en situaciones que requieren un gran esfuerzo, coraje.

que “enseñan” las técnicas, saberes, manejo del cuerpo, emociones y reflejos. En este sentido, una suerte de teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland y Cressey, 1966) está integrada al saber cotidiano. Los muchachos comparten la idea que aprenden viendo, escuchando, “agarrando consejo” y desarrollando su propia forma de acción personal.

Una modificación sustantiva en su ritmo de vida se produce por la incorporación de distintos hábitos: el porte de armas, el despliegue de destrezas, tener buenos reflejos, manejar las emociones, correr rápido, cubrirse; el aprendizaje de destrezas histriónicas y de disimulación frente a la policía. Rony lo explicó utilizando la metáfora del aprendizaje de un deporte:

Tú sabes que cuando uno iba creciendo, de repente, si uno escucha, todo ese mundo es de lo bien sabio ¿Ah? Bueno mira, un tipo que tiene sabiduría, que ha conocido de la vida, te dice: Si te metes por aquí en ese callejón te va salir un tigre entonces ya tú sabes que el tipo se quedó, tú no vas a pasar porque ahí te va a salir un tigre. Te vas por otro callejón y no tienes problemas con el tigre, por decirlo así. Entonces ya uno capta, ya uno aspira un poquito más, cada vez más alto”. “¿Cómo es eso que cada vez más alto?” dije y él continuó con pedagogía: “Porque son etapas que por lo menos uno vive pues. Por lo menos para aprender a jugar “basket-bol” hay que primero aprender a rebotar la pelota, así sucesivamente. Son etapas de la vida que uno va aprendiendo y va viviendo.

Así los jóvenes conciben su trayectoria de aprendizaje como una serie de etapas, como la acumulación de experiencias que les permiten no sólo adquirir técnicas y un saber-hacer, sino también difundir una reputación que les concede ampliar oportunidades en este rubro de actividades. Es en este proceso de aprendizaje en compañía de otros hombres donde los jóvenes en situación, despliegan sus habilidades y van construyendo una reputación que les permite adquirir una imagen de respeto consolidado. Y el respeto se constituye así en una suerte de capital de credibilidad que asegura buenas oportunidades e importantes ganancias, mayores responsabilidades, como dice Levi, así como una posición de mayor ascendencia en la banda (Bourgois, 1995).

Un hombre de respeto no se somete a la droga

Dentro de esta trayectoria, los jóvenes inician el contacto y exploración de la diversidad de drogas que tienen disponibles. Los jóvenes con quienes conversamos, si bien manifestaron el consumo de drogas suaves como la marihuana y drogas duras como la cocaína, manifestaron insistentemente su resistencia a la adicción a drogas

Verónica Zubillaga

duras y de veloz efecto adictivo como el crack²⁴. En contraste con la curiosidad que algunos de ellos sintieron cuando pequeños por las armas de parientes o de amigos cercanos, la constatación del deterioro físico y de la voluntad producido por drogas como el crack (denominado también *pedra*) en la experiencia igualmente de parientes cercanos, produce una huella indeleble y disuade el interés por la exploración de este género de drogas.

José, expresó sobre los casos cercanos que había conocido y la poca curiosidad en explorar las drogas duras. Explicó así mismo cómo el que se somete a las drogas, “pierde todo” y cede hasta sus más preciadas pertenencias. Y nótese cómo habla de Pedro, su amigo protector y preceptor en la banda:

Por lo menos a mí no me gusta pasármela así con alguien que sea dañado²⁵. Pedro la vende, él no la consume porque eso no trae nada bueno. Porque eso si tengo yo, que a mí no me da curiosidad nada de eso. Porque ya yo sé como es eso que no lleva a nada bien.” “¿Cómo sabes tú cómo es eso?” “Porque adonde yo vivo he visto bastantes casos, que llegan cambiando de todo, cadenas, relojes, todo lo que tengan. El que fuma piedra empeña hasta los zapatos. Hace que uno pierda todo. Entonces a mí no me gustaría empeñar todas mis cosas. Mi tío por lo menos, ahora lo que hace es puro... la droga. Él a veces se pone a hacer trabajitos. Él si la vendiera porque gana real, pero lo que hace es consumirla. Se está es dañando él. Yo he tenido piedra y perico en mis manos, pero nunca he hecho nada eso. Nada más beber cerveza, antes tomaba demasiado anís, en el liceo, pero ahora no me gusta, ahora lo huelo y... [haciendo un gesto de asco]”.

Los jóvenes que consumían en eventos eminentemente sociales, que se iniciaban en el consumo en compañía de otros, hablaban de la gestión personal del consumo. Hablaron del modo en que se servían de las drogas para producir estados de conciencia buscados para llevar a cabo acciones definidas: las drogas suaves para el relajamiento y la sociabilidad grupal en el seno de la fiesta, las drogas duras, específicamente la cocaína o *perico* para los eventos de acción y violencias duras como las salidas de búsqueda de *culebra*, las venganzas personales.

²⁴ El crack es clorhidrato de cocaína alterado mediante un proceso químico. A través de este proceso se obtienen la especie de cristales o ‘rocas’ que al calentarlas crepitan y permiten aspirar sus vapores o humos (Las drogas. info Instituto para el estudio de las adicciones). Este viene en forma de pequeña piedra y se vende a precios menores que la cocaína. El Perico es la forma corriente de llamar la cocaína procesada que se vende.

²⁵ Dañado: consumidor de drogas, denota así mismo adicción a las drogas.

Más allá de discutir sobre lo ilusorio del control del consumo de drogas que ellos alegan, para estos jóvenes apegados fuertemente al respeto, el deterioro de la apariencia personal que produce la adicción del consumo de estas drogas resulta insostenible. La adicción socava palmo a palmo las fuentes de orgullo del hombre de respeto. Esta produce el descuido de la imagen personal sobre la que tanto se invierte, provoca la pérdida de la voluntad, y ocasiona la exclusión de la banda. En el seno de la banda, el adicto no es más confiable. Su pérdida de albedrío puede estropear los planes que conciernen los golpes de asalto, puede perjudicar el negocio del tráfico de drogas al consumir sin pagar (estas deudas pueden producir la propia muerte en el seno de la banda), y entre ellos se sabe bien, que puede traicionar y hasta delatar a los compañeros frente a la policía, lo que igualmente produce el castigo en forma de muerte.

La adicción a las drogas es pues el horizonte de destructividad y de pérdida de respeto más evidente. En oposición a la destrucción implicada en la culebra, por la muerte posible —donde se incrementa la propia fama y reputación en el barrio— el itinerario de adicción constituye la vía inversa del respeto. El adicto lo pierde todo: sus pertenencias, su imagen personal, la filiación a una banda que le provee compañía y le permite obtener recursos, la integración a la comunidad, la capacidad de mando asociada a la masculinidad apreciada. En este sentido, el *chigüire*, identidad despreciada, que causa vergüenza, es el horizonte posible del joven adicto; es la imagen de la que el joven apegado al respeto busca, sobre todo, distanciarse. Es pues la antítesis del hombre respetado. Así, para estos jóvenes afirmar que no son adictos y distinguirse de la apariencia y modo de acción de los jóvenes que lo son, constituye una de las estrategias de defensa de los estigmas de sus vecinos y de reivindicar su propia identidad.

5. La consolidación del respeto

El respeto en tanto forma de reconocimiento que depende de la mirada de los demás, debe ser incesantemente validado, “hacerse respetar” es un trabajo dramático permanente; se trata pues de una carrera moral en constante construcción. Al mismo tiempo, el respeto es un valor adherido a la identidad que se hace público y se acumula. Y se acumula entre aquéllos que le dan crédito, es decir, entre los conocidos o espectadores que tienen conocimiento de este itinerario, a quienes les llega el rumor de esta reputación. Así luego de una trayectoria de demostraciones de destreza en los combates armados; luego de la actuación personal en la que se demuestra la capacidad de “mando” y de acción, los jóvenes hacen alarde de un respeto ganado.

Verónica Zubillaga

La fama vs. la seriedad

Los más jóvenes, que narraron haber sabido hacerse respetar y que seguían (en el momento de la entrevista) involucrados en enfrentamientos armados, contaron que las confrontaciones públicas y de promoción de la propia reputación (tener *fama*), son eventos que pertenecen al pasado. Estas declaraciones se traducen en expresiones que dan cuenta de la modificación de la imagen de sí y de la propia actuación cuando se tienen 14, 15, 16 años (período de la demostración de la temeridad), en contraste con la que se tiene ahora, que se define por su *seriedad* (*ser serio*). Y traducen igualmente la tensión que no se desvanece en la relación con sus vecinos y que se expresa en el reconocimiento de la reputación que ellos portan en el vecindario. Cuando conversaba con Levi de las culebras mantenidas en el pasado, de aquellas que se “iban a buscar” o se constituían en situación, éste contó:

Eso era normal. Todo era porque éramos niños, muchachos alumbrados, niños de 14 años, 13 años que no pensábamos mucho y aquél me vio feo y entonces empezábamos a discutir, caíamos en el campo de la pelea, después terminamos entrándonos a tiros... los problemas empezaron por juegos de basket y de béisbol, entonces de repente empiezan a caerse a tiros porque... (Levi guarda silencio un instante), más que todo los muchachos, pues los adolescentes. Pero ya ahorita hago las cosas más diferentes. No es como antes. Todo es más tranquilo, no es así con bandas. Todo el mundo lo hace si lo quiere hacer, si no lo quiere no lo hace...

Así, aunque estos jóvenes mantienen todavía enfrentamientos frecuentes, hablaron del pasado como la época en que había que subrayar este carácter expresivo de la acción violenta (tener *fama*). En contraste, hablaron de la acción en el presente como desplegada con mayor selectividad y discreción (*ser serios*). Este incipiente soslayo de la violencia desatada; este naciente carácter selectivo del ejercicio de la acción violenta —infligido de manera específica al oponente y adicionalmente evitando agredir a los vecinos del sector inmediato— se relaciona entonces con el apego al sector de su barrio, y sobre todo, con la conciencia de la ventaja de mantener una relación de convivencia con el vecino. Podemos entonces hacer la hipótesis que pasado el ciclo inicial de obtención de respeto entre compañeros y con una reputación forjada, los jóvenes se invierten en la gestión de la tensión entre la acción temeraria frente a los enemigos y la discreción en la casa y en el sector de su vecindario. Y es entonces, sobre todo en el caso de los jóvenes más apegados a su sector, que hablan del respeto que conceden a y merecen de sus vecinos del sector inmediato. El respeto cobra así una dimensión de filiación

comunitaria, por la *consideración* de la norma mínima de convivencia que marca los límites de lo tolerable y mas allá, la participación en el intercambio de prestaciones.

La frágil y restringida tranquilidad del hombre de respeto y armas

Los jóvenes hombres que situamos en este momento, los de mayor edad y que han sobrevivido, narraron que los enfrentamientos permanentes son eventos del pasado. Los otros, “*saben ya quien es uno*” como expresó Pedro. El respeto ganado, en el seno del propio sector, hace innecesarias las demostraciones de fuerza promotoras de reputación, para actuar en sí mismo como promesa de represalias. Manuel ya mayor, hablando de la banda de jóvenes menores, aquélla que ahora en su turno tiene más *fama* en su sector, explicaba que incluso ellos, “los más sonados”, les respetan:

Los bichos²⁶ nos respetan vale. Yo te subo ahorita o mañana y mira, esa banda, la que está más sonando ahorita de toda Caracas es ésa. Y tú la ves y están ahí, unos no llegan a 17 años. Y ellos ven a uno y lo saludan. Tienen respeto, y éstos son los que están más sonados. Tú no lo ves y tú no lo crees, chipilínes...(…) ellos verán éso, por eso es que ellos no se meten con uno, porque ellos dirán estos son que jode, estos le echan bola, estos son locos porque sino imagínate hasta con nosotros se metieran...

Esta tranquilidad hay que subrayar, es de carácter frágil y restringido. Un hombre de respeto siempre debe estar dispuesto a hacer uso de la violencia. Esto por varias razones. *Una razón* se vincula a la naturaleza y lógica de la pugna implicada en la *culebra*. Siendo ésta de carácter imperecedero (por sus dramáticas consecuencias: la muerte o daños irreversibles en el cuerpo), años después todavía deben continuar vigilantes. Algunos narraron “tener sus estrategias”: evitar estar en la calle (vulnerable) a ciertas horas y ciertos días —especialmente las noches de los fines de semana—; eludir los sectores donde habitan sus enemigos y también, estar dispuesto a responder. Una *segunda razón* se vincula al estado de desamparo que reina en los barrios. Constituyendo la defensa un asunto personal, los varones asumen la defensa familiar y comunitaria. Su capacidad de acción violenta constituye el recurso más evidente en el intercambio de prestaciones e incluso un “servicio” por el que pueden ser actualmente recompensados. La defensa en su vecindario se hace necesaria además frente a los ciclos de respeto de los jóvenes menores (jóvenes en busca de fama), o frente a las incursiones de jóvenes de sectores vecinos. Así, un hombre de respeto consolidado que ya no ejerce violencia indiscriminada puede estar enfrentado a los más jóvenes en su actual esfuerzo de mantener la norma mínima

²⁶ Bicho: Animal

Verónica Zubillaga

de convivencia en el barrio²⁷. Y una tercera razón, concierne a los jóvenes adultos que continúan activos en negocios ilegales. El hecho de continuar en las redes ilegales evita el cese de los enfrentamientos de carácter letal. Si bien los enfrentamientos pueden ser menos frecuentes (como en el caso de las bandas estructuradas jerárquicamente, en que pueden ser los menores los encargados de ejercer una violencia dura) siempre será necesario estar preparados para responder.

Los jóvenes que ubicamos en este momento se hallaban ejerciendo actividades y oficios tan disímiles como promotor cultural en su comunidad (el mayor de los varones entrevistados, 34 años, quien todavía mantenía nexos con su banda de juventud y el porte de armas); otro de ellos (25 años) era líder de una banda dedicada al crimen organizado. Y otro de ellos (también de 25 años) participaba en robos planificados puntuales y al mismo tiempo, recibía un salario por constituir la garantía de seguridad para una compañía que laboraba en su comunidad. Este expresó:

Me he ganado el respeto de que nadie se meta conmigo y ahorita tengo un sueldo. Porque hay una compañía, (una de construcción de viviendas populares) que la han medio robado. Ellos vieron, como alternativa de que esas cosas no sucedieran, darme un empleo a mí como un vigilante por decirlo así (...) Entonces se regó la bola o el rumor de que yo estaba trabajando como vigilante y ya nadie tuvo como la iniciativa de querer robar más nada. Porque decían: coño Freddy (su nombre) no está de acuerdo con que nos robem. Porque yo a medida que también actúo así, también le hago saber a la gente, llamo a la gente a conciencia, de cómo tiene que hacer las cosas.

Los testimonios de los varones revelan entonces, cómo habiendo elaborado una reputación de hombre de respeto, estos jóvenes pueden ahora evitar agresiones y enfrentamiento gratuitos, tanto para sí como para sus familiares. Su reputación ganada, les permite apropiarse y monopolizar el uso de la violencia y obtener los dividendos de este ejercicio.

²⁷ Y. Pedrazzini y M. Sánchez, en el estudio realizado sobre la violencia urbana en Caracas en los años noventa, distinguen y afirman que la figura del malandro está enfrentada al joven de la banda (Pedrazzini y Sánchez, 1992). Los autores ubican el modelo de socialización del malandro y del joven de la banda en dos momentos históricos y de allí su ejercicio diferencial de la violencia. Los primeros integrados en el barrio y jugando en el registro de los formal y lo informal, el segundo, creciendo en la época que los autores definen como de colapso urbano, se hallan en ruptura con el barrio y practican una violencia sin límites. Con el paso de los años se ha hecho evidente el carácter inédito de las violencias en las interacciones de los más jóvenes —de acuerdo a las experiencias de los vecinos, de los jóvenes y al notable aumento de homicidios en la ciudad—. Se hace evidente también que el ejercicio de violencia de los jóvenes hombres se relaciona con el ciclo de respeto del que hablamos.

La reputación consolidada en el crimen y la ampliación de oportunidades

En los testimonios de los jóvenes se hace evidente que para aquéllos que están dedicados a la actividad criminal, el itinerario en esta carrera se concibe en términos ascendentes y de mejoría de oportunidades. La objetividad de esta representación ha sido ampliamente problematizada y discutida y no pretendemos abarcar aquí en profundidad este punto, más bien vinculado a la propia carrera criminal y al modo de funcionamiento del negocio de la droga y del crimen organizado (ver los trabajos de A. Zaluar en Brasil). Interesa destacar que los varones hablan del paso de ser “pistolero” (aquél que sostiene el arma y “canta la zona”²⁸ o vigila) a “asaltante” de primera; del *cartel* o reputación que han progresivamente acumulado. Y en este sentido, si cuando se trata de varones más jóvenes en período de construcción y expansión de la propia reputación, ellos hablan de la demostración de temple, de la violencia espectacular que demuestra lo que son capaces en situación; los jóvenes de mayor edad comienzan a hablar de la *seriedad* en los negocios, de la importancia de apegarse a la palabra. Así, en medio de la desconfianza que priva entre varones, y con la expansión de la reputación de respeto vinculada a este código de ética en los negocios, el capital social del joven se incrementa, es decir, los jóvenes aumentan las oportunidades y capacidad de información sobre los “buenos golpes” y dosifican el ejercicio de la acción violenta.

Pedro había hablado de que le “salían ejecuciones”. Le pregunté cómo es esto que “salen las ejecuciones”:

Un robo. Nos cantan la zona y esa es otra ejecución. Es que contactan a alguien, contactos con otras personas, como dicen. Hay tipos que están en su jugada y no han podido y saben que ahí se mueve real, entonces empiezan a averiguar. Y ellos buscan una persona seria: ¿Mira chamo tú no tienes unos chamos por ahí que roben, que le echen bola, pero que sean serios, que no vayan a tumbar²⁹ a uno?” ... Sí, sí conozco. Entonces llega ese intermediario y le dice a uno: mira pana, salió un negocio por ahí, yo los voy a poner a hablar con el datero que es el tipo que esta pasando la información (explicó Pedro). Y uno va ahí, y habla con el datero, y uno ve con sus propios ojos como está el movimiento, después es que uno ejecuta.

Rony habló de la expansión de su reputación y explicó como se ha ganado fidelidades gracias a los favores y oportunidades que él mismo ha ofrecido a los otros:

²⁸ Cantar la zona: estado de vigilancia, alerta y avisos entre amigos, frente a la presencia de enemigos en un área que se frecuenta, frente a la policía o vigilantes si se trata de un atraco organizado.

²⁹ Tumbar: engañar, robar, estafar.

Verónica Zubillaga

“A mi me conocen en Caracas ¿oíste?”, dijo y entonces pregunté: “Y ¿Cómo es eso que te conocen?”

“Porque como te digo, la claridad en los negocios y la serenidad que uno le ha brindado a los tipos. Apoyo, de repente hay tipos que también están jodidos y uno, ¿saben qué? llévense esa ametralladora, llévense aquello, échenle bola a la vida pam, pim, devuélveme lo mío, y así uno vive, o llévense eso para que produzcan o vendan eso para que se ganen unos reales y así pelo a pelo me he ganado... (hace una pausa donde mantiene el suspenso) un pueblo grande” (agregó riendo).

En este momento, los jóvenes hablaron de la aplicación selectiva de la violencia. La acción violenta se ejerce como método de control sin misericordia para aquéllos que se desvíen de los acuerdos, se trata entonces de ser: “malo con los malos”. Explicaron también la prudencia en el cálculo de riesgos. Afirmaron seleccionar ahora cuidadosamente los golpes, así como explorar “negocios” de fachada legal. En este sentido, los jóvenes mayores hablaron de la modificación del modo en que se arriesgan, y ejercen la violencia. Se trata entonces de jóvenes mayores que tienen hijos y pudiendo dejar las actividades de mayor riesgo para los menores, escogen con mayor selectividad los golpes y riesgos en los que se involucran.

El paso por la prisión

En este itinerario, el *paso por la prisión*³⁰ constituye la mayor prueba de tormento y resistencia imaginable; se trata de la lucha extrema por la sobrevivencia que consolida definitivamente una reputación de respeto vinculada al valor, al coraje y a la dureza de la capacidad de sobrevivir de esa muerte en vida que es la cárcel (Castillo, 1997).

Pedro, cuyo hermano había estado en prisión había explicado la prueba y suplicio *carcelario por el que tuvo que pasar su hermano*: “*Tú entras pero tú no sabes si vas a salir. Si sales es porque coño, guerreastes adentro. Entonces por eso mi hermano decía que para estar viviendo la muerte en carne viva, él prefería que lo mataran de una vez y descansar pues...*”³¹.

³⁰ La experiencia en la prisión es un sujeto de investigación en sí mismo. Esta experiencia, que comprende una multiplicidad de ángulos por donde abordarle, ha sido objeto de distintos estudios (Salas, 2000, Cerezo, 2002). La complejidad de esta vivencia se expresa en los relatos de los jóvenes quienes narraron la diversidad de los sistemas de comunicación entre los internos, los signos que expresan rangos e identidades, por ejemplo, pañoletas en la cabeza para indicar jerarquías. Nuestra preocupación constituye sobre todo la subjetividad, y no tanto la carrera criminal, no abordamos aquí en profundidad este punto.

³¹ El hermano de Pedro murió en una madrugada luego de un robo, en un enfrentamiento y por un disparo de bala en el momento en que era perseguido por la policía.

El paso por la prisión constituye al hombre joven en *guerrero*, por tener que luchar a muerte por su vida y virilidad. Levi contó de este pasaje:

“Cuando tú llegas, te prueban como todo... porque esa es la letra guerrera” “¿Cómo?”
“Una letra guerrera, no pueden haber cobardes. Si tú estas allí dicen: Tú te entras a puñaladas y así tú no sepas tú tienes que agarrar ese cuchillo como sea. Y yo agarré mi cuchillo normal, me entré a puñaladas con el chamo, pararon la pelea. Porque es como todo, yo soy un muchacho que es primera vez que caigo preso, entonces me probaron. Me pusieron 4 pistolas y que “quítate todo” y fue tanta la golpiza que me habían dado los guardias en la jefatura, que yo dije: Bueno ¿Sabes que? ¡Maténme si me van a matar vale! Si me van a matar, mátenme con mi ropa puesta encima, no me voy a quitar nada... márame vale”... y el tipo me estaba ahorcando y “¡mátame, márame! Y el tipo: No vale, el menor es serio. Me dejaron tranquilo. Después me dieron un paño, me bañé. Me dieron un celular para que llamara a mi mamá. Esas son pruebas. Esas no las pasa todo el mundo. ¡Hay tipos que nooo! Quitate todo Y se quitaban todo. Yo iba dispuesto a morirme... bueno, me voy a morir... voy a tener que matar allá dentro porque ¡Nooo!...¿Tú te imaginas uno violado en la calle?! ¿Con qué cara voy a salir yo?”

La investigadora Salas devela precisamente este “imaginario del guerrero” entre hombres en las cárceles en Venezuela, para describir el modo en que se perciben estos varones. La autora destaca cómo los internos, sufriendo las condiciones del suplicio de la prisión, se elevan como “Personas insensibles al dolor, dispuestas a pelear con la muerte para preservar la vida” (Salas, 2000). Salas apunta que estos hombres, “forjando un estilo temerario... sobre su cuerpo llevan inscritas, la mayoría de las veces, las cicatrices del combate y los tatuajes de su estirpe que lo elevan de su rango” (Ibid.).

En efecto, sobrevivir las pruebas de extrema brutalidad del recinto carcelario —las condiciones infrahumanas de la institución que degradan a los reclusos a una condición animal, las torturas de los agentes carcelarios, y los combates y riñas de los internos con diversas armas— constituye a los ojos de los varones una prueba irrefutable de gallardía y de una nobleza vinculada al mal. El guerrero es pues la imagen que permite hilar un sentido en esta experiencia de convivencia con la muerte y de degradación de la persona y de las relaciones³². Sólo la promesa de adquirir el rango pleno de nobleza extra-ordinaria de un guerrero puede ayudar a soportar la experiencia infrahumana de la cárcel; puede ayudar a resolver la tensión insostenible para la persona de ser reducido

³² Otra manera de hilar un sentido a esta experiencia de muerte en vida, es la relación con lo religioso. Distintos estudios han revelado las deidades de este universo religioso de sincretismo afrocaribeño-católico que incluye además la gesta de guerreros y malandros muertos (Ferrandiz 1996; Salas, 2000; Cerezo, 2002).

Verónica Zubillaga

a una vida biológica en lucha por la sobrevivencia en un medio definido como vivencia pura del mal. Los jóvenes y hombres que han vivido la experiencia de la prisión, hablan *de este recinto como un infierno, la muerte en vida, una cloaca y toda una serie de nombres y adjetivos asociados a un sub-mundo habitado por la maldad.*

Pascual, quien establecía la distancia en términos jerárquicos entre él y otros jóvenes de menor edad narró sobre su experiencia en la prisión:

Ellos son unos carajitos³³ que nunca han estado en una celda. Porque aquí, ninguno ha estado preso. ¿Sabes qué chama? Yo he pagado, yo he estado en prisión, durmiendo que hay 100, 150 tipos en una celdita encerrados, que tienen que acostarse a dormir, que tienen que levantarse a las 4 y media de la mañana a desayunar, tienes que almorzar a las 12, tienes que cenar a las 6 de la tarde sin comer más y sabes qué, el malandreo. Y tú tienes que sobrevivir, luchas por la sobrevivencia: un animal salvaje encerrado, eso es uno. ¿Tú te imaginas? Un león que lo tengan así acorralado ¿Tú te imaginas? Lo que hace es comerse a la gente, quiere sobrevivir. Bueno, chama, me pongo más malo. *Ahí es donde tengo la maldad.*

Y precisamente, para aquéllos que se consolidan en el negocio de las drogas o del crimen organizado, esta experiencia incrementa el propio valor en la jerarquía de jóvenes hombres donde la violencia se entiende como recurso, como capacidad necesaria desplegada en situación. Rony narró que sus subordinados constituyen en su mayoría aquéllos que han vivido la experiencia carcelaria comprendida ésta como indicador de la capacidad de resistencia y la garantía de silencio frente a las eventuales persecuciones y torturas policiales:

“Yo me la paso con chamitos que son ex-presidarios, que han estado presos y saben lo que es una pela³⁴, una vaina. Que yo sé que no me van a gritar³⁵. Ni van a decir yo andaba en esto ni en lo otro. Son chamitos que yo sé que se van a aguantar, que son serios...”

Así, el paso por la prisión permite aumentar el rango en el régimen jerárquico de ascendencia entre varones, puesto que se erige en prueba de esta capacidad de resistencia guerrera. Permite igualmente incrementar las relaciones y el propio valor en el mercado de trabajo de los negocios ilegales y de alto contenido violento donde la temeridad es una capacidad indispensable.

³³ Carajitos: niños chiquitos, jovencitos.

³⁴ Pela: lucha.

³⁵ Gritar: delatar.

La conciencia de la orden de exterminio

Otra experiencia que comprende la experimentación de la degradación e indignidad que le envía la sociedad en su conjunto a través de instituciones de control, es la experiencia de la lucha a muerte contra la policía. Los varones hablaron sistemáticamente sobre el hecho de que la orden actual es el ajusticiamiento de jóvenes como ellos. Hicieron eco de las promesas de populares políticos quienes basaron sus campañas de elección —difundidas constantemente en los medios de comunicación— sobre eslóganes tales como “*plomo al hampa*” y “*el único malandro bueno es el malandro muerto*”³⁶. Expresaron la conciencia de la orden que pesa sobre sus identidades reducidas al estigma de *malandro* y de *figuras animalizadas* las cuales hay que desechar y eliminar.

Rony verbalizó este sentido del yo en rebelión frente a este trato que le animaliza:

Hay represión en esta clase baja de nosotros. Imagínate, para darte un ejemplo. ¿Cuántas madres en esta área no tienen hijos delincuentes? Ahorita que la vaina está jodida. ¿Me entiendes? Por lo menos yo estoy claro, en que a los violadores hay es que matarlos, no tienen derecho de vivir. Pero por lo menos, ¿tú crees que sea posible, que de repente, tú estás entregado en el sitio y te van a matar como rata así? Son cosas que por lo menos, yo no estoy de acuerdo. ¡De pana! Yo no estoy de acuerdo, porque yo también soy un ser humano. ¿Ves? Y yo por eso, que dicen: el hampa se las crea. Y no es que se las crea, sino que a veces... es tan bandera, que ni dios lo quiera, la policía te agarra ahorita... ¡Quieto marico! ¡pa pa pa! ¿Qué pasó? (dramatizando el diálogo con un agente policial) —¿Tienes platica?— (diría el agente y él respondería) —No tengo platica— me van a poner cien piedras³⁷ y le quitan la vida a uno ¿ves? Son vainas que yo estoy claro...

Así, luego del desengaño con respecto a la educación y de la desconfianza frente al trabajo, instituciones que sólo proponen una imagen negativa de sí en el futuro, el contacto con agencias de control, particularmente las fuerzas policiales, consolida una *visión nihilista* con respecto a las instituciones oficiales. La campaña de brutalidad llevada a cabo por la policía, apoyada por las autoridades (que responde también según los argumentos de los agentes a la brutalidad de los “delincuentes”), les somete a experiencias de intensa amenaza a la personalidad en dos sentidos. Con respecto a

³⁶ La organización de derechos humanos PROVEA, denunció precisamente las campañas de candidatos que “han realizado declaraciones que constituyen apologías a la violación a los derechos humanos”. (PROVEA, 2000). Las muertes de jóvenes en enfrentamientos con la policía, y las ejecuciones extrajudiciales constituyen denuncias regulares de esta organización, así como noticias recurrentes en los diarios de la ciudad.

³⁷ Hace referencia al acto tipificado como “siembra de drogas”. Actos donde la policía, valiéndose de su sello y armas oficiales, detiene a un ciudadano y acusando al detenido de portar droga, que el mismo policía colocó en su bolsillo o malera, demanda dinero para liberarlo o le aprisiona o lo ajusticia.

Verónica Zubillaga

la *sociedad en su conjunto*, les sujeta a la experiencia de desventaja estructural por su condición de pobres y les confronta a una imagen de sí como de animales a exterminar. Esta experiencia afianza la idea de que sólo el soborno (el poder instrumental del dinero) constituyen las estrategias aceptadas para sobrevivir, en este sistema percibido como gangrenado. Sistemáticamente los jóvenes que entrevistamos relataron que ahorran sustantivas cantidades de dinero (que escondían) previniendo pagos a la policía. Rony testimonio: *“las personas ignoran qué es lo que es la vida de la calle. Porque es arreo... la justicia, en Venezuela es cochina bárbara, bueno estamos vivos gracias a la cochina justicia, estamos en la calle gracias a la justicia ¿ves?”*.

Con respecto a *las interacciones cara-a-cara*, les subyuga a la intolerable experiencia del sometimiento aplastante de otro hombre, del agente que utiliza el sello y placa oficiales como fuentes de poder personal. Esta vivencia de profunda injusticia y humillación personal, les incita a rebelarse y a sostener un régimen de antagonismo, esta vez con los agentes policiales. Los jóvenes están dispuestos a *hacer la guerra*. Pedro expresó esta confrontación y emitió profecías sobre una futura guerra:

...siempre en contra de ellos, y cada vez, ¡los sacan más y lo sacan más! (haciendo referencia al incremento de la presencia policial en la calle) y aunque tú no lo creas, aquí va ver una guerra. ¿Oíste? ¡Una guerra chama! Porque hay demasiada violencia y la policía vive en represión. Por lo menos la gente, que sabe que sus hijos tienen problemas y la policía se los agarra y se los va a matar...Ninguna madre, ningún padre, ningún tío, acepta que le vayan a matar un sobrino en la calle, ¿qué tienen que hacer? Agarrar las armas y echarse en la vía...

Así los jóvenes viven la acción policial como represión letal frente a la cual se sienten conminados a responder. Esta experiencia consolida la convicción de que en este mundo *“si no tienes dinero no eres nadie”* y constituye la vivencia aplastante de ser definido como objeto de aniquilación. La vida de muchos se termina en este momento.

La ostentación del hombre de respeto y su innegable atracción

Finalmente, un hombre de respeto es un personaje conocido en el barrio. Es un modelo de referencia ineludible sobre un destino posible (Pedrazzini y Sánchez, 1992; Scotto y Castillo, 1994; Márquez, 1999). Es un modelo evidente de éxito social en lo que concierne los indicadores de consumo y capacidad de proveer con ayudas y dádivas a aquéllos que se anexas a sus favores, aun siendo la muerte un resultado posible. Decimos un modelo porque no podemos olvidar la tensión siempre presente

en el barrio entre estas personas y sus vecinos. Uno de los indicios más evidentes de la realidad de popularidad de estas figuras, es la asimilación de la palabra *cartel* con reputación, y la existencia de adjetivos como *cartelúo*, derivado de *cartel*, *malandro* para nombrar calificando las figuras masculinas más populares y deseadas, sobre todo entre mujeres, y para calificar de superior la ropa de marca —“pura ropa *cartelúa*” dijo un joven— o las acciones loables de una persona.

Recurrentemente los varones afirmaron que a las mujeres les gustaba, sólo miraban y sólo se iban con los *cartelúos*. Y para ser *cartelúo* hay que tener recursos. En este sentido, para el joven de mayor edad, a la preocupación por la imagen personal se adiciona la aspiración a la superioridad relacionada con las dádivas que es capaz de ofrecer. Abrumar al otro con regalos y ofrendas, tal como apunta M. Gauss (1997), es demostrarle la propia superioridad. La capacidad de desprenderse, de dar, como el señor a sus subordinados.

En una de las conversaciones, Rony habló de la tensión entre el saberse administrar y el dispendio necesario para el reconocimiento, que comprende entonces un alto estilo de consumo:

“Sí no te sabes administrar, no sabes conducirte, te vas a venir a pique³⁸. Yo en una noche yo agarro dos palos³⁹ y ando con un poco de ratas y esa mierda se gasta. ¡Dígalo! ¡Así de fácil se fueron! Y este (haciendo referencia a Carlos, un joven de menor edad) cuando agarra y se lleva un poco de mariquitos, y helados para todo el mundo, y entonces él es el bueno. Y después ¿Cómo queda? ¡Jodido⁴⁰! Yo le digo a él que uno, que los reales son para las mujeres. Uno no puede andar con cincuenta tipos enamorados por ahí firmando que uno es bueno y amigo de la gente, porque para poder ganarse la plata tiene que echarle-bola.” Entonces inquirí: ¿Por qué con las mujeres sí y con los hombres no?”. “Porque ellas son es campeonas mami, ellas son las mercedoras de todo”. Y Carlos agregó: “Son las que llevan ese volante”. Y Rony asintió: “¡Claro! ¡Ellas son las que ponen a uno contra la pared, huevón! ¿Qué va a hacer uno? Y él tiene que estar claro cómo es eso. El sabe, él ve a uno. Uno le echa bola, uno comparte con los amigos, una parrillada, una vaina, pero hasta allí. Por aquí los chamitos míos que hacen más plata son ellos. Cogen culos, arrastran mujeres y todo el año andan locos. Los reales no les rinden porque no se saben administrar. Llega el viernes, el sábado y otra vez la misma farra y otra vez la misma farra y cuando llega el lunes, ¡oye! me quedaron nada más cien mil bolos para el mercado ¡qué bolas!”

³⁸ Venirse a pique: hace referencia al hundimiento de un barco.

³⁹ Palo: cien mil bolívares.

⁴⁰ Jodido: perjudicado. Una situación de desventaja comparada a la situación inicial.

Verónica Zubillaga

Este estilo de consumo y ostentación, su capacidad para atraer mujeres y pares varones, así como erigirse en proveedores, los constituye en figuras respetadas. Es decir deseadas, buscadas y reconocidas por su ascendencia (causadoras de envidia a los ojos de los pares opositores) y este reconocimiento es el que se captura en la palabra *cartelúo*. No parece entonces pura coincidencia las similitudes en la manera de ostentar la capacidad de consumo entre los jóvenes de barrios en Caracas dedicados al tráfico de drogas y los jóvenes descritos por A. Zaluar en Rio de Janeiro o A. Salazar en Medellín dedicados a este negocio (Zaluar, 1997; Salazar, 1998). Constituirse en dádivo entre su círculo de amigos y mujeres cercanas consolida desde el punto de vista material, el derecho a la ascendencia reivindicado en el respeto, que ellos consideran adherido a una masculinidad definida por su capacidad de proveer y de poder sobre los otros (Connel, 1987).

Los varones de mayor edad narraron que eran buscados por jóvenes menores —a pesar de la resistencia de las madres—. Estos jóvenes narran cómo ellos representan una oportunidad para los menores en ascenso. Se constituyen en una suerte de banco de préstamo de armas y de chances de trabajo entendido este como la producción de oportunidades y comercios para la obtención de recursos. Se dibujan entonces en tanto proveedores quedando con fidelidades garantizadas y jóvenes menores sujetos a los favores que le deben. Ahora son ellos a quienes los jóvenes menores se acercan pidiendo armas y faenas en el negocio. Y ellos narran bien, como ahora en su turno, se ocupan entonces de socializar y entrenar a los menores en el oficio. Este entrenamiento consiste entonces en transmitir a los jóvenes menores, como diría Sutherland (1966), tanto visiones de mundo, como conocimiento práctico de las herramientas de trabajo, oportunidades que implican riesgos crecientes en dificultad. Los jóvenes de mayor edad se describen así mismos como guías.

Así, las conversaciones de la vida cotidiana y las prácticas en situación constituyen todas las formas de aprendizaje en este régimen alternativo de conocimiento. Pedro, destacando su papel de formador, hablaba de dar consejos. Explicó sobre el uso de armas: *“Hay unos que ya viéndonos se graban las huevonadas, y ya saben qué es lo que tienen en las manos. Hay otros que más bien le preguntan a uno, coño, tú sabes que tengo una pistola así, y se queda trancada, porque no saben manipularla, entonces uno le explica...”*. Y José, quien había expresado su admiración por Pedro, de su parte narró:

Ella cree (su madre) que él me está metiendo en algo raro, pero él a mi no me dice nada de eso. Él más bien me enseña las cosas para que yo vea cómo es todo. Lo que mi

La carrera moral del hombre de respeto y armas. Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas

mamá no entiende es que lo que yo hice no fue por él (su participación en un robo en una joyería) y no cree que no lo voy a volver a hacer ¿ves?

De modo que frente a la orfandad institucional y la carencia de perspectivas en las economías oficiales, los jóvenes más adultos se constituyen en formadores y en fuentes de oportunidades, para jovencitos que como ellos en el pasado se inician ahora en la carrera del respeto y armas⁴¹.

Reflexión final

La insistencia de los varones en el respeto y el advertir en sus historias la experimentación de un proceso de modificación de la imagen del sí mismo y del estatus y relación que mantienen con los demás, nos llevó a visitar la *noción de carrera moral* de E. Goffman en su obra *Asilos*. Este autor nos instruye bien a través de su *noción de carrera moral*, los *ciclos de modificaciones* que viven las personalidades sistemáticamente mortificadas. Nos instruye así mismo sobre la dimensión moral del sujeto que gestiona durante las interacciones las maneras de *salvar la cara*. Mirar el curso de la trayectoria del joven permite entonces, alejarse de las estigmatizaciones estáticas sobre “los delincuentes” o “los malandros” (Bourgois, 1995; Castillo, 1997; Márquez, 1999). Observar este itinerario permite aprehender el ciclo de transformaciones por las que pasa un sujeto, quien para aprender a sobrevivir en un escenario de desamparo, de negación de sus potencialidades y de humillaciones sistemáticas, debe progresivamente incorporar las certezas sobre una masculinidad que le envían los otros con quienes convive.

Esta *noción de carrera* tuvo que ser ajustada a una *perspectiva estructural*, para poder interpretar el ciclo de modificaciones de la subjetividad, en relación a otros y en estrecho contacto con las condiciones en las que crecieron los varones. Esta *noción* la enriquecimos así mismo con la *perspectiva de género* que nos concedió comprender la implicación de la adquisición de conciencia de la propia identidad masculina y cómo la masculinidad deviene una de las fuentes fundamentales para construir, en medio de las limitaciones, una identidad apreciada.

Aproximarnos a la identidad de “hombre de respeto” como una carrera que comprende una *socialización permanente* (Bajoit, 2000; Dubar, 2000a), permitió testimoniar el empeño en *salvar la cara* frente a las constantes agresiones de pares

⁴¹ Como se desprende de sus expresiones, el respeto comprende una diversidad de demandas, clamores y consideraciones vinculadas al interlocutor de esta demanda. Y a este punto nos dedicamos en otra sección de la investigación de la que extraemos este texto.

Verónica Zubillaga

masculinos en posición asimétrica —que ellos mismos comenzarán después en su turno a ejercer— y luego, frente a la humillación operada por la sociedad en su conjunto, a través de las operaciones de ajusticiamiento llevadas a cabo por los agentes policiales (toleradas por las autoridades) y las condiciones degradantes de la vida en la prisión.

Subrayar la *dimensión de género*, en particular la relación entre masculinidad(es) y poder (Connel, 1987; Ramírez, 1999) en esta *carrera moral* posibilita revelar las luchas de poder que mantienen los varones, tanto entre ellos, como entre ellos y los agentes policiales, los agentes carcelarios y más allá, las promesas de hombres políticos que hacen eco del miedo de la población. Esta revelación permite transferir la noción de *acoso*, de la tradicional denuncia de la relación de dominación masculino/femenino, hacia el ámbito de lo masculino/masculino o de las relaciones diferenciales de poder entre hombres. En este sentido, esta revelación permite, por un lado, definir a los jóvenes varones en edad temprana como sujetos vulnerables a ser protegidos y en general atender, verbalizar y ventilar las violencias entre hombres (Kaufman, 1995). Por otro lado, permite todavía descubrir que con el incremento de la represión y brutalidad policial, lo que se ha instalado es una lucha plena de crueldad. El conocimiento de sentido común de los varones sobre el hecho de que “están siendo exterminados como ratas” les hace concebir la lucha con la policía como una lucha personal y suma-cero. El incremento de la violencia descarnada que se vive en la ciudad tiene que ser vista en este juego de recíproca deshumanización.

Dentro de esta *carrera*, un objeto resulta particularmente importante en el aprendizaje de devenir hombre y en la defensa frente al atosigamiento de otros, este es, como se ha hecho evidente, el arma de fuego. Así, en develar las etapas y fenomenología del contacto, aprendizaje y experimentación del uso y de los placeres de este objeto, en el marco de interacciones sociales, particularmente provechoso nos resultó revisar la problematización de H. Becker en *Outsiders*. En el curso de este aprendizaje, que se inscribe dentro de un proceso más amplio, a saber, la proliferación del uso personal de armas de fuego, pudimos apreciar cómo los jóvenes desde muy temprana edad se sienten interpelados por este objeto. Buscan secretamente manipularle y comienzan en compañía de familiares y amigos a entrenarse en los rigores de su uso. Vimos también cómo el uso de las armas se registra bajo múltiples sentidos que se revelan y se transforman a lo largo de esta carrera: muy jóvenes para defenderse de pares armados e invertir su situación de desventaja. Luego en el proceso de entrenamiento junto a otros hombres y en el compartir de una sociabilidad masculina; también en tanto accesorio

expresivo de una identidad que sabe “hacerse respetar”; en el aprendizaje e incursión en actividades económicas ilegales; en fin, en tanto instrumento de trabajo en redes económicas ilegales donde la acción violenta constituye un recurso de acción.

El concepto de *desviación* que propone H. Becker en *Outsiders*, tiene entonces que ser matizado a la luz de los procesos de mutación en los que se inscriben las biografías y acciones de estos jóvenes. Con el debilitamiento del Estado, la profundización de la regresión económica y la precarización del empleo, la pérdida de crédito de la política y sus partidos y el deterioro de las instituciones como la escuela y la policía; la desviación tiene que ser reconsiderada a la luz de los procesos de deslegitimación que registran estas instancias (Pedrazzini y Sánchez, 1992; Young, 1999). En escenarios, donde la seguridad es cuestión personal, donde las condiciones del empleo legal y accesible producen entre grupos de jóvenes varones la progresiva pérdida de adhesión; la participación en las redes de tráfico de drogas, la posesión de armas de fuego, que siguen constituyendo hoy en día oficialmente actividades ilegales, constituyen cada vez más la alternativa de sobrevivencia económica que se hace pública y cada vez menos objeto de aislamiento o reprobación. En este sentido, y es una de las hipótesis de esta investigación, son tolerados por los vecinos (los que no participan) bien que con dificultad, con tensión y a veces con mucho sufrimiento o indignación; y son soportados mientras no se transgrede la norma básica de convivencia de no agredir al vecino.

Así, con la pérdida de la legitimidad de estas instituciones, nuevos significados y prácticas —frágiles, inestables o contradictorios— se tejen en las interacciones cotidianas y de aquí que los acuerdos mínimos, provisorios en el límite de permitir la convivencia, se instalan entre jóvenes y los vecinos. En la carrera moral de los jóvenes se revela por un lado, cómo ellos al constituirse en hombres de respeto reconocido entre varones constituyen una fuente de referencia, socialización e inserción económica para los jóvenes menores que crecen. Se hace evidente por otro lado, cómo estos jóvenes al mismo tiempo amenazados por el descrédito frente a los vecinos, procuran diferenciarse y aplicar ellos en su turno los estigmas y castigos a jóvenes todavía más vulnerables: jóvenes adictos que viven en la calle, aquéllos que agreden a los vecinos del sector inmediato. Jóvenes etiquetados con el apodo que constituye la degradación máxima: el *chigüire*. En este sentido, lo que se hace evidente —en el contexto de exclusión y desamparo— en la acción de estos jóvenes y en las relaciones sociales sostenidas en el escenario de su vida cotidiana, son los nuevos pactos de convivencia restringida y las nuevas formas de inserción clandestinas.

Verónica Zubillaga

Para cerrar, digamos que la carrera moral de los jóvenes constituye la trayectoria vivida y forjada a partir de los límites que se les imponen, las oportunidades que se les ofrecen y las decisiones que ellos se ven obligados a tomar. Así, en este ciclo de modificaciones, hemos visto cómo los jóvenes se han definido como varones, sujetos de acoso, víctimas de la agresión de pares mayores en situación asimétrica; se han definido por sus acciones y opciones como consumidores, élites temerarias, defensores de sus comunidades, proveedores en sus familias, protectores personales de los suyos; se han definido por las atribuciones que los otros les envían de su persona, como malandros, justicieros, animales para una sociedad en su conjunto; se han definido también por sus pertenencias, como miembros de una banda, de una comunidad, y se han presentado sobre todo, como hombres que demandan respeto.

BIBLIOGRAFÍA

- Bajoit, G. y Franssen, A. (1995). *Les jeunes dans la compétition culturelle*. P.U.F. Paris.
- Bajoit, G.; Franssen, A. y Becker, H. (1963), *Outsiders. Studies in the sociology of deviance*. The Free Press of Glencoe, Collier-Macmillan L.T.D., London
- Bertraux, D. (1997). *Les récits de vie*. Editions Nathan, Paris.
- Bourgois, P. (1995) *In search of Respect: Selling crack in El Barrio*, Cambridge University Press, N.Y.
- Briceño-León, R. (1997). Buscando explicaciones a la Violencia. *Espacio Abierto*, Vol 6, N°1, Caracas.
- Briceño-León, R. (1999). Violencia y Desesperanza. *Nueva Sociedad*, N°164, Caracas.
- Castillo, A. (1997). *Menores transgresores: En búsqueda de aceptación social*, Universidad Central de Venezuela: Caracas.
- Cerezo, P. (2000). *Violencia urbana y sistema penal en Venezuela*. Avances de Investigación, presentado en marzo 2002 en el Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO), Caracas.
- Connel, R. (1987). *Gender and Power*, Polity Press: Great Britain.
- Dubar, C. (2000). *La Socialisation*. Armand Colin: Paris.
- Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*, Du Seuil: Paris.
- Duque, J. y Muñoz, B. (1995). *La Ley de la Calle. Testimonios de jóvenes protagonistas de la violencia en Caracas*, Fundarte, Alcaldía de Caracas: Caracas.
- Ferrandiz, F. (1996) *The body in its senses: the spirit possession cult of Maria Lionza in contemporary Venezuela*. Tesis Doctoral, Universidad de California, Berkeley.
- Ferrarotti, F. (1983). *Histoire et Histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales*, Meridiens: Paris.

Verónica Zubillaga

- Foster, G. (1972). The Anatomy of Envy. *Current Anthropology*, Vol.13, N°2.
- Gabaldón, L. y Suyín, C. (2001). *Violencia urbana: Perspectivas de Jóvenes Transgresores y Funcionarios Policiales en Venezuela*. Universidad Católica Andrés Bello: Caracas.
- Goffman, E. (1968). *Asiles. Etude sur la condition sociale des malades mentaux*, Les Editions de Minuit: Paris.
- Goffman, E. (1963). *Stigma. Notes on the management of spoiled identity*, Prentice-Hall: E.U.A.
- Katz, J. (1988). *Seductions of Crime*, Basic Books. E.U.A.
- Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. (in Arango, L. G., et.al. comp). *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Ediciones Uniandes: Bogotá.
- Lancaster, R. (1992). *Life is Hard. Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. University of California Press: California.
- Márquez, P. (1999). *The Street is My Home*, Stanford University Press: Stanford, California.
- Mauss, M. (1997). Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. *Sociologie et Anthropologie*, PUF.
- Messerschmidt, J. (1993). *Masculinities and Crime*, Rowman and Littlefield Publishers, U.S.A.
- Moreno, A. (2000). La Familia Popular Venezolana y sus Implicaciones Culturales. En: *Familia: Un Arte Difícil*, Fundación Venezuela Positiva: Caracas, Venezuela.
- Persitiany, J. (1966). *Honour and Shame. The values of the mediterranean society*, University of Chicago Press: Chicago.
- Pedrazzini, Y. y Sánchez, M. (1992). *Malandros, Bandas y Niños de la Calle Cultura de la urgencia en la Metrópoli Latinoamericana*. Vadell Hermanos Editores: Valencia-Caracas.
- Ramírez, R. (1999). *What It Means to Be a Man*. Rutgers University Press: New Jersey.

La carrera moral del hombre de respeto y armas. Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas

- Salas, Y. (2000). *Imaginarios y narrativos de la violencia carcelaria*. (En: Rotker, S. ed.) *Ciudadanías del Miedo*, Editorial Nueva Sociedad: Caracas.
- Salazar, A. (1998). *Violencias Juveniles: ¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente?* (En: Cubides et al., eds.). *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre Editores: Santafé de Bogotá.
- Sanjuán, A. (2000). *Violencia y Criminalidad en Venezuela. SIC. Año LXIII N° 627*, Centro Gumilla, Caracas. Pp.292-295.
- Scotto, C. y Castillo A. (1994). *La violencia cotidiana en Venezuela. El caso de un barrio*. (En: Ugalde et al.) *La Violencia en Venezuela*. Monte Ávila Editores: Caracas.
- Sutherland, E. Y Cressey, D. (1966). *Principes de Criminologie*. Editions Cujas: Paris.
- Tavares dos Santos, J. (1999). *Por uma sociologia da conflitualidad no tempo da globalizçao. Violencias no tempo de globalizçao*, Sao Paulo, Pp. 11-42.
- Wacquant, L. (1992). *The Zone. Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N°93 Pp.39-59. París.
- Wieviorka, M. (1997). *Le nouveau paradigme de la violence. Cultures et Conflits*, N° 29/30, L' Harmattan. Paris.
- Young, J. (1999). *The Exclusive Society*. Sage: London.
- Zaluar, A. (1997). *Violence Related to Illegal Drugs, "Easy money" and Justice in Brazil: 1980-1995*. Discussion Paper N°35, Management of Social Transformations (MOST), UNESCO.

HISTORIA DE LA DISOCIACIÓN

Ana Gabriela Pérez de Antelo¹

Resumen

La disociación ha vuelto a aparecer en el panorama científico actual como un tema de investigación importante. El siguiente trabajo reseña la historia del estudio de los fenómenos disociativos en la cual ha alternado el marcado interés por el área con su abandono. Una historia que ha incluido enfrentamientos de posiciones religiosas y políticas, así como las más diversas propuestas teóricas corriendo en paralelo con la lucha por reconocer muchas de las historias traumáticas que subyacen a estas manifestaciones. Las características elusivas inherentes a los fenómenos disociativos, así como las razones que han vuelto a poner a la disociación en el escenario de la investigación científica son mencionados.

Abstract

Dissociation has reappeared in recent scientific studies as an important research topic. The following article reviews the history of the study of dissociative phenomena, which has shifted back and forth from intense interest in the area to abandonment. This history has included confrontations of religious and political positions, and the proposal of an incredible array of different theories, simultaneously with the struggle to acknowledge many of the traumatic experiences that underlie these manifestations. The elusive characteristics inherent to the dissociative phenomenon and the reasons that have put dissociation back on the scientific agenda are discussed.

¹ Ana Gabriela Pérez es Psicóloga, especializada en Psicología Clínica Comunitaria (UCAB). Es docente de la Escuela de Psicología de la misma universidad en la materia Metodología I.

Es interesante considerar cómo un proceso mental tan fascinante como la disociación ha podido pasar por épocas largas de oscurantismo en las cuales, más que ser ignorado, existía una férrea oposición al estudio “científico” de lo que actualmente se consideran fenómenos disociativos y en las cuales sus abanderados, después de reportar fantásticas curaciones que les llenaban de fama y gloria temporal, eran desterrados y desprestigiados considerándose herejes de la ciencia.

Y es que el fenómeno disociativo parece tocar lo sobrehumano en tanto que va más allá de la persona (despersonalización) y de la realidad (desrealización). Por ejemplo, en la décima revisión de la Clasificación Estadística Internacional de las Enfermedades y de los Problemas Relacionados con la Salud (ICD-10) se plantean los criterios diagnósticos para el trastorno disociativo de trance y posesión, especificando que la alteración de la conciencia, de la experiencia perceptiva e incluso del sentido de identidad debe ser considerado por la persona como no deseado y problemático, para discriminarlo de aquellos estados similares que ocurren en situaciones religiosas y culturales donde son ampliamente aceptados (c.p. Kaplan y Sadock, 1998).

En el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales en su cuarta revisión (DSM-IV, 2000), por su parte, se asume la importancia de considerar para el diagnóstico de los trastornos disociativos la perspectiva transcultural, ya que algunos estados disociativos son comúnmente aceptados como expresiones de experiencias religiosas y culturales en muchas sociedades. Por tanto se hace la aclaratoria de que la disociación no debe ser entendida como inherentemente patológica.

Pareciera existir una importante necesidad de diferenciar el fenómeno considerado como patológico de aquél que entra dentro de lo místico-religioso, aunque ambas experiencias sean idénticas en su manifestación. Igualmente las experiencias cercanas a la muerte o los viajes astrales quedan fuera del estudio científico, aunque no cabe duda de que se asemejan en gran medida a estados disociativos de la conciencia y más aún, son paradójicamente muy similares a experiencias relatadas por sobrevivientes de abuso sexual infantil crónico. Así lo reportan Bass y Davis (1994) al afirmar que “sobrevivientes de abuso sexual frecuentemente reportan que se vieron a sí mismos siendo violados: ‘yo abandoné mi cuerpo y me miré a mi mismo desde la esquina del techo’. Su conciencia se separa de aquello que es intolerable” (p. 81)

Esto lleva a la conclusión de que si bien a lo largo de la historia la ciencia ha ido apropiándose del estudio de la disociación, ya que ha probado ser útil en la comprensión de la dinámica incluso cotidiana o adaptativa ante eventos traumáticos, todavía en la

Ana Gabriela Pérez de Antelo

actualidad existen lados oscuros y controversiales que generan resistencia ya que obligan a tomar posición en cuanto a temas que preferiblemente se dejan de lado, porque no competen a lo científico.

Historia del concepto de disociación

Para contextualizar históricamente al concepto de disociación, Bliss (1986) se remonta a la historia temprana cuando la enfermedad era considerada como proveniente de influencias sobrenaturales que debían ser contrarrestadas por medio de ritos y hechizos que dependían del poder del curador y su relación con el enfermo.

Como menciona Bliss (1986) muchas de estas prácticas, que pudieran ser consideradas en la actualidad como hipnóticas, generaban estados disociativos como los trances que paradójicamente lograban deshacer las posesiones demoníacas y curar. Estos chamanes a su vez eran escogidos por sus capacidades disociativas que, además, cultivaban a través de experiencias extremas como el aislamiento, largos ayunos y torturas autoinfligidas.

En la Edad Media, rituales religiosos de esa índole fueron considerados ceremonias salvajes y sus participantes eran perseguidos. Lejos se encontraban estas prácticas del quehacer científico cuando Paracelso (1493-1541), médico y místico de la época, estudiaba los influjos magnéticos que ciertos cuerpos celestes tenían sobre el ser humano “por medio de una emanación sutil que atravesaba el espacio” (Boring, 1980, p. 139). De allí surgen las teorías iniciales del magnetismo animal, el cual es definido por Van Helmont (1577-1644) como “un fluido magnético que irradia de todos los hombres y que puede ser guiado por medio de la voluntad para influir en las mentes y en los cuerpos de las otras personas” (Boring, 1980, p. 139).

Siguiendo la tradición de los magnetistas, en el siglo XVII, Greatraks (1628-1666) condujo las más impresionantes curaciones, según Bliss (1986), más de cincuenta fueron descritas y documentadas por testigos confiables. Entre las enfermedades atendidas se mencionaban numerosos dolores, reumatismo, úlceras, epilepsias, heridas, sordera, tos crónica y parálisis. Muchos de estos casos habían sido previamente tratados por médicos sin lograr tener éxito con sus tratamientos. Como era de esperar, su trabajo fue ampliamente criticado por los científicos, ya que estos fenómenos permanecían inexplicables y fuera del ámbito de la ciencia.

En 1775, en Bavaria se designó una comisión para investigar un famoso cura exorcista de la época que estaba generando controversias dentro de la Iglesia con sus métodos para la curación de enfermos. Gassner (1727-1779) invocaba el nombre de Cristo y ordenaba a los demonios presentes en el cuerpo del paciente a extremar la intensidad de los síntomas. En los casos en que esto ocurriera, lo que confirmaba la presencia del demonio, a una comunicación con él ordenándole mover los dolores y las parálisis por todo el cuerpo, lo que se acompañaba con emociones exageradas y anormales que alternaban entre el dolor y la ira. De esta manera lograba el completo control del espíritu invasor para finalmente exigirle a las fuerzas sobrenaturales que abandonaran el cuerpo del paciente, así éste último quedaba finalmente curado (Fancher, 1979).

En la comisión designada figuraba un médico de Viena llamado Mesmer (1734-1815) quien empezaba a ser conocido por realizar curaciones parecidas a las de Grassner, pero con una explicación menos sobrenatural, atribuidas esencialmente a la teoría del "magnetismo animal" que tomaba de los estudios previos de Van Helmont. La comisión declaró el exorcismo como una práctica indebida para síntomas físicos lo que condujo a la prohibición de las curaciones de Grassner, quien pasó al olvido (Francher, 1979).

El turno fue de Mesmer quien abandonó los imanes como fuentes magnéticas curativas ya que había comprobado que su sola presencia tenía el mismo efecto e incluso era capaz, a través de ciertos rituales donde enfatizaba su posición de poder ante el paciente, de magnetizar otros objetos que generaban a su vez curaciones fantásticas y a mayor cantidad de personas. Pronto tenía muchos seguidores pero también muchos críticos. La comunidad científica no comprendía la manera en que Mesmer generaba lo que él decía era su fuerza magnética.

Probablemente tampoco el mismo Mesmer sabía bien de que se trataba, pero lo relacionaba con la supuesta fuerza ejercida por los imanes sobre los fluidos humanos que en su caso era generada por su propio cuerpo (Boring, 1980). Le llegó el turno de enfrentar las comisiones médicas y científicas para que explicara su secreto, a lo cual se rehusó por lo que fue denunciado como impostor y cayó en desgracia, sin embargo, su trabajo perduró en la escuela que había fundado llamada la "Sociedad de la Armonía", donde se continuó el estudio y uso del Mesmerismo (Bliss, 1986).

Alrededor de 1830, un cirujano Inglés llamado John Elliotson (1791-1868) se interesó en los efectos anestésicos de la práctica del Mesmerismo como posible forma

Ana Gabriela Pérez de Antelo

de realizar cirugías indoloras. Inmediatamente fue rechazado por sus colegas y nunca probó sus ideas, sin embargo otros continuaron. James Esdaile (1808-1859) tras haber leído trabajos de Elliotson, realizó en India a finales de 1840, las primeras cirugías sin dolor utilizando el mesmerismo. Sus hallazgos no corrieron con mejor suerte ante la comunidad médica.

Quizás el único médico de la época que pudo mantenerse dentro de la comunidad científica fue James Braid (1795-1860) a quién se le atribuye el término de hipnosis. En su primer encuentro con un sujeto bajo el efecto del mesmerismo pudo comprobar el parecido de los cambios fisiológicos producidos en el sonambulismo. Al fenómeno le acuñó un nuevo término "neuripnología" (del Griego *neuro* que significa nervioso e *hypnos* que significa sueño), del cual pronto se derivó hipnosis.

Como argumenta Boring (1980) esto le salvó de ser repudiado por sus colegas médicos pero no así por los mesmeristas. Igualmente salvó a la hipnosis en sus comienzos de los prejuicios contra el estudio del procedimiento en sí, sin embargo la historia volvería a repetirse y con la repentina muerte de Braid en 1860, la hipnosis pasó a la oscuridad hasta que fue rescatada dos décadas después por Charcot en Francia, donde sería asimilada a la psicología.

Jean Martín Charcot (1835-1893) era una figura controversial que fascinaba a muchos pero que perturbaba a otros. Su reputación comenzó a crecer cuando siendo jefe del Hospital de Salpêtrière renovó sus instalaciones dando prioridad a la investigación científica, a la clasificación de dolencias y a la docencia, la cual él mismo ejercía de forma muy teatral. Sus estudios sobre la histeria y la hipnosis atrajeron a muchos discípulos que luego han tenido un papel importante en la historia de la psicología como Alfred Binet, William James, Pierre Janet y Sigmund Freud. A través de la descripción de los estados sucesivos por los que atravesaban las pacientes durante el proceso hipnótico, Charcot dotaba al estudio de este fenómeno de un rigor científico que le devolvería el interés por parte de los investigadores (Francher, 1979).

Se pone en duda que Charcot realmente realizara la hipnosis de sus pacientes, la cual él consideraba una capacidad puramente histérica. En contraste, en la conocida escuela de Nancy, se realizaban cantidad de hipnosis y en individuos normales, por lo que empezaron a refutar científicamente los trabajos de Charcot demostrando que la sugestionabilidad era realmente el mecanismo subyacente a la hipnosis. Finalmente, y antes de morir, Charcot admitió su error pero su legado en el estudio de la histeria es

un hito en el nacimiento de la psicología. La hipnosis, por el contrario, tendría otro destino.

A pesar de que Charcot no daba gran importancia a la teorización para explicar las patologías que cuidadosamente clasificaba, sugirió que la causa de la histeria era una degeneración neurológica hereditaria, progresiva e irreversible, por la cual las mujeres afectadas perdían gradualmente la capacidad de integrar e interconectar los procesos mentales superiores.

Recuerdos y estados emocionales que debían estar unidos unos con otros a través de conexiones neurológicas en el cerebro se *disociaban*. Los síntomas se presentaban cuando aparecían aspectos aislados relacionados a eventos pasados. Las pacientes histéricas parecían estar reviviendo los aspectos disociados de su experiencia pasada, sin ser capaces de ubicarlas en el contexto total de la memoria. Experiencias traumáticas o emocionalmente cargadas eran especialmente propensas a la disociación, de manera que las pacientes re-experimentaban fuertes emociones sin ser capaces de recordar las situaciones concretas que las propiciaron (Francher, 1979, p.193).

Pierre Janet (1859-1947) fue un alumno aplicado de Charcot que lo sucedería en el estudio de la histeria. Janet en Salpêtrière comenzó a dar cuerpo y sentido a la recolección de datos y practicaba eficientemente la hipnosis. A diferencia de Charcot, consideraba que la histeria no se debía a una degeneración neurológica progresiva e irreversible. Su estudio de pacientes con amnesias, fugas, conversiones, pero especialmente de aquéllas que el denominó con “existencias sucesivas” (posibles trastornos disociativos de la identidad) lo orientaron a plantearse el mecanismo subyacente a la histeria como una división de la conciencia, donde “ideas fijas subconscientes” quedaban aisladas y disociadas del resto de la conciencia e incluso olvidadas, pero adquirirían autonomía y en ciertos casos eran capaces de presentarse como vidas independientes (Bernstein y Putnam, 1986).

Pero quizás el aporte más importante de Janet para la actualidad se refiere a la íntima relación que él estableció entre la disociación y sus orígenes traumáticos. Como citan van der Kolk, van der Hart y Marmar (1996), Janet reporta en 1932 que ciertos eventos de la vida pasada de los sujetos estaban acompañados por una “emoción vehemente” y que generaban una “amnesia retrógrada” del evento en sí, pero dejaban al sujeto “confrontado con su difícil situación” (p. 309). Esta especie de “fobia de memoria” no permitía la síntesis del evento traumático en la narrativa del sujeto quedando disociado de la conciencia en el “subconsciente”.

Ana Gabriela Pérez de Antelo

Janet le otorgaba a este mecanismo un carácter adaptativo y funcional ante la vivencia traumática, sin embargo, estas ideas fijas quedaban fuera del control voluntario del sujeto apareciendo de forma intrusiva y generando la sintomatología característica. En los casos extremos, se organizaban en identidades totalmente separadas. Igualmente, comprendía Janet, que los sujetos que continuaban usando la disociación ante los eventos difíciles tendían progresivamente a constreñir sus vivencias afectivas generando mayor sufrimiento (van der Kolk, van der Hart y Marmar, 1996).

Esta comprensión de la relación entre la disociación, el trauma y la sintomatología histérica era la base para la prescripción del procedimiento terapéutico adecuado. A través de la hipnosis se traían a la conciencia las partes, recuerdos o afectos disociados y se buscaba integrarlos a la narrativa del sujeto, desapareciendo así el síntoma.

Las ideas de Janet tuvieron eco en los Estados Unidos. Morton Prince (1854-1929) fundador del *Journal of Abnormal Psychology* sugirió cambiar el término "subconsciente" por "coconciencia" ya que éste podía reflejar mejor la actividad simultánea o paralela de dos o más sistemas dentro del mismo individuo. Así le siguió William James, quien a su vez influyó en las ideas de un inglés llamado Frederick Myers, quien distinguió dos tipos de *self* uno conciente o "supraliminal" y uno inconsciente o "subliminal" (Bernstein y Putnam, 1986).

En Europa, sin embargo, se planteó la histórica controversia con Freud. A diferencia de Janet, Freud tenía serias dificultades para hipnotizar a sus pacientes histéricas y comenzó a buscar métodos alternativos para acceder al mundo inconsciente. Igualmente buscó hipótesis alternativas para explicar la histeria. Desde el punto de vista psicoanalítico, los recuerdos traumáticos eran activamente sacados de la conciencia a través de la represión del yo para proteger a éste de las emociones dolorosas asociadas, quedando éstas últimas en el inconsciente.

A través de la catarsis de esas emociones, y una vez relacionadas con sus recuerdos, se lograba el alivio de los síntomas. Para Janet la disociación se daba, no de forma activa, sino por una debilidad mental debida a la incapacidad del sujeto ante una emoción vehemente de integrar la memoria de ese evento al hilo de la conciencia. La catarsis sola no era suficiente para aliviar el síntoma, debía ayudarse al sujeto a integrar los aspectos disociados al resto de su conciencia (van der Kolk, van der Hart y Marmar, 1996).

Posteriormente la controversia se incrementó cuando Freud abandona la hipótesis del origen traumático real de la histeria y privilegia, sin rechazar la hipótesis del todo,

la relación entre las fantasías erotizadas de sus pacientes asociadas a momentos de su infancia como elemento explicativo de los síntomas histéricos. Quizás era demasiado difícil para Freud aceptar en su momento histórico, los relatos incestuosos de sus pacientes con personas que él conocía, como hechos reales y no fantaseados.

La historia de nuevo oscila y a pesar de intentos de Prince por reconciliar la represión y la disociación como mecanismos igualmente válidos (argumentando un simple problema semántico), de manera que esta última no cayera en el olvido, no le queda más remedio que asumir, como dijera el autor en aquel momento, que: "la psicología Freudiana ha inundado el campo como la marea alta, y el resto de nosotros quedamos sumergidos como almejas enterrados en la arena" (c.p. Spiegel y Cardaña, 1991). A partir de 1930, se perdió de nuevo el interés en el estudio científico de la disociación quedando como un fenómeno oscuro y menor dentro de la clínica (Bernstein y Putnam, 1986).

Por tres décadas estuvo muy abandonado el tema, sin embargo, no cabe duda de que existe un renovado interés en el estudio de la disociación en el campo de la psicología clínica y la psiquiatría debido a que, poco a poco, se ha ido esclareciendo el papel que juega en la dinámica de diversos trastornos mentales. Spiegel y Cardaña (1991) reseñan cinco razones que pueden explicar la reaparición de la disociación en la investigación científica y que de alguna manera definen los campos actuales de estudio del fenómeno: (a) la comprensión de que la teoría psicoanalítica y la disociación no son necesariamente incompatibles, lo que reivindica los trabajos originales de Pierre Janet y Morton Prince que fueron opacados por Freud durante aproximadamente tres décadas; (b) el reconocimiento creciente de la hipnosis como un área válida para el estudio científico perdiendo mucho de su misticismo y de los prejuicios en su contra; (c) la aparición de modelos cognitivos de procesamiento de información que permiten lo que pudiera ser una formulación moderna del fenómeno disociativo como, por ejemplo, en los procesamientos paralelos y la compartimentalización de las experiencias en la memoria; (d) el reconocimiento en la tercera edición del Manual de Diagnóstico Estadístico de Trastornos Mentales (DSM) en 1987 de la categoría diagnóstica de Trastornos Disociativos que se mantiene en la cuarta edición, así como el auge en el estudio del Trastorno de Estrés Postraumático (PTSD) que ha aportado en gran medida al estudio de la disociación y, finalmente; (e) las investigaciones recientes en la incidencia del abuso físico y sexual así como otros tipos de trauma que generan secuelas disociativas.

Ana Gabriela Pérez de Antelo

El estudio de la disociación abre perspectivas interesantes en la comprensión del funcionamiento de la psiquis, pero sólo el futuro determinará si la historia vuelve o no a repetirse y el fenómeno queda de nuevo en el olvido. Por el momento es preciso lograr un mayor consenso en las definiciones y lograr superar los prejuicios que aún en la actualidad acompañan al fenómeno disociativo.

BIBLIOGRAFÍA

- American Psychiatry Association (2000). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders* (4th ed. Text Revision) Washigton, DC: Author.
- Bass, E. y Davis, Laura (1994). *The courage to heal. A guide for survivors of child sexual abuse*. New York: Harper Perennial.
- Bernstein, E. y Putnam, F. (1986). Development, reliability, and validity of a dissociation scale. *Journal of Nervous and Mental Disease*. 174 (12), 727-735.
- Bliss, E.L. (1986). *Multiple Personality, Allied Disorders, and Hypnosis*. New York: Oxford University Press.
- Boring, E. (1980). *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas
- Fancher, R. (1979). *Pioneers of Psychology*. New York: W.W.Norton and Company.
- Kaplan, H. y Sadock, B. (1998). *Synopsis of psychiatry. Behavioral science/Clinical psychiatry*. Baltimore: Williams & Wilkins.
- Putnam, F.W. (1997). *Dissociation in children and adolescents. A developmental perspective*. New York: The Guildford Press.
- Spiegel, D. and Cardena, E. (1991). *Disintegrated experience: The dissociative disorders revisited*. *Journal of Abnormal Psychology*. 100 (3), 366-378.
- Van der Kolk, B.; Van der Hart, O. y Marmar, C.R. (1996). Dissociation and Information Processing in Posttraumatic Stress Disorder. Van der Kolk, B.; MvFarlane, A.C. y Weisaeth, L. (Eds.) *Traumatic stress. The effects of overwhelming experience on mind, body and society*. (Cap.13, pp. 303-327) New York: The Guilford Press.

DISOCIACIÓN: MECANISMO DE AJUSTE ADAPTATIVO O DESADAPTATIVO Y SUS IMPLICACIONES PARA EL TRATAMIENTO

Edith Shiro¹

Resumen

En la actualidad los fenómenos disociativos han sido objeto de considerable atención. El siguiente trabajo hace una revisión de distintas conceptualizaciones del fenómeno, especialmente en lo concerniente a si es considerado como un fenómeno normal de la experiencia psicológica humana o si, por el contrario, es un evento anormal ligado a la patología. Asimismo examina tanto sus ventajas adaptativas y benéficas ante situaciones traumáticas, como las posibles limitaciones que puede acarrear a la vida del sujeto su instauración en el funcionamiento habitual. Finalmente, reflexiona sobre las implicaciones de estas consideraciones para el trabajo psicoterapéutico.

Abstract

Dissociative phenomenon is currently attracting a considerable amount of attention. The following article reviews different conceptualizations of the phenomenon, specially in relation to it being considered a normal human experience or, on the contrary, an abnormal event related to psychopathology. It also examines its adaptative advantages when coping with traumatic experiences and the possible difficulties that its installation, as a common reaction, can bring to the life of the person. Finally, the author reflects on some of the psychotherapeutic implications derived from this discussion.

¹ Edith Shiro es psicóloga clínica. Estudió psicología en la UCAB y posteriormente continuó sus estudios de doctorado en Yeshiva University en NYC. Se especializó en Terapia de Familia en el Ackerman Institute. Actualmente es la coordinadora del Centro de Trauma y Familias en dicho instituto. Entre sus publicaciones se encuentran "Recuperación y resiliencia: el poder transformador del trauma en refugiados Camboyanos" (2001), "Hacia una nueva identidad: lidiando con el bi-culturalismo" (1996).

De acuerdo con el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales en su Cuarta Edición (DSM-IV), el Trastorno Disociativo es una "interrupción de funciones integrativas como la conciencia, la memoria, la identidad o la percepción del ambiente. El trastorno puede ser repentino o gradual, pasajero o crónico". Una de las características predominantes de este trastorno, en general y específicamente en el Trastorno Disociativo, es la incapacidad para recordar información personal importante debido, generalmente, a un evento traumático y no a olvidos ordinarios.

Este trabajo intenta discutir algunos de los distintos enfoques que definen la disociación y se enfocará, especialmente, en el debate de si este fenómeno es un mecanismo de ajuste adaptativo o desadaptativo que se manifiesta durante situaciones estresantes o traumáticas y durante eventos de la vida cotidiana. Los estados disociativos tienen implicaciones clínicas directas en el establecimiento de metas y el tratamiento de pacientes durante el proceso terapéutico. Así pues, algunas técnicas para establecer las metas terapéuticas y el tratamiento más efectivo serán discutidas también.

El concepto de disociación es atribuido probablemente con precisión a Pierre Janet, quien lo entendió como un mecanismo central en los trastornos asociados al trauma. Janet se dio cuenta de que la cura era facilitada a través del descubrimiento del trauma (Frankel, 1990). Asimismo Sigmund Freud, en colaboración con Josef Breuer, delineó una aproximación similar al concepto de disociación. La teoría postulaba que "... cierto estado de vulnerabilidad ocurre donde las impresiones traumáticas no pueden ser pensadas a través de la asociación, en personas bajo estrés (especialmente pacientes histéricos) o con un precipitante ambiental. El contenido de la conciencia es disociado temporalmente y ciertas ideas complejas se separan" (Freud, 1893 en Frankel, 1990, p. 825). Así, el recuerdo de las experiencias traumáticas se divide en un segundo estado de conciencia. Desde el punto de vista psicoanalítico, el concepto de disociación estaba ligado al concepto de represión, como una defensa necesaria contra pensamientos y deseos inaceptables y no estaba relacionado con la idea de la disociación como un mecanismo adaptativo.

Algunos autores ofrecen una definición más amplia de la disociación, considerándola como un evento normal y común, aunque pueda ser utilizado para servir a necesidades patológicas. Sobre esta base, el manejar un auto o tipear en la computadora son funciones automáticas que pueden ser consideradas como estados disociados (Hilgard, 1977, c.p. Frankel, 1990). Otros autores han extendido el concepto aún más, enfatizando los equivalentes de la disociación presentes en otras culturas y el valor de supervivencia

Edith Shiro

de sus creencias en los trances religiosos, adivinatorios y proféticos (Ludwig, 1983, c.p. Frankel, 1990).

Otros autores más recientes han definido la disociación como el proceso de “romper las conexiones entre categorías de eventos mentales, entre eventos que parecen irreconciliables, entre los eventos que sucedieron en su significado emocional, entre el evento actual y la conciencia de su significado cognitivo y finalmente, como en el caso del trauma severo, entre la ocurrencia de eventos reales y su representación simbólica, verbal permanente” (Davies y Frawley, 1994, p. 63). En el proceso disociativo una parte de la experiencia traumática puede ser demasiado sobreestimulante para ser registrada por los canales habituales, de manera que es “acordonada” y registrada como un estado psicológico separado dentro de la personalidad, creando así dos o más estados del Yo que alternan en la conciencia y emergen al pensar, actuar, recordar y sentir.

La disociación ha estado relacionada al Trastorno de Estrés Post-Traumático (TEPT), presentada como un síntoma de este desorden (Herman, 1992). La persona que vive un evento traumático experimenta los estados traumáticos disociados en forma de recuerdos traumáticos que no son accesibles en otros momentos, imágenes intrusivas recurrentes conectadas al trauma, el *acting-out* simbólico, sensaciones somáticas inexplicables, entre otros. Herman (1992) clasifica los muchos síntomas del TEPT en tres categorías: “hiperreactividad”, que refleja la expectativa persistente de peligro y la actitud ansiosa y la hiperalerta; “intrusivos”, que reflejan la huella indeleble del momento traumático que aparece espontáneamente en la conciencia en forma de flashbacks o pesadillas; y “constricción”, que refleja las respuestas anestesiadas de impotencia en la persona. Es en este último síntoma del TEPT, “constricción” que la disociación parece servir como una alternativa al escape de la situación intolerable. Como dice la autora, “este estado alterado de conciencia puede ser entendido como una de las pequeñas concesiones de la naturaleza, una protección ante el dolor insoportable” (p. 43).

Los eventos traumáticos no sólo producen cambios profundos en la cognición, emoción, actividad fisiológica y memoria, sino que también pueden interrumpir de manera significativa las funciones interpretativas. Es decir, las personas traumatizadas son incapaces de integrar información sobre el evento traumático con el resto de su personalidad. Es como si existiera un *self* separado que actúa de manera independiente del resto de las demás funciones.

Judith Herman escribe: “... la persona traumatizada puede experimentar emociones intensas, pero sin un recuerdo del evento, o puede recordar todo en detalles, pero sin

emoción” (p. 37). Junto a van der Kolk (1991) y otros, ella ha retomado los trabajos de Janet (1889, 1919, c.p.Herman 1992), quien observó que las experiencias nuevas son integradas normalmente a los constructos mentales existentes sin esfuerzo consciente, a lo que él denominó “memoria narrativa”. Por otro lado, las experiencias atemorizantes pueden no ser integradas fácilmente a las experiencias cognitivas existentes. De esta manera, el recuerdo de estas experiencias es almacenada de otra forma, haciéndose irrecuperable bajo condiciones normales y “disociadas” del conocimiento consciente y el control voluntario. Fragmentos de estas experiencias no integradas se reflejan luego en lo que se ha llamado “memoria traumática”. Dado que estas experiencias son tan abrumadoras, no pueden ser integradas al acceso mental existente o esquemas (siguiendo los conceptos de Piaget de asimilación y acomodación), de tal manera que están disociadas y más tarde aparecen fragmentadas como intrusas en el recuerdo.

Se cree que los recuerdos traumáticos carecen de “contexto verbal y narrativo, codificándose más bien como sensaciones e imágenes” (Herman, 1992). Van der Kolk y vander Hart (1991) han dedicado atención considerable a los procesos de memoria humanos, señalando que la memoria es un proceso activo que involucra esquemas mentales, formados a través del tiempo sobre la base de la experiencia a la que la información nueva es absorbida e integrada. Él escribe que “casi todos los recuerdos son maleables a través de la recategorización y elaboración constante. Cuando las personas son expuestas a traumas, la experiencia no logra ser organizada a un nivel lingüístico y el fracaso en organizar el recuerdo en palabras y símbolos la deja para ser organizada a un nivel somatosensorial o icónico: como sensaciones somáticas, reactivaciones conductuales, pesadillas y flashbacks” (p. 441).

Esta interferencia del proceso de simbolización causa dificultades en la recuperación lingüística. Como van der Kolk, Krystal (1995) observa que algunos tipos de “eventos agudos y de eventos estresantes incontrolables pueden generar cambios a largo plazo en el sistema mensajero del cerebro... en que la alteración más dramática se encuentra en la manera en que le cerebro maneja la adrenalina. Luego de una experiencia traumática significativa, el cerebro tiende a ser provocado con más facilidad de lo usual a liberar adrenalina y aparentemente tiene menos capacidad de apagar el flujo de ese neurotransmisor” (p. 32). Esta falla de regulación a largo plazo de la química cerebral bajo condiciones de estrés y ansiedad abrumadora puede tener consecuencias significativas para la codificación y la recuperación.

Edith Shiro

Se argumenta que la “memoria traumática”, que resulta de esos períodos prolongados de deprivación, tiene una base dinámica para preservar alguna semblanza de seguridad y protección a través de un pasado no recordado. Langer (1991) se ha referido a una “memoria de agonía” caracterizada por lo que él llama un “*self* dividido”. En base a los testimonios orales de sobrevivientes del Holocausto de la Segunda Guerra Mundial, él sugiere que muchas personas traumatizadas viven simultáneamente en dos mundos distintos: el mundo del trauma y el de su vida real. Estos dos mundos a veces no presentan puentes que los conecten. La memoria traumática es atemporal y desafía las modalidades narrativas que tienen un comienzo, un medio y un final. El sugiere que “mientras que la historia que se desarrolla genera alivio, el tema que nunca se desarrolla produce dolor” (p. 48). Darle sentido a la experiencia es darle realidad y cierre. Ese cierre es necesario para la meta terapéutica, pero puede generarle miedo a aquél que la sufre.

Al examinar un estudio de casos que intentaba revisar la relación del abuso infantil con la memoria, Davies y Frawley (1994) escriben: “... Estos sobrevivientes recordaban aún antes de saberlo ellos mismos. Generalmente, ‘recordaban’ de maneras no simbolizadas como actuando el trauma repetidamente, en vez de memorias como nosotros las entendemos habitualmente organizadas e íntegradas a un Yo que funciona bien. Los recuerdos del paciente abusado estaban casi completamente disociados. Separados de la conciencia, ellos conservaban la fuerza afectiva y emocional del trauma original y operaban con gran potencia desde afuera de la conciencia del paciente” (p. 65).

En síntesis, la disociación parece ser un continuo, en que el menos severo de los extremos es experimentado por la mayoría de las personas todos los días, como cuando maneja un auto, tipea o fantasea, etc. y el otro extremo más severo es el estado disociativo como consecuencia de una experiencia traumática o extremadamente estresante, convirtiéndose así en un síntoma o trastorno. En cualquier caso, no puede ser determinado con facilidad si la disociación juega un rol adaptativo o desadaptativo desde una perspectiva general. En cambio, esta evaluación debe ser hecha dentro de cada situación particular.

Disociación: adaptativa o desadaptativa

A pesar de las variadas definiciones y perspectivas ofrecidas por autores distintos, no se ha sacado ninguna conclusión definitiva sobre la función adaptativa de los estados

disociativos. Putnam (1993) argumenta que los estados disociativos son un fenómeno común y normativo en la infancia que generalmente disminuye durante la adolescencia hasta llegar a niveles relativamente bajos en la adultez. Sin embargo, cuando un evento traumático es experimentado en cualquier etapa del desarrollo, éste interfiere con la disminución normal, incrementando la probabilidad de disociaciones en la adultez. De esta manera, la disociación pareciera ser un mecanismo de ajuste adaptativo frente al trauma severo.

El mecanismo disociativo aparentemente ofrece protección y es útil en situaciones en que la realidad es insoportable, en que se necesita que ciertas conductas sean automáticas, cuando hay un conflicto irreconciliable, cuando la persona necesita aislarse de una experiencia catastrófica para poder proteger la integridad del *self* (o una parte por lo menos) o cuando hay una alteración del sentido del sí mismo, de manera que el evento traumático es experimentado como “esto no me está sucediendo a mí”.

Para explicar como las organizaciones mutuamente excluyentes y separadas de aspectos particulares del *self* en relación a las representaciones de otros significativos funcionan como un mecanismo adaptativo en sobrevivientes adultos de abuso sexual infantil, Davies y Frawley (1994) escriben que: “Sólo a través de la disociación el adulto sobreviviente de trauma puede encontrar la capacidad para mantener experiencias tan irreconciliables y dispares con otras personas y acomodar la representaciones del *self* que se crean a través de experiencias tan extremas con los demás. Mientras más temprano el abuso, más crónico y más cercana la relación entre el abusador y la víctima, más persistente va a ser la estructura de la personalidad” (p. 75).

La capacidad para mantener extremos irreconciliables dentro de uno mismo a través de la disociación puede ser considerada como un instinto de supervivencia desde el punto de vista evolutivo. La disociación durante el trauma y la amnesia traumática son entendidas normalmente como defensas contra el dolor psíquico, como si la eliminación del dolor fuese una meta final lógica. Como sugiere Freyd (1994): “es parsimonioso asumir que el dolor existe para motivar cambios conductuales” (p. 121). Y la motivación a evitar y aliviar dolor es una meta en sí misma, pero detrás de esa motivación subyace una meta evolutiva más relacionada con la supervivencia. Más aún, según la perspectiva de Freyd la represión del recuerdo, la disociación y las defensas relacionadas no son funciones que nos permiten reducir el dolor psíquico en sí mismo. En cambio, estos mecanismos sirven para controlar la cognición social y así controlar las conductas

Edith Shiro

sociales. De tal manera que la utilidad de estas defensas no es simplemente evitar el dolor, sino que deben servir como un mecanismo de sobrevivencia en un sentido evolutivo, que invoca el anestesiamiento del dolor y simultáneamente bloquea información. El bloqueo del dolor es más adaptativo socialmente que funcionalmente. De hecho, a la larga es posible que las defensas psicológicas no reduzcan el dolor para nada.

Freyd (1994) considera que los sobrevivientes del trauma, especialmente los sobrevivientes adultos de abuso infantil, poseen un mecanismo mental que ha evolucionado naturalmente, dedicado a detectar "traidores" o personas en las que no pueden confiar. Desde la perspectiva evolutiva este mecanismo de estar muy pendiente de la traición es altamente adaptativo, porque cuando la persona puede escoger con quien establecer nuevos acuerdos sociales, quiere evitar aquellas personas que previamente la han traicionado y esto es un paso hacia la preservación y la sobrevivencia.

Según van der Kolk y Kadish (1987) la disociación como una respuesta a eventos traumáticos de la vida es la reacción más común y adaptativa porque "permite un funcionamiento relativamente normal durante la ocurrencia del evento traumático y deja a gran parte de la personalidad sin afectarse por el trauma" (p. 186). Además los autores sugieren que la disociación amnésica continúa siendo adaptativa a través de la vida sin otras consecuencias psicopatológicas.

Sullivan (1956) propone una aproximación distinta con respecto al rol adaptativo de la disociación. Acepta la idea de que la disociación es parte del equipo de sobrevivencia del animal humano, que no necesariamente tiene que trastocar los contenidos de la conciencia y además, no tiene que ser un obstáculo en la vida en el funcionamiento de la personalidad u otras áreas que no han sido afectadas por la disociación. Sin embargo, él sostiene que esta dinámica de la disociación, si bien es frecuentemente adaptativa, está lejos de ser ideal. Escribe: "uno es más eficiente y mucho más cercano a la felicidad, satisfacción y todas aquellas cosas que pensamos que tienen que ver con resultados positivos de la vida, considerados en abstracto, si uno no tiene ningún sistema importante disociado" (p. 168). Aún así, parece que en muchos casos los pacientes reportan que la disociación les ayuda a tomar con más facilidad las cosas, y tener una vida menos intensa y agotadora. Es una dinámica que es útil cuando ninguna otra dinámica o mecanismo puede ser utilizado.

Es importante tomar en cuenta el aspecto de la disociación como un mecanismo adaptativo desde una perspectiva trans-cultural. Este aspecto es particularmente significativo al determinar el rol de la disociación, porque dependiendo del punto de

vista cultural puede ser interpretada como una conducta muy adaptativa y aceptable o puede ser interpretada como anormal e inaceptable. El DSM-IV establece que, según algunas culturas, la disociación es una expresión de actividad cultural o religiosa, de manera que debe ser evaluada dentro del contexto en que se presenta.

Aun cuando la disociación es un mecanismo protector que permite que las personas se adapten a los eventos de vida y toleren la realidad, el aprendizaje de estas estrategias adaptativas puede llevar a conductas altamente desadaptativas (Putnam, 1993). De manera que, aun cuando los estados disociativos pueden ser adaptativos en el momento del trauma, pueden hacerse desadaptativos una vez que el peligro queda atrás. Los estados alterados de conciencia impiden la integración necesaria para la sanación. Como se dijo anteriormente, cuando la experiencia traumática ocurre, la persona codifica el evento de una manera que crea una ruptura en su sí-mismo y por ende, la información no es accesible para ser integrada con el resto del sí-mismo o la personalidad. Esta incapacidad para integrar trae como consecuencia un estado constreñido de pensamiento, memoria, conciencia y todo el campo de acción propositiva. En otras palabras, las personas terminan restringiendo sus vidas para poder crear cierta sensación de control y seguridad.

Otra consecuencia de la disociación que es poco adaptativa es la interferencia que tiene sobre la capacidad de anticipar y planificar el futuro. Por ejemplo, en el estudio de Lenore Terr con niños y niñas escolares que fueron secuestrados, cuando se les preguntó qué deseaban ser cuando crecieran, contestaron que no tenían planes para el futuro porque esperaban morir jóvenes (Terr, 1990). Mucho después del evento traumático estos niños continúan buscando señales y augurios que los guíen en su conducta y los protejan.

En síntesis, aún cuando los estados disociativos evitan que la persona tenga que enfrentar sentimientos abrumadores y recuerdos penosos y aún cuando estos estados ayudan a evitar cualquier resto de reminiscencia del trauma, las personas traumatizadas sufren limitaciones en sus capacidades para manejar de manera exitosa situaciones nuevas. Pareciera que las personas traumatizadas tienen que pagar un precio por la protección que les ofrece la disociación que termina limitando sus vidas y, al final, perpetuando el evento traumático. La psicoterapia ha demostrado ser una herramienta útil en el tratamiento de los trastornos disociativos.

Edith Shiro

Implicaciones clínicas para el tratamiento

Muchos investigadores (Freyd, 1994; Herman, 1992) han señalado la efectividad de la psicoterapia como una herramienta potencial para sanar las heridas del trauma por varias razones, incluyendo que la relación terapéutica puede ser correctora para la persona, en términos de construir relaciones sociales y de confianza con límites apropiados. Además de eso, el terapeuta puede ayudar a la persona a interpretar los recuerdos sensoriales, sentimientos y conductas desadaptativas y a tener mayor control sobre ellas. Asimismo, la psicoterapia ofrece la oportunidad de hablar sobre los recuerdos traumáticos y así "... el cliente crea espontáneamente una interpretación episódica y una integración de recuerdos sensoriales y afectivos que antes estaban separados" (Freyd, 1994; p. 320).

Uno de los procesos terapéuticos más importantes que ocurren durante el tratamiento es el recordar, hablar e integrar recuerdos traumáticos que antes estaban bajo llave. Pero el proceso de recordar no es tan simple. De hecho, se complica porque varios recuerdos traumáticos son estado-dependientes (van der Kolk, 1989, c.p. Davies y Frawley, 1994). Estos recuerdos fueron codificados en estados de ira inexpresables e indefensión aterrizante, siendo accesibles luego sólo cuando la persona vuelve a ingresar en estados afectivos similares. Como se dijo anteriormente, estos recuerdos con frecuencia son codificados a un nivel sensorio-motor de la cognición, de tal manera que verbalizar y organizar la experiencia por primera vez es una tarea difícil que implica un proceso largo. Eventualmente este proceso llevará a una narración, todavía dolorosa, pero más manejable de esos eventos pasados.

Al trabajar con pacientes con material traumático disociado, la expresión del abuso o de la experiencia traumática parece ser una meta importante. En el caso del abuso sexual, esto ocurre cuando la parte de la persona que alberga al niño-abusado (esa parte que guarda los recuerdos del abuso) emerge para compartir su historia con el clínico. Para que esto suceda, el terapeuta debe aceptar y hasta alentar estos estados disociativos en que el paciente ingresa durante el tratamiento, dejando que aparezcan estas verdades (Davies y Frawley, 1994). Mollica (1988) y Langer (1991), al escribir sobre sobrevivientes del Holocausto de la Segunda Guerra Mundial, sugieren que a través del proceso de relatar historias en terapia, los pacientes traumatizados pueden recuperar el mundo que habían perdido y crear una historia nueva de sobrevivencia y recuperación.

En síntesis, las distintas maneras de definir disociación y su rol en la experiencia traumática nos ayudan a comprender cuán importante es considerar no sólo el evento traumático, sino la experiencia de la persona y su representación de sí-mismo, así como la internalización de los demás en su mundo dentro de la relación traumática o abusiva. Esto es especialmente cierto en cuanto a las implicaciones clínicas. Tanto la literatura de trauma como abuso en general (Davies y Frawley, 1994) enfatiza la necesidad del paciente de recuperar recuerdos disociados y expresarlos con una carga afectiva completa. Pero esto parece ser una sobresimplificación del proceso de tratamiento, ya que los eventos traumáticos son sólo uno de los aspectos que deben ser abordados en el tratamiento. El escenario es más complejo que eso y debe tomar en cuenta al individuo así como integrar los distintos aspectos de su conducta, sentimientos, recuerdos y pensamientos. Como explica Davies y Frawley (1994): “las experiencias traumáticas están empotradas en la constelación completa del mundo objetal interno del paciente y los aspectos concomitantes de su experiencia yóica, en consecuencia el surgimiento, la contención, codificación e integración de este aspecto separado de la experiencia es la meta terapéutica principal” (p. 64).

La psicoterapia es una de las respuestas posibles para ayudar a integrar la experiencia traumática a otras partes del Yo, para así poder hacer de la disociación una estrategia adaptativa en vez de desadaptativa.

BIBLIOGRAFÍA

- American Psychiatric Association. (1994). *Diagnostic and Statistical Manual of the mental disorders* (4th, ed.) Washington, DC. Author.
- Davies, J. and Frawley, M. (1994). *Treating the Adult Survivor of Childhood Sexual Abuse*. New York: Basic Books.
- Frankel, F. (1990) Hypnotizability and Dissociation. *American Journal of Psychiatry*. 147 (7). 822 – 827.
- Herman, J. (1992). *Trauma and Recovery*. New York: Basic Books.
- Krystal, J. (1995). The Pathways of Pain. *Yale Alumni Magazine*. 30 - 37.
- Langer, L. (1991). *Holocaust Testimonies. The Ruins of Memory*. New York: Yale University Press.
- LeDoux, J. (1994). Emotion, Memory and the Brain. *Scientific American*. June. 50-57.
- Mollica, R.F. (1988). The Trauma Story: The psychiatric care of refugee survivors of violence and torture. En (F.M. Ochberg, Ed.): *Post-Traumatic Therapy and Victims of Violence*. New York: Brunner/Mazel.
- Putnam, F. (1993) Dissociative Disorders in Children: Behavioral Profiles and Problems. *Child Abuse and Neglect* . 17. 39 - 45.
- Terr, L. (1991). Childhood Traumas: An Outline and Overview. *American Journal of Psychiatry*. 148(1). 10 - 20.
- Terr, L. (1990). *Too Scared to Cry*. New York: Basic Books.
- van der Kolk, B. and van der Hart, O. (1991). The Intrusive Past: The Flexibility of Memory and the Engraving of Trauma. *American Imago*, 48(4). 425-454.
- van der Kolk, B. y Kadish (1987) *Psychological Trauma*. Washington D.C.: American Psychiatric Press.

VIDAS SILENCIADAS: ESTUDIOS DE CASOS DE UNA NIÑA Y UN NIÑO ABUSADOS SEXUALMENTE

María del Valle Westinner¹

Resumen

El presente trabajo tuvo como finalidad, a través del estudio de caso de una niña y un niño víctimas de abuso sexual, utilizando como material de análisis el registro de sesiones terapéuticas, discutir la incidencia que tiene el abuso en la clínica, la situación y vivencias de sus víctimas, así como hacer visible la relevancia del tema en el campo de la psicología.

Se discutió el material haciendo énfasis en cómo las manifestaciones que presentaba cada caso estaban influenciadas por las vivencias de abuso. La clínica de los mismos dio cuenta de lo señalado por algunos autores, en relación a la multiplicidad de síntomas que pueden presentar las personas que han sido víctimas de traumas repetidos. Se dio una lectura de las sesiones que tomara en cuenta la vivencia traumática y se planteó el origen traumático de los conflictos que aparecían en la relación terapéutica.

También, se quiso poner en evidencia aquellas exigencias especiales que introduce el tema del abuso a la relación psicoterapéutica. Ambos casos plantearon cuestionamientos que giraban en torno a las acciones que deben tomarse para proteger a la víctima, el grado de neutralidad que debe mantener el terapeuta y los sentimientos transferenciales y contratransferenciales que genera la víctima.

Abstract

The present study aims to discuss the incidence of sexual abuse in our clinical population, to analyze the situation and experience of the victims, and to emphasize the relevance of child abuse as a subject of research, through the examination of two cases of child abuse and the record of their psychotherapeutic sessions.

The discussion of the material emphasizes how the clinical manifestations in each case are related to the experience of abuse. These manifestations fit the observations of

¹ María del Valle Westinner es psicóloga, especializada en Psicología Clínica Comunitaria. Trabajó en el centro comunitario Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j., en el cual colaboró con el desarrollo de respuestas efectivas a situaciones de violencia intrafamiliar.

María del Valle Westinner

different authors, in relation to the multiplicity of symptoms that can appear in a person who has experienced repeated trauma. An interpretation is proposed of the sessions and the possible traumatic origin of the conflicts that appeared in the psychotherapeutic relationship.

The special challenges that arise in this relationship are underlined. Important questions on what actions the therapist should take to protect the victim, the possibility and usefulness of maintaining a neutral stance, and the transference and countertransference of emotions aroused by the victim are discussed.

INTRODUCCIÓN

El problema del abuso sexual infantil como tema de estudio e investigación en el campo de la psicología ha tenido un desarrollo estrechamente ligado, por un lado, a la concepción histórica del niño como individuo (Wiehe, 1998) y, por el otro, a la capacidad de las sociedades de aceptar la atrocidad y vulnerabilidad humana (Herman, 1997).

Sólo en la medida en que el momento histórico lo ha permitido y el contexto socio-político ha generado mayor sensibilidad en la población, la investigación acerca del abuso sexual y el trauma ha tenido frutos, aún así, los resultados generan tanta controversia que por lo general el tema termina siendo olvidado (Herman, 1997). Quizás el ejemplo más ilustrativo está presente en el psicoanálisis, cuando Freud abandona la hipótesis de que el origen de los síntomas histéricos de sus pacientes estaba en vivencias infantiles de abuso sexual tras la controversia que generaron sus afirmaciones. En varios casos descritos por Freud aparecían episodios de abuso; sin embargo, desecha esta hipótesis y concluye que los episodios que describían sus pacientes eran producto de la fantasía.

Se entiende entonces cómo el estudio del abuso sexual infantil no ha tenido un desarrollo constante y cómo ha pasado por momentos en donde simplemente ha sido olvidado o negado. Reconocer que el abuso sexual infantil es un hecho implica entender y reconocer que la condición de desigualdad del niño frente al adulto no le da derecho a este último de usar al niño para satisfacer sus propias necesidades y que el uso de un niño para actividades sexuales constituye una forma de maltrato con graves consecuencias para su desarrollo físico y emocional; asimismo, obliga moralmente a las sociedades a crear mecanismos de protección y defensa en contra del abuso y a los profesionales involucrados a abocarse al estudio sobre el tema, para aportar conocimientos y estrategias de intervención para la prevención y tratamiento del problema.

Por otra parte, a medida que se generan mejores mecanismos para reconocer y acceder a las víctimas, se va descubriendo la extensión del problema en cuanto al número de casos, aunque se sospecha que aún gran parte de los mismos no se conocen. Asimismo, las investigaciones sobre el área evidencian las terribles consecuencias que tiene el abuso sexual sobre las víctimas. Tanto es así que se ha encontrado relación entre el abuso sexual y múltiples trastornos psiquiátricos en la infancia, tales como depresión,

María del Valle Westinner

trastornos de ansiedad, trastorno de conducta, trastornos disociativos, trastorno obsesivo-compulsivo, trastornos adaptativos, trastorno por estrés post-traumático y con dificultades en la conducta sexual, en las relaciones interpersonales y en la identidad (Consentino, Meyer-Bahlburg, Alpert, Weinberg, Gaines, 1995; Dubner y Motta, 1999; Hillary y Schare, 1993, Kendall-Tackett, Willians y Finkelhor 1993; Lizardi, Klein, Ouimette, Riso, Anderson y Donaldson, 1995; Saywitz, Mannarino, Berliner y Cohen, 2000; Toth y Cicchetti, 1996; Terr, 1995). En este sentido, Herman (1997) propone el trastorno de estrés post-traumático complejo para víctimas de trauma repetido y prolongado, el cual recoge las diferentes manifestaciones que pueden sufrir las personas que han sido sometidas a victimización prolongada.

El tema del abuso sexual, por lo tanto, adquiere especial relevancia como área de estudio en el campo psicológico, en primer lugar por la extensión del problema y sus terribles consecuencias, aspectos que en sí mismos requieren mayor investigación. Por otra parte también se necesita mayor conocimiento que permita crear mecanismos más idóneos para su prevención y tratamiento.

El presente trabajo pretende discutir a través del estudio de caso de dos niños víctimas de abuso sexual, la incidencia que tiene el abuso en la clínica, la situación y las vivencias de sus víctimas, así como hacer visible la relevancia del tema en el campo de la teoría e investigación psicológica. Utilizando como material de análisis el registro de sesiones terapéuticas, se discutió la amplitud clínica de cada caso, su situación de vida y sus experiencias a la luz de la vivencia de victimización, también se identificaron los retos y dificultades que se presentan en el proceso terapéutico y la cualidad de la relación terapéutica a la luz del trauma.

Método

Para el presente estudio se utilizó como metodología de investigación, *el estudio de caso cualitativo* y se utilizó como material de análisis el registro de las sesiones psicoterapéuticas que se mantuvieron con dos casos, ambos de niños abusados sexualmente. Las entrevistas con los niños fueron registradas en grabaciones de audio para lo cual se pidió autorización a los padres y a los mismos niños. Posteriormente, se realizó un análisis del contenido de las sesiones, contenidos que fueron agrupados en categorías.

A continuación, se describe brevemente cada uno de los casos, las circunstancias en que fueron atendidos y se ofrecen las conclusiones que arrojaron los análisis de las sesiones psicoterapéuticas.

José

José tenía 6 años para el inicio de la investigación (febrero del 2002). Era un niño de estatura baja y contextura delgada, vestía con el uniforme escolar el cual impresionaba limpio y bien acomodado. Por lo general, llegaba a consulta con una expresión jovial y entraba al consultorio sin mostrar resistencia. José era atendido individualmente una vez por semana durante una hora en la Unidad de Psicología del Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. En total el proceso se prolongó durante quince sesiones.

Asistía a la unidad² con su madre, la cual señalaba “*sentirse sumamente preocupada*” debido a que en enero del mismo año José le había “*confesado*” haber mantenido “*contactos sexuales*” con un primo político cinco años mayor, lo cual ocurría en casa de José mientras estaban al cuidado de la abuela materna. Según José esto venía sucediendo desde septiembre del 2001.

El mismo José le contó a sus padres lo que estaba ocurriendo. Una noche antes de iniciarse las clases en enero, después de mostrarse muy inquieto y lloroso, les dijo que había visto una película pornográfica con su primo Daniel. Ante esta información los padres reaccionaron mostrando preocupación aunque le declararon que se sentían agradecidos por su sinceridad, afirmando que podía confiar en ellos. Seguido de esto José les dice que también había “*jugado*” con Daniel “*a las mismas cosas que habían visto en la película*”. Luego de contar lo ocurrido la madre lo reprende fuertemente y le dice llorando que la “*decepcionó*”, cada día que pasaba José le contaba los detalles de lo que había hecho con su primo, ante lo cual la madre reaccionó con recriminaciones. Según el reporte de José, Daniel le pedía que lo masturbara, que le chupara los genitales y que le frotara los genitales con los glúteos. Estos aspectos son los que le declara el niño a su madre inicialmente, debido a que en las sesiones se negó a hablar sobre los eventos abusivos.

Antes que José iniciara las consultas en la Unidad de Psicología del Parque Social, la madre había consultado a una psicóloga, quién le señala que en función de que el niño “no parecía afectado” no era necesario que se incluyera en un proceso terapéutico. Sin

² El Parque Social Padre Manuel Aguirre s.j es un centro de atención comunitaria que funciona en colaboración con la Universidad Católica Andrés Bello. Está ubicado en la zona de Montalbán en la ciudad de Caracas y atiende a las comunidades vecinas más desfavorecidas, como Antímano, Carapita y la Vega. Actualmente, en sus instalaciones funciona un centro médico, un centro de atención educativa y la unidad de psicología, en dicha unidad se atendieron los casos de este estudio. Para ser atendido en la unidad el paciente debe primero tomar un número que se entrega una vez a la semana y luego asistir a un traje en donde es asignado a un terapeuta.

María del Valle Westinner

embargo, la madre comenzó a observar cambios importantes en la conducta de José, quién era descrito por sus padres y maestra como un niño obediente, responsable y buen estudiante, “un niño ejemplar”. Entre los cambios observados destacaban inquietud, distracción, olvidos, miedos nocturnos (a seres infrahumanos como duendes), rebeldía y opositorismo, llanto fácil (sólo en un principio), sentimientos de vergüenza y culpa en torno al hecho, conducta sexualizada en la escuela, temor exacerbado a la muerte y disminución en el rendimiento escolar. Esta marcada diferencia en su conducta, empezó a generar roces entre José y los adultos significativos para él, por lo que la madre decide acudir al Parque Social.

Desde que nos contó se puso demasiado rebelde, no hace caso, le digo por ejemplo que deje de jugar con agua y lo sigue haciendo y además me moja, también está distraído y olvidadizo, el antes no era así, estaba siempre pendiente de todo, ahora tengo que estarlo regañando todo el tiempo, a veces también tengo que gritarle y pegarle (primera entrevista con la madre).

El padre describe la situación de la siguiente manera:

...José era un niño ejemplar, nunca recibíamos quejas de él... en la casa ahora está desordenado, deja todo tirado, hay que repetirle un montón de veces las cosas....a veces ya no sé que hacer, le digo José deja eso, lo vuelve a agarrar, hasta que ya no puedo más... (Primera sesión con el papá).

Discusión del caso

Desde el comienzo el caso de José planteaba ciertas dificultades. En primer lugar, surgió la interrogante de si su situación cumplía con los objetivos de este estudio, debido a que su experiencia no era la “clásica” situación de abuso infantil, a saber, el adulto que somete a un niño. El mismo José señalaba que no había puesto resistencia e incluso declaraba que lo había hecho porque “le gustaba”. Toda esta situación daba a entender a los adultos y profesionales involucrados que lo vivido por el niño no había sido un abuso si no “un juego sexual”, o según el criterio de los padres una “perversión”. Sin embargo, a pesar de que José nunca habló de su experiencia, lo que transmitía en su día a día y durante las sesiones no era la vivencia de un “juego sexual” sino el horror, la vergüenza y la rabia del trauma.

En este caso el secreto, desde mi punto de vista, fue uno de los aspectos que permitió la prolongación de la situación de abuso. El agresor utilizó el engaño y la seducción y no la fuerza física para someter a su víctima, José vivió toda la experiencia con temor a ser

descubierto y con la idea de que hacía algo malo. Su abuela, quién lo descubre, también calla por temor a develar el hecho ante su hija. A partir del silencio, se prolongan los hechos abusivos, hasta que José decide contar lo que había pasado y se confirma su temor, es culpado por los eventos abusivos.

José presentaba una amplia gama de síntomas, parecía que sus dificultades podían entenderse desde múltiples diagnósticos, aunque ninguno era completamente adecuado. Sus síntomas podían ser catalogados como estrés post traumático, depresión, problemas de conducta, trastornos fóbicos, trastornos disociativos, problemas de identidad y dificultades interpersonales; sin embargo, dichos diagnósticos no daban cuenta de la totalidad de las dificultades presentadas por José. Herman (1992) y Terr (1990, 1995), desarrollan este tema y señalan que con frecuencia las personas víctimas de trauma son diagnosticadas con múltiples trastornos clínicos sin que se tome en cuenta la vivencia del abuso. Por esta razón, se consideró para este caso el diagnóstico de estrés post traumático complejo propuesto por Herman (1992), que recoge de manera más completa las diversas dificultades que presentaba José como consecuencia del trauma.

Durante las sesiones la vivencia del trauma se expresaba de múltiples maneras. El análisis temático de los contenidos que aparecieron con más frecuencia dentro de las sesiones psicoterapéuticas permitieron darle sentido a estas manifestaciones.

Vergüenza y culpa

Desde el comienzo del proceso terapéutico José mostró vergüenza por la experiencia vivida y se negó a hablar de los hechos ocurridos. Según lo que expresaba su vergüenza provenía de sentirse responsable del abuso y de pensar que había participado “voluntariamente” en algo “malo”. La interpretación que dio a su experiencia fue que lo sucedido era algo terriblemente malo y que había ocurrido por su culpa. Sin embargo, se resistía a verse a sí mismo como malo, por lo cual se debatía entre la necesidad de ser bueno y los aspectos que le hacían pensar que no lo era.

Ambivalencia entre lo bueno y lo malo

La maldad y la bondad aparecían con frecuencia en las sesiones: los personajes de sus juegos eran divididos en bandos “los buenos y los malos” y José siempre se identificaba con los “buenos”. A pesar de esta separación, la línea entre lo bueno y lo malo parecía no estar muy clara, era frecuente que los “buenos” llegaran a ser tan destructivos y agresivos como los “malos”. En este sentido, José expresaba confusión, en los juegos

María del Valle Westinner

aparecían objetos aparentemente inofensivos que después resultaban ser dañinos y personajes “buenos” que después eran malos. En todo caso, se observaba la necesidad de preservar una imagen positiva de sí mismo y de reafirmarla constantemente.

José se debatía entonces entre aquellos aspectos que le “confirmaban que era malo”; como el contacto sexual con su primo, la reacción del entorno, la rabia y los deseos de venganza; y la necesidad de preservar una imagen positiva de sí mismo y ser un niño bueno.

En los juegos de José yo era la “mala” de manera recurrente y a su vez, fuera del juego, él sentía que era malo a pesar de su necesidad de reafirmar lo contrario. Esto suscitaba una dinámica compleja, su realidad le confirmaba que los otros podían ser malos, dañinos y amenazantes, pero su vida interna lo confrontaba con una maldad propia de la cual quería deshacerse. Yo era la “mala” de los juegos porque para José cualquiera podía ser malo, debido a que sus vivencias así se lo habían enseñado y además, era la “mala” porque José necesitaba proyectar los aspectos malos de sí mismo que le eran intolerables.

Podía observarse entonces cómo la identidad de José se vio seriamente afectada por el trauma, su necesidad de preservar una imagen de sí mismo como bueno era confrontada con hechos que le demostraban lo contrario. En las sesiones repetía constantemente que era “bueno”; sin embargo, cada vez que hablaba del evento traumático señalaba que había hecho algo malo, por otra parte la rabia y la venganza que experimentaba también le confirmaban dicha maldad. De esto, desde mi punto de vista, provenía la confusión. ¿Cómo podía ser un niño bueno, si era “responsable” de algo tan malo y sentía tanta rabia y deseos de venganza?

Constricción y regulación afectiva

Un aspecto predominante en la dinámica de las sesiones con José, era que presentaba períodos de descontrol afectivo; éstos se manifestaban en juegos expresamente violentos en los que destacaba la rabia, que se alternaban con períodos de pasividad y control emocional, en los cuales se mostraba callado, ausente e indiferente a mi presencia, vago en sus respuestas y evasivo para hablar de sus sentimientos.

A partir de la cuarta sesión, el mundo simbolizado en los juguetes fue seccionado en buenos y malos que colocaba en situación de conflicto. Los malos por lo general comenzaban el ataque y los buenos debían vengarse a toda costa. Al inicio, los

personajes sólo eran divididos, nunca se enfrentaban; posteriormente, aparecieron los enfrentamientos, unos dañaban a los otros y al final la violencia provenía de ambos lados. Los juegos con temas violentos y destructivos se alternaban con períodos en los cuales se limitaba a estar en silencio y a realizar construcciones sin ninguna temática. A medida que avanzaba el proceso terapéutico, su trato conmigo también mostraba este mismo patrón, en momentos se observaba cordial y agrado y en otros me decía que se quería ir, me criticaba si me equivocaba o criticaba aspectos de la terapia.

En los juegos de José aparecía mucha rabia, sin embargo, no era capaz de expresarla abiertamente. Dicha rabia, manifiesta en sus juegos, se alternaba con períodos en los cuales se mantenía callado y distante, en estos momentos mis preguntas se quedaban sin respuesta y mis intentos por sacar algún contenido eran frustrados con su indiferencia, aspectos que me generaban irritación.

Mi explicación de lo que ocurría era que José manejaba la rabia de manera pasivo-agresiva; es decir, consideraba que su silencio era una manera de agredirme. Sin embargo, ahora creo que para él, pensar, hablar o jugar era muy doloroso como para permitirse hacerlo de manera abierta, cuando lo hacía lo que aparecía era miedo, rabia, soledad, muerte y destrucción. Un fragmento de una sesión ejemplifica este aspecto.

J: Son dos leones (Comienza a jugar a que los leones atacan al resto de los animales)... éste es un animal muerto...fuera...(lo lanza al piso, así va haciendo con todos los animales)...quedan estos animales, pero va a venir la policía a defenderlos, todavía no han llegado y todavía siguen matando...mataron al caballito y lo dejaron muerto...a este también y este animal (hace como si el león se estuviera comiendo a cada uno de los animales)...y la vaquita ésta fue la única que quedó (comienza a lanzar a todos los animales muertos, yo también comienzo a hacerlo) fuera...fuera...la vaquita la dejaron de última...fuera...fuera...la vaquita era para el día siguiente...llegó la noche y estaban cansados...y se durmieron y vino la policía y se despertaron y le dieron en toda la boca (hace sonidos de balas)...estaban prendiendo candela por todos lados, la vaquita tenía fuego alrededor para que los leones no pudieran atacarla... y disparaban a los leones (hace ruido de balas).

T: La vaquita tenía alguien que la defendiera.

J: Seguían disparando (hace ruido de balas) les entró una bala por toda la boca... Les abrió así...luego vinieron dos camiones de agua apagaron el fuego...pero este todavía está vivo y en cada pata le pegaron un tiro así una por una... (hace ruidos de balas) le pegaron una por una...

María del Valle Westinner

T: Ese defensor parece que tiene mucha rabia.

J: Le fue pegando por todas partes...ya este es el tiro definitivo...pero luego vino el dinosaurio y se comió a la vaquita y él acababa con todo” (sesión siete).

Amenaza y seguridad

Durante el transcurso de las sesiones, José expresó a través de sus juegos y verbalizaciones distintos temores y aspectos que le generaban angustia. Dichos temores se manifestaban de distintas maneras; sin embargo, todos parecían girar en torno al tema de la amenaza y la seguridad. Por un lado, estaban aquellos temores relacionados con perder a sus figuras parentales, a través de la muerte o la separación; y por otro, el miedo a seres de fantasía como duendes, brujas y monstruos, por quienes temía ser raptado. Durante las sesiones eran recurrentes los juegos en los cuales los personajes eran amenazados y debían buscar protección a través de fuertes, muros y cercas.

La seguridad y en contraste la vulnerabilidad, aparecían como temas importantes durante las sesiones. La dinámica que se planteaba en torno a esto era a través de la amenaza y la defensa. Los personajes de sus juegos se veían amenazados, por lo cual buscaban crear algún tipo de protección a través de muros, fuertes y cuevas; el objetivo principal era defenderse de los “malos”; los cuales, en algunas ocasiones eran magnificados y en otras, minimizados. Los personajes buenos también presentaban esta dialéctica, en ocasiones eran completamente vulnerables y en otras eran dotados de poderes supra humanos.

La capacidad de confiar en otros se veía comprometida pues la amenaza podía venir de cualquier lado. En las sesiones la amenaza provenía de agresores omnipotentes o de accidentes fatales que causaban la muerte de los personajes; en la vida real la amenaza provenía de la muerte o separación de sus padres, y de seres pseudo humanos (como brujas y duendes) que según su sentir podían raptarlo y separarlo de su hogar. A diferencia de los otros aspectos señalados, el control sobre estos miedos (los miedos a duendes y brujas) se escapaba de sus manos, debido a que los miedos relacionados a su situación familiar y personal eran controlados con diversos mecanismos; como por ejemplo, tratar de reconciliar a sus padres, buscar afanosamente ser un “niño bueno” para evitar disgustos a los adultos e intentar poner distancia con los otros para sentirse seguro y evitar sentirse vulnerable. Sin embargo, en el caso de los duendes y brujas no era mucho lo que podía hacer, con lo cual se materializaba, a pesar de sus esfuerzos, la sensación de completa vulnerabilidad.

En sus juegos se observaba la necesidad de protegerse y sentirse seguro; sin embargo, esa búsqueda de seguridad podía implicar en algunos momentos aislarse y desconfiar del otro, en el caso de la psicoterapia implicaba defenderse de mí.

Consideraciones psicoterapéuticas del caso

Una vez que José “confiesa” lo ocurrido se libra del abuso, pero se generaron otros problemas. En primer lugar, es culpabilizado por el mismo, lo cual confirmaba la idea de que era un niño “malo” que se prestó para algo terrible. En segundo lugar, cambió toda su rutina y empezó a ser cuidado por distintos miembros de la familia. Por último, comenzó a recibir castigos, gritos y golpes de sus padres

Entonces el comienzo del proceso significó trabajar con la familia, para generar sensibilidad sobre la experiencia vivida por José y lograr estabilidad en la rutina del niño. Para los adultos cercanos al niño era difícil entender que José había sido sometido a una experiencia traumática, razón por la cual lo acusaban de haber participado voluntariamente en un acto perverso y no comprendían las manifestaciones posteriores al abuso.

La experiencia psicoterapéutica con José estuvo caracterizada por sentimientos de frustración y rabia, José era un niño agradable pero difícil de acceder, sus juegos estaban ausentes de manifestación afectiva, le era difícil reconocer sentimientos disfóricos y en ocasiones se aislaba o se mostraba irritable y crítico conmigo. Por esto, mis reacciones también eran irritables, cuando no me contestaba, me decía terca, o desconfiaba de mí. En una oportunidad, en que, como era costumbre, yo era la mala del juego, sentí que ya no estábamos jugando y que para él yo era mala en la realidad, en ese momento me atemorice. Termino el párrafo con esta anécdota porque así vivía José, cada vez que se permitía pensar, jugar, hablar libremente lo que aparecía era atemorizante por lo que la constricción era el mecanismo para evitar dejarse llevar en las sesiones; sin embargo, el terror estaba allí y aparecía de vez en cuando dejándonos a los dos atemorizados.

Pudiera señalar que en el proceso terapéutico con José se logró abrir un espacio para tratar el tema del abuso y sensibilizar a los padres en cuanto a la experiencia vivida por su hijo y las manifestaciones traumáticas que presentaba. También se logró con los padres, que le brindaran a su hijo una rutina más estable y un ambiente más tranquilo. Por otra parte, se intentó sensibilizar al mismo niño en cuanto al hecho de que había sido abusado y se permitió la expresión de sentimientos disfóricos y la exploración de sus fantasías sobre la maldad, las cuales se trabajaron en el sentido que pudiera definirse a sí mismo sin ser malo.

María del Valle Westinner

Andrea

El segundo caso citado es una preadolescente de doce años a quién llamaremos Andrea. Es referida a mi persona por una psicoterapeuta de la unidad quien atendía a la madre de la niña. Esta había consultado inicialmente por problemas de pareja con el padrastro de Andrea; sin embargo, luego de asistir a un grupo de terapia de pareja, comienza con sesiones individuales de psicoterapia. En este período, se entera que el padrastro de la niña venía abusando sexualmente de ella desde que tenía ocho años y luego de terminar la relación pide que la niña sea atendida *“con el fin de determinar como se encuentra afectada”*. Andrea comienza a ser atendida individualmente una vez a la semana durante una hora.

Para el momento en que inicia las consultas, se observaba de estatura acorde a su edad y delgada, vestida a la moda, bien peinada y aseada. Su rostro era agradable aunque lucía una expresión triste, le costaba mirar a los ojos y sonreía tímidamente, por lo general se mantenía callada al inicio las sesiones, aunque lograba ser más espontánea a medida que estas transcurrían.

Es traída a consulta durante el mes de julio. La madre refería que Andrea había sido *“molestada”* por su padrastro Antonio (pareja de la madre desde hacía cinco años). La misma se mostraba preocupada por las consecuencias que esto podía tener en la niña y por los cambios que había observado en la misma desde que le *“confesó”* el hecho; sin embargo, también daba la impresión de que deseaba confirmar si lo que decía Andrea era cierto. La madre prefiere no contar a nadie sobre los eventos abusivos, Andrea está de acuerdo y todo se mantiene en secreto.

Andrea accedió a hablar de los eventos traumáticos, aunque se notaba muy ansiosa. Cuando le hacía preguntas referentes al tema, generalmente, era incapaz de negarse a responderlas; sin embargo, cuando le daba a escoger, prefería no hacerlo. Lo que sigue es lo que relata en la primera sesión:

A: Yo se lo dije a mi mamá porque mi padrastro le iba a pegar a mi hermano y a mí me dio mucha rabia...yo no se lo había dicho porque yo no sabía que era él, yo pensaba que me estaban asustando...

T: ¿Cómo es eso?

A: Bueno, yo pensaba que me estaba asustando alguien por portarme mal con mi mamá.

T: ¿Cómo te sentías?

A: Sentía miedo.

T: ¿Qué te hacía?

A: Me tocaba los senitos, me tocaba por abajo por la barriga, cuando yo trataba de quitarle la mano la escondía y luego otra vez, yo creo que se ponía guantes porque no me parece que fuera la mano de un hombre.

T: ¿Y quién pensabas tú que podía ser?

A: La Sayona³ que me estaba asustando por portarme mal con mi mamá.

T: ¿Recuerdas desde cuando sentías eso?

A: Desde que tenía ocho años, a mí me parecía extraño que cuando me quedaba en casa de mis tíos no pasaba nada, cuando estaba en Maracay (en casa del padrastro) sí pasaba, después cuando nos mudamos todos, una noche abrí los ojos porque siempre los cerraba y me di cuenta de que era él.

T: ¿Y cómo te sentiste?

A: Mal, me dio rabia.

A pesar de la preocupación inicial de la madre en relación a lo ocurrido, la asistencia de Andrea era irregular, por lo general llegaba tarde o no asistía. Durante las entrevistas con la misma expresaba mucho descontento con su situación actual, por estar “desempleada, sola y con dos niños”; así mismo, expresaba que “*extrañaba a Antonio*” aunque se mostraba molesta por lo ocurrido.

A pesar de mi insistencia y la de su terapeuta de que lo narrado por Andrea era cierto y que las manifestaciones que presentaba eran congruentes con el trauma sufrido, la madre comenzó a salir de nuevo con Antonio, interrumpió su terapia y dejó de llevar a Andrea. Posterior a esto, me fue imposible volver a comunicarme con ella. Por esta razón, sólo pude ver a Andrea durante cinco sesiones.

Discusión del Caso

Andrea fue víctima de la forma más común de abuso sexual, según lo reportan los estudios epidemiológicos, a saber, la niña que es sometida sexualmente por un adulto

³ La historia de la Sayona pertenece al conjunto de historias sobre espantos y aparecidos del folklore venezolano. Hace referencia a la aparición de una mujer cuya muerte estuvo marcada por la separación de sus hijos, por lo que vaga siendo espíritu y sollozando por los mismos.

María del Valle Westinner

masculino con el cual tiene algún vínculo o parentesco. Algunas autoras, en especial aquéllas que se identifican con el movimiento feminista y de los derechos de la mujer, analizan este hecho bajo una perspectiva social. Destacan que el orden social establecido en donde el hombre tiene un poder incuestionable en relación a la mujer y el niño, favorece que el abuso sexual sea usado como una forma a través de la cual el género masculino ejerce su poder. Además señalan que dicho orden social conlleva a que la sociedad en general niegue o minimice el tema del abuso y en ocasiones lo justifique (Claramunt, 1999). Andrea se vio así sometida a un abuso prolongado, perpetrado por un padrastro que a ojos de todos era un hombre “cordial, trabajador y buen marido”. Anteriormente, este hombre había sido acusado de abusar sexualmente de otra hijastra; sin embargo, su versión de los hechos había finalmente sido aceptada.

Diversos aspectos favorecieron que se prolongara la situación de abuso en el caso de Andrea. En primer lugar, los primeros tres años en los que ocurrió dicho abuso Andrea estuvo desprovista de figuras protectoras cercanas, la madre se separó de ella y la dejó bajo la responsabilidad del abusador, quién la llevó a vivir a casa de una ex esposa a quién él frecuentaba. Por otra parte, durante mucho tiempo Andrea no registró su experiencia como un abuso, producto de la disociación y la negación, sino como una aparición fantasmal consecuencia de su mal comportamiento. Finalmente, cuando logra darse cuenta de lo que ocurría, calla por lealtad hacia su madre y por miedo a ser culpada y castigada. A mi parecer, la negación y el secreto fueron aspectos que invadieron a toda la familia. La madre daba algunos indicios de haber tratado de negar la situación, ella interrogaba frecuentemente a Andrea sobre la posibilidad de que Antonio abusara de la niña puesto que él ya tenía antecedentes y en una oportunidad mientras los niños vivían separados de ella lo vio durmiendo con Andrea; por otra parte, el hermano de Andrea estaba al tanto de la situación puesto que la confirma cuando Andrea decide hablar, sin embargo también callaba.

Cuando es llevada a consulta, Andrea presentaba manifestaciones claramente relacionadas con el trauma vivido. Mostraba inequívocos signos de ansiedad y malestar psicológico cuando se tocaba el tema del abuso y evitaba hablar del mismo, sus recuerdos acerca de las situaciones abusivas eran confusos, presentaba un marcado desinterés en participar en actividades significativas y relacionarse con los demás y también mostraba signos de hiperactivación. En este sentido, Andrea cumplía con los criterios del trastorno de estrés post-traumático. Por otra parte, se observaban síntomas relacionados con la depresión, como la tristeza, la baja autoestima y la poca energía, entre otros, que podían

calificarse dentro del trastorno distímico, según las consideraciones del DSM-IV. Sin embargo, ambos diagnósticos eran insuficientes para catalogar las dificultades de Andrea, debido a que había otro grupo de manifestaciones que no eran tomadas en cuenta por los mismos y cuyo origen era claramente traumático. Por ejemplo, la culpa y la vergüenza sobre el hecho, su dificultad para defenderse de los maltratos de su hermano y de la amenaza de ser maltratada de nuevo por su padrastro, su dificultad para confiar en otros, su búsqueda por borrar los signos de su feminidad y los síntomas disociativos, son entre otros algunos aspectos que no se registran en los diagnósticos señalados. En este sentido, como en el caso anterior, se consideró el diagnóstico del estrés post-traumático complejo propuesto por Herman (1992).

Del análisis temático de las sesiones se recoge lo siguiente

Vergüenza y culpa

Por muchos años, para Andrea, la situación de abuso estuvo justificada a través de la culpa, entendió que dicha situación (que ella interpretaba como una aparición de la Sayona) era consecuencia de haberse “portado mal con su mamá”, por lo cual la aceptaba sin cuestionamientos.

Esta culpa y el temor a equivocarse, eran el “lente” a través del cual Andrea interpretaba las relaciones. Su expectativa era que su conducta era siempre reprochable y que podía ser evaluada negativamente. Este aspecto aparecía en las sesiones, en las cuales Andrea se mostraba ansiosa ante una posible evaluación negativa de mi parte.

Andrea temía al juicio de los demás, parecía confundida, no sabía qué podía estar haciendo bien o mal o qué esperaban los demás de ella, por lo que sentía que cualquier cosa que hiciera podía estar equivocada. En este sentido, se identificaba con personajes de altos estándares de conducta capaces de indicarle el “bien y el mal” y trataba de ser juez de la conducta de otros, para así ratificar su bondad.

Andrea siempre expresó poca estima en relación a sí misma, así como vergüenza ante el abuso. Uno de sus temores más importantes era ser estigmatizada por el mismo, era como si hubiera quedado “manchada” y quería ocultarse tras el secreto.

Constricción y regulación afectiva

Andrea lucía como una niña en extremo pasiva, por lo general entraba a las sesiones sin decir una palabra, sólo conversaba si yo le insistía, se quedaba callada por períodos

María del Valle Westinner

prolongados y le costaba decidirse por alguna actividad. Generalmente, sus argumentos eran de pocas palabras y su mirada siempre permanecía baja. Era difícil dilucidar qué pasaba por la cabeza de esta niña. Cuando yo iniciaba algún tema con preguntas ella respondía, pero muchas veces me demostraba con su actitud que el contenido le era claramente incómodo; no me decía que no, sin embargo, cuando le hacía notar su incomodidad me confirmaba que se sentía mal con el tema.

Su madre describía que desde hacía aproximadamente un año “no mostraba interés por nada” y comentaba que Andrea se negaba a asearse, a participar en las labores del hogar y a realizar las tareas escolares. También señalaba que se dejaba golpear por su hermano sin oponerse. Esta dificultad para defenderse ante lo que le molestaba se evidenciaba igualmente en la relación con su padre. La niña mencionaba que este “jugaba” con ella de manera que le era desagradable, sin embargo, ante esta situación ella callaba aunque se sentía disgustada.

Durante la situación traumática, Andrea aprendió a alterar su estado de conciencia, yacía en la cama mientras su padrastro la tocaba, haciéndose la idea de que una sombra fantasmal la “asustaba” tocándola con un guante. Este fue el sistema de defensa que quedó instaurado para futuras situaciones abusivas, si bien no hay evidencia de que Andrea alteraba su estado de conciencia mientras su hermano le pegaba o su padre “jugaba” con ella, dejaba que las cosas pasaran. La madre describía que mientras su hermano le pegaba se quedaba en el lugar, algunas veces lloraba, pero ni siquiera se movía para evitar los golpes.

La vida afectiva de Andrea también parecía constreñida. La única emoción que expresaba con claridad durante las sesiones era la tristeza. En ocasiones señalaba que sentía rabia hacia su padrastro y desagrado hacia su padre; sin embargo, nunca observé una movilización afectiva relacionada con dichos sentimientos.

Su vida en general también parecía haberse restringido: se expresaba distante hacia cualquier familiar que no fuera su madre, se mostraba poco involucrada con gente de su edad, no tenía deseos de estudiar y le costaba elegir actividades o temas de conversación durante las sesiones.

Andrea lograba distanciarse de algunas emociones desagradables a través del control, la evitación y el aislamiento. Sin embargo, esto restringía su posibilidad de poder procesar e integrar sus experiencias, de expresar las emociones desagradables y de abrirse a nuevas relaciones. Su poca capacidad para expresar la rabia, su dificultad

para describir su mundo afectivo, su temor y alejamiento de los demás, favorecían su tristeza y representaban un obstáculo para la elaboración del trauma.

Durante las sesiones, Andrea se mostraba callada y distante conmigo, le costaba hablar sobre sus experiencias y su mundo interno, expresar sus sentimientos y elegir temas de conversación y actividades. Parecía querer adecuarse constantemente a mis expectativas; si yo proponía algo generalmente lo aceptaba, incluso hablar de la experiencia abusiva aunque se mostraba claramente incómoda. En oportunidades me decía que tenía temor a equivocarse y expresaba que se sentía disgustada con mis preguntas. El sentimiento que aparecía en las sesiones era la tristeza, en escasas oportunidades expresó que sentía rabia, sin embargo, cuando lo hacía no se observaba movilización afectiva congruente con la misma. En este sentido, considero que las manifestaciones de Andrea se enmarcaban principalmente en la esfera de los síntomas constrictivos. Aunque se observaba la presencia de síntomas intrusivos como la ansiedad y el malestar ante los contenidos traumáticos, predominaba la constricción, la evitación y el aislamiento.

Amenaza y seguridad

En el caso de Andrea, la sensación de seguridad era muy precaria, su corta vida se había caracterizado por la inestabilidad y sus padres constituían figuras poco seguras para ella. Su declaración de que *“no podía confiar en nadie”* daba cuenta de este aspecto.

En general, sentía temor y parecía que no había momento en el que pudiera estar tranquila. Cuando estaba sola se sentía amenazada por fantasmas y sombras, cuando estaba acompañada sentía miedo de que los demás la juzgaran negativamente o le hicieran daño.

Sus mecanismos para protegerse en contra de la amenaza consistían en la desconfianza y el aislamiento. Trataba de no darse a conocer por lo demás, de no intimar para no encontrarse al descubierto, de adecuarse a las expectativas de los otros para no equivocarse y de callar para no ser maltratada. Esto, le impedía encontrar nuevas relaciones y afianzar aquéllas que pudieran protegerla en el futuro de nuevos abusos. En las sesiones, Andrea respondía las preguntas que yo le hacía, aunque expresaba temor a ser evaluada negativamente y a equivocarse, le costaba elegir actividades y temas para sus dibujos y ocultaba información que hubiera podido protegerla de nuevos abusos (por ejemplo, me ocultó que su madre había vuelto con su padrastro, a pesar de que

María del Valle Westinner

se lo pregunté directamente); sin embargo, en algunos momentos Andrea expresaba la necesidad de sentirse acompañada y protegida por otro.

Para Andrea, la sensación de amenaza venía dada en relación a los otros. Desde mi punto de vista, esta niña tenía especial dificultad para sentirse segura mientras estaba acompañada, por lo cual, el aislamiento físico y emocional, representaba su forma principal de protección.

La dependencia principal que mostraba Andrea era hacia su madre, la cual parecía constituir el centro de su vida afectiva; sin embargo, mostraba sentimientos contradictorios, puesto que también sentía miedo de su presencia. Éste era uno de los dramas de esta niña, su madre, quién era básicamente su principal fuente de afecto, también constituía una amenaza. Bajo este principio, se estructuraban las demás relaciones, debido a que todas constituían una potencial amenaza: su hermano le pegaba, su padrastro abusaba de ella, su padre la molestaba, sus amigas podía revelar sus secretos. En este sentido me preguntaba: ¿bajo que parámetros podía esperar que Andrea confiara en otras personas?

Consideraciones psicoterapéuticas del caso

Este caso me planteó numerosos cuestionamientos en cuanto al trabajo terapéutico. Cuando se inicia el proceso la seguridad de la niña parecía estar restituida. Sin embargo, estaba la amenaza latente de que la madre volviera con el padrastro y, dado que en la familia nadie sabía del hecho, el secreto seguía protegido si la madre decidía hacerlo. Andrea se negó a involucrar a otras personas y se mostraba sumamente ansiosa cuando se lo proponía, así que ante su franca incomodidad, el tema fue suspendido bajo el acuerdo que me daría a conocer cualquier indicio de amenaza.

También era difícil actuar ante la falta de procedimientos institucionales para llevar a cabo el seguimiento en casos como este. Por ejemplo, no está claro si es una premisa el hacer una denuncia policial, tampoco se contaba en la institución con un profesional, como un trabajador social, que se trasladara al hogar en caso que fuera necesario.

Una vez que me enteré que la madre había vuelto con Antonio y dejó de llevar a Andrea a la consulta, comenzaron mis cuestionamientos; principalmente me preguntaba si había minimizado la posibilidad de que la madre volviera con Antonio, ante el horror que esto me producía; también me preguntaba por qué me había acomodado en la situación de silencio y secreto, y tenía dudas si había tenido que actuar de manera

más directa en la búsqueda de otras fuentes de protección, a pesar de la petición de la niña. En este sentido, muchas cosas vinieron a mi mente en cuanto a lo que he debido hacer y no hacer. Lamentablemente, no estoy segura de las respuestas, ni sé si puedo concluir algo determinante al respecto. Lo que sí me permitió este caso fue darme cuenta de los distintos escenarios que se pueden encontrar en el trabajo con trauma, desde la propia negación ante el horror del trauma por parte del propio terapeuta, hasta la necesidad de convertirse en salvador y el desamparo cuando simplemente las cosas se escapan de control.

Finalmente, me gustaría arriesgarme a hablar de los alcances y logros terapéuticos en este caso, si bien, el escaso tiempo que nos vimos no nos permitió llegar muy lejos. Por una parte, se le abrió un espacio a la niña, para poder tratar el tema del abuso, asunto que hasta el momento había sido velado en la familia. Por otra parte, Andrea pudo hablar de sus emociones, aunque con dificultad, y se le hizo ver que era importante recibir protección. También, se intentó crear conciencia en la madre sobre lo vivido por su hija e informar sobre los posibles riesgos de un nuevo abuso.

Consideraciones finales

El presente estudio se propuso como uno de sus objetivos dar cuenta de la influencia del abuso sexual en la clínica y vivencia de dos casos de niños abusados. Asimismo, se pretendía mostrar las exigencias especiales que introduce el tema del abuso a la psicoterapia y el impacto emocional que este tiene en el terapeuta.

El primer punto, surge del debate de la importancia que debe otorgarse o no a las vivencias sufridas por el paciente en la etiología de los problemas que manifiesta. Dicho debate, deviene del cuestionamiento de las concepciones tradicionales que entienden que el origen de las dificultades de un individuo es producto de sus conflictos intrapsíquicos.

Desde el punto de vista sobre el cual se enfocó este trabajo queda claro que una vivencia como el abuso sexual tiene graves consecuencias psicológicas y sociales sobre sus víctimas. Por su puesto, cualquiera que lea esta afirmación pudiera decir que no queda duda al respecto; sin embargo, la historia del estudio sobre el trauma psicológico ha mostrado que la tendencia es a que se ponga en duda el relato de los pacientes sobre las experiencias de abuso infantil, a que se piense que son parte de sus fantasías y a que se ignore la posibilidad del abuso para explicar sus dificultades. Los casos de José y Andrea plantearon la situación de dos niños que tras haber sido abusados por tiempo

María del Valle Westinner

prolongado, fueron capaces de denunciar el abuso. Sin embargo, tras haberlo hecho tuvieron que enfrentar otra serie de atrocidades: José fue culpado y estigmatizado por sus padres, e incluso una terapeuta señaló que no se encontraba afectado y Andrea vivía con el riesgo de ser abusada de nuevo, cuando su madre prefirió no creerle. Estos aspectos, desde mi punto de vista no son casuales, si no que responden a esta tendencia a negar el abuso que no solo se manifiesta en el campo psicológico, si no también en la sociedad en general.

Se intentó discutir cada uno de los casos señalados haciendo énfasis en cómo las manifestaciones que presentaban estaban influenciadas por las vivencias de abuso. En ambos casos, se planteó cómo el trauma influyó en la manera en que se veían a sí mismos y se relacionaban con otros, la forma en que expresaban sus afectos, la dinámica que aparecía en las sesiones y los síntomas que presentaban. Con respecto a este último aspecto, la clínica de cada caso dio cuenta de lo señalado por algunos autores citados en este estudio, en relación a la multiplicidad de síntomas y diagnósticos que pueden presentar las personas que han sido víctimas de traumas repetidos. En cada caso, se pudo mostrar el amplio espectro de manifestaciones que presentaban y su relación con las experiencias sufridas.

Con respecto a las sesiones, se intentó dar una lectura de las mismas que tomara en cuenta la vivencia traumática. En relación a esto, se planteó el origen traumático de los conflictos que aparecían en la relación terapéutica y se intentó mostrar cómo una vivencia tan devastadora como el abuso sexual invade cada uno de los aspectos de la vida psíquica. Se asumió la posición de que el abuso sexual infantil no puede ser ignorado en el campo psicológico y en el trabajo psicoterapéutico. Bajo esta perspectiva se analizaron ambos casos, en el sentido de que fueron víctimas de experiencias terribles y que su relato, bajo ninguna circunstancia debía ponerse en duda, ni atribuirse a deseos inconscientes, fantasías o juegos sexuales.

Por otra parte, también se quiso poner en evidencia aquellas exigencias especiales que introduce el tema del abuso a la relación psicoterapéutica y el impacto emocional que este tiene sobre el terapeuta. Ambos casos plantearon cuestionamientos particulares que giraban en torno a las acciones que deben tomarse para proteger a la víctima, el grado de neutralidad que debe mantener el terapeuta y los sentimientos transferenciales y contratransferenciales que genera la víctima.

En este sentido, se señaló que el trabajo con niños abusados sexualmente exige la flexibilidad de poder asumir distintos roles dentro de la psicoterapia, por lo que el

terapeuta debe estar dispuesto a tomar ciertas acciones aun cuando las mismas pudieran salirse de un esquema tradicional de trabajo en donde priva la neutralidad. Considero que este último aspecto es crucial en lo que respecta a las acciones que deben tomarse para garantizar la seguridad de la víctima, los casos presentados planteaban situaciones distintas en relación a este punto. En el caso de José, el riesgo de un nuevo abuso por parte de su agresor era mínimo; sin embargo, la situación familiar implicaba un riesgo en sí misma, por lo que fue necesario intervenir sobre ésta. En el caso de Andrea el riesgo que el abusador volviera a estar en contacto con la niña era mayor, por lo que las acciones debían tomarse en ese sentido.

Este último planteamiento trajo reflexiones importantes, debido a que el desenlace del caso de Andrea me hizo revisar algunos aspectos a considerar en el trabajo con víctimas infantiles de abuso sexual. Surgió la interrogante sobre la amplitud que debe tener la intervención sobre la situación del niño y su familia; es decir, en qué medida es conveniente insistir en aquellas acciones que se consideran importantes, a pesar de las negativas de la víctima y su familia; cuándo es necesario respetar la decisión del paciente y en qué momento se puede convertir el terapeuta en cómplice del silencio y del secreto, qué acciones son pertinentes y cuáles sobrepasan los límites deseables de la relación terapéutica.

Todos estos aspectos son temas de discusión y son planteamientos que surgen cuando el trauma está presente. Queda claro que cuando se trabaja con una víctima de abuso sexual, los esquemas tradicionales de tratamiento no pueden ser aplicados bajo los mismos parámetros, no es posible mantener neutralidad cuando hay un niño que está en riesgo de seguir siendo abusado. Por otra parte, también es necesario asumir que aunque el profesional de la psicología puede estar más sensibilizado al tema del abuso, no está exento de minimizar los problemas y dudar de sus pacientes, debido a que el trauma es simplemente tan devastador y produce tanto horror que muchas veces preferimos negarlo antes que entrar en contacto con este. Ambos casos mostraron así la vivencia de la transferencia y contratransferencia traumática, en la cual aparece rabia, hostilidad, terror, desconfianza y desesperanza.

Si no estamos sensibilizados al hecho de que el abuso sexual es una posibilidad en la vida de nuestros pacientes, el trauma seguirá pasando por nuestros ojos sin que podamos realmente mirarlo, puede ser muy confuso aproximarse a una persona cuyos síntomas son tan variados que no sabemos qué diagnóstico hacer, cuya transferencia es tan intensa que nos desconcierta y asusta y que nos genera las más intensas emociones

María del Valle Westinner

de amor y odio. Todos estos aspectos pudieran tener respuesta en el trauma y sólo si nos hacemos conscientes de esto podremos realmente entender los problemas que traen nuestros pacientes a consulta y ofrecerles una verdadera ayuda.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, P. (1992). Application of Attachment Theory to the Study of Sexual Abuse. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, Vol. 60 (2). 185 - 195.
- American Psychiatric Association. (1994). *Diagnostic and Statistical Manual of the Mental Disorders* (4th, ed.) Washington, DC. Author.
- Andrews, B.; Brewin, C.; Rose, S. y Kirk, M. (2000). Predicting PTSD Symptoms in Victims of Violent Crime: the Role of Shame, Anger and Childhood Abuse. *Journal of Abnormal Psychology*. Vol 109 (1). 69-73.
- Avesa (2001). Guía del Taller de Capacitación para la Atención y Prevención del Abuso Sexual Infanto Juvenil. Caracas: Avesa.
- Banchs, M. (1996). El sistema defensivo como mecanismo regulador en la dinámica de una familia incestuosa. *Avepsa*. XXI, 1. 77-102.
- Barudy, J. (2000). *Maltrato Infantil: Ecología Social Prevención y Reparación*. Chile: Editorial Galdoc.
- Bowlby, J. (1995). *Una base segura: Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Boney-McCoy, S. y Finkelhor, D. (1995). Psychosocial Sequeal of Violent Victimization in a National Youth Sample. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. Vol. 63 (5). 726-736.
- Canavan, M.; Meyer, W. Y Higgs, D. (1992). The Female Experience of Sibling Incest. *Journal of Marital and Family Therapy*. Vol. 18 (2). 129-142.
- Claramunt, M. (1999). Abuso sexual infantil: pautas para su intervención. Ponencia presentada en la Primera Conferencia Nacional Niñez. Nicaragua.
- Cole, P. y Putnam, F. (1992). Effect of Incest on Self and Social Functioning: A Develomental Psychopathology Perspective. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. Vol 18 (2). 174-184.
- Consentino, C., Meyer-Bahlburg, H., Alpert, J., Weinberg, S. y Gaines, R. (1995). Sexual Behavior Problems and Psychopathology Symptoms in Sexually

María del Valle Westinner

- Abused Girls. *Journal of Child and Adolescent Psychiatry*. Vol 34 (8). 1033-1042. Abstract Internet.
- Dubner, A. y Motta, R. (1999). Sexually and Physically Abused Foster Care Children and Posttraumatic Stress Disorder. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. Vol. 67 (3). 367-373.
- Fondenima. (2002). Estadísticas de Casos Atendidos. Material no publicado.
- Haugard, J. (2000). The Challenge of Defining Child Sexual Abuse. *American Psychologist*. Vol. 55 (9). 1036-1039.
- Herman, J. (1997). *Trauma and Recovery: The Aftermath of Violence - from domestic abuse to political terror*. New York: Basic Books.
- Hillary, B. y Share, M. (1993). Sexually and Physically Abused Adolescents: An Empirical Search for PTSD. *Journal of Clinical Psychology*. Vol 49 (2). 161-165.
- Kramer-Dover, S. (1992). El rol multidimensional del terapeuta que trata a víctimas infantiles de abusos sexuales. En *Psicosociología de la Violencia en el Hogar: estudios consecuencias y tratamientos*. (Eds. Stith, Williams y Rosen). Bilbao: Descleé de Brouwer.
- Kendall-Tackett, K., Williams, L., y Finkelhor, D. (1993). Impact of Sexual Abuse on Children: A Review and Synthesis of Recent Empirical Studies. *Psychological Bulletin*. Vol. 113 (1). 164-180.
- Lizardi, H.; Klein, D.; Crosby, P.; Riso, L.; Anderson, R.; Donaldson, S. (1995). Reports of the Childhood Home Environment in Early-onset Dysthymia and Episodic Depression. *Journal of Abnormal Psychology*. Vol. 104 (1). 132-139.
- McLeod, J. (2001). *Qualitative Research in Counseling and Psychotherapy*. Londres: Ed Sage.
- González, F. (2002). *Investigación cualitativa en psicología*. México: Editorial Tompson.
- Malacrea, M. (2000). *Trauma y Recuperación: El tratamiento del Abuso Sexual en la Infancia*. España: Paidós.

- Miller, A. (1997). *Breaking Down the Wall of Silence*. London: Virago Books.
- Moon, S., Dillon, D and Douglas, S. (1990). Family Therapy and Qualitative Research. *Journal of Marital and Family Therapy*. Vol. 16 (4). 357-373.
- Murphy-Berman, V., Levesque, H. y Berman, J. (1996). U.N Convention on the Rights of the Child: A cross-Cultural View. *American Psychologist*. Vol. 51 (12). 1257-1261.
- Paivio, S y Laurent, C. (2001). Empathy and Emotion Regulation: Reprocessing Memories of Childhood Abuse. *Journal of Clinical Psychology*. Vol. 57 (2). 213 - 226.
- Pynoos, R., Steinberg, A. y Goenjian, A. (1996) Traumatic Stress in Childhood and Adolescence: Recent Developments and Current Controversies. En *Traumatic Stress: The effects of overwhelming experience on mind, body and society*. (Eds. Van Der Kolk, B, Mc Farlane, A., and Weisaedh, L.).New York: Guilford Press.
- Saywitz, K.; Mannarino, A.; Berliner, L. y Cohen, J. (2000). Treatment for Sexually Abused Children and Adolescents. *American Psychologist*. Vol. 55 (9). 1040-1049.
- Baños, R; Belloch, A y Ruipérez, A (1995) Trastornos Disociativos. En *Manual de Psicopatología*. (Eds Belloch, A; Sadín B, y Ramos, F) Vol (2). Madrid: McGraw Hill
- Stake, R (1995) *The Art of Case Study Research*. USA: Sage Publications.
- Terr, L. (1990). *Too Scared to Cry: How Trauma Affects Children and Ultimately us all*.
USA: Basic Books.
- Terr, L. (1995) Childhood Traumas: An Outline and Overview. *American Journal of Psychiatry* Vol 148 pp 10 - 20.
- Toth, S. y Cicchetti, D. (1996). Patterns of Relatedness, Depressive Symptomatology, and Perceived Competence in Maltreated Children. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. Vol. 64 (1). 32 - 41.

María del Valle Westinner

Wiche, V. (1998). *Understanding Family Violence: Treating and Preventing Partner, Child, Sibling and Elder Abuse*. USA: Sage Publications.

Yin, Robert (1984). *Case Study Research: Design and Methods*. USA: Sage Publications.

ESTUDIO DE CASOS DE LAS CARACTERÍSTICAS DE FAMILIAS DE BAJOS RECURSOS DONDE OCURRIÓ ABUSO SEXUAL INTRAFAMILIAR

Valentina Peñalba y Manuel Llorens¹

Resumen

Hay poca investigación en el país con respecto a las características particulares de la familia popular venezolana donde ocurre abuso sexual infantil intrafamiliar. Con el fin de contribuir a la comprensión del papel de la estructura y el funcionamiento de aquellas familias populares venezolanas en las que ocurre esta situación, así como a la visibilización de la problemática, se realizaron dos estudios de caso, desde un enfoque cualitativo, de familias en tratamiento psicoterapéutico referidas a éste por presentar abuso sexual. Por medio del análisis de contenido se revisaron quince entrevistas individuales y diez entrevistas grupales con las familias (en situación psicoterapéutica) y se utilizaron las categorías: 1) los antecedentes familiares de abandono y violencia; 2) el lugar de la madre; 3) el lugar de la pareja; 4) la distribución de las responsabilidades según género; 5) los roles y límites indiferenciados; 6) las dificultades del medio, pobreza; 7) el impacto del abuso y 8) los mecanismos de manejo de la situación; para analizar su papel en la comprensión de la situación de abuso. Se contrasta con hallazgos obtenidos en otras latitudes, subrayando cómo éstos se enlazan con las idiosincrasias de la familia local, y se plantean preguntas sobre cómo las características de la familia popular venezolana y la distribución de los roles según el género pueden contribuir a aumentar el riesgo de aparición de situaciones de abuso sexual.

¹ Valentina Peñalba es psicóloga especializada en psicoterapia familiar. Manuel Llorens es psicólogo clínico, profesor de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello. Los autores quisieran agradecer la colaboración de John Souto para la realización de esta investigación y al Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. que ayudó a financiar el proyecto. La correspondencia relativa al artículo puede ser enviada a la siguiente dirección: mllorens@ucab.edu.ve.

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

Abstract

Very little research has been carried out in Venezuela on the characteristics of the working-class Venezuelan families where child sexual abuse occurs. With the aim of contributing toward the understanding of the role that family structure and functioning play in working-class Venezuelan families where this situation occurs, as well increasing the problem's profile, two case studies were carried out with families in psychotherapeutic treatment where child sexual abuse had occurred, using a qualitative approach. Using content analysis, fifteen individual and ten family interviews (of psychotherapy sessions) were reviewed, and the following categories were constructed: 1) family histories of abandonment and violence; 2) the role of the mother; 3) the role of the couple; 4) distribution of responsibilities based on gender; 5) undifferentiated roles and limits; 6) contextual difficulties, poverty; 7) the impact of abuse; and 8) coping mechanisms employed. These results are compared with findings reported in other countries, in order to highlight how these relate to local family idiosyncrasies. Finally, the article examines certain questions regarding ways in which the characteristics of the working-class Venezuelan family and the distribution of gender-based roles might contribute to increasing the risk of situations of sexual abuse.

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo pretende ilustrar algunas de las comprensiones derivadas del trabajo terapéutico familiar e individual con familias de bajos recursos económicos en que ha ocurrido abuso sexual, desde una perspectiva sistémica. Es decir, intentando profundizar en los elementos de la interacción familiar que contribuyen a la gestación y mantenimiento de este problema.

La investigación e intervención especializada en abuso sexual es un área más bien reciente en todo el mundo y aún más en Venezuela. En las últimas dos décadas los especialistas se han abocado a la tarea de conocer la prevalencia, el impacto y los mecanismos psicológicos relacionados con el abuso, llegando a levantar datos que evidencian un enorme subregistro y desconocimiento del tema, en la población general y también en los profesionales de la salud (Boney-McCoy y Finkelhor, 1995; Costa, Morales y Juste, 1997; Hauggard, 2000; Herman, 1997; Kendall-Tackett, K.; Williams, L. y Finkelhor, D., 1993; Wiehe, 1998). El abuso sexual ha demostrado ser mucho más frecuente de lo que los clínicos han podido estimar a lo largo de los años y el impacto también ha demostrado ser mayor de lo que se ha reconocido (Andrews, Brewin, Rose y Kirk, 2000; Boney-McCoy y Finkelhor, 1995; Briere, 1992; Brown, G. y Anderson, B., 1991; Busby, Glenn, Steggell y Adamson, 1993; Dubner y Motta, 1999; Herman, 1997; Lizardi, Klein, Crosby, Riso, Anderson y Donaldson, 1995; Pérez de Antelo, 2002, Stone, 1989, Terr, 1990).

Esta situación se repite en Venezuela de manera aún más acentuada. Los profesionales no están formados para detectar y trabajar con abuso en la mayoría de los casos, hay un enorme subregistro, en el mejor de los casos, de la incidencia del problema en la población clínica y creencias sostenidas tanto culturalmente como por algunas posiciones teóricas siguen contribuyendo a invisibilizar la problemática. En palabras de una investigadora:

lo que me motivó a estudiar el incesto fue el descubrimiento en un estudio anterior de su ocurrencia subterránea y la intención de contribuir para eliminar la creencia de que el incesto es un tabú respetado y su práctica es algo extremadamente extraño y poco común. Esta aclaratoria se hace necesaria en la medida en que me dirijo a un público latinoamericano en virtud de la casi inexistencia de publicaciones sobre este tema en castellano (p. 77, Banchs, 1996).

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

Características de familias en que ocurre abuso sexual intrafamiliar

Varios autores se han dado a la tarea de identificar características comunes de las familias en que ocurre abuso sexual. Lo primero que subrayan todo estos autores es que el abuso sexual infantil normalmente es cometido por personas conocidas. Las investigaciones norteamericanas reportan que entre el 75% y 80% de los maltratadores son conocidos por la víctima (Finkelhor, 1979; Finkelhor, 1990; MacFarlane, 1986; Tsai y Wagner, 1978; c.p. Wiehe, 1998). Las estadísticas de los casos tratados por Fondenima en Venezuela corroboran este hecho, ya que de treinta y cuatro casos reportados, en 56% de ellos el abusador era un familiar y en 88% de los casos el abusador era conocido (Fondenima, 2002).

Asimismo, la investigación empírica ha establecido que un 95% de las personas que abusan de niñas son hombres y un 80% de los que abusan de niños son también hombres (Finkelhor, 1979; c.p. McClendon, 1991).

Bentovim (2000), en su trabajo sobre los sistemas familiares en que ocurre violencia, retoma las caracterizaciones que han hecho otros autores (Gelles, 1987; Burgess y Congar, 1978; c.p. Bentovim, 2000) sobre las familias en que ocurre violencia, identificando un once factores. En primer lugar, señala que tienen mucho más tiempo de convivencia diaria que las familias en que no ocurre violencia. De esta manera la pobreza y el hacinamiento contribuyen a que haya más tiempo de exposición a posibles conflictos. En segundo lugar, estas familias no sólo pasan más tiempo juntas sino que coinciden en muchas más actividades y espacios no familiares y también muestran niveles más altos de involucramiento con predominio de los intercambios hostiles. Se ha identificado un mayor número de conductas intrusivas de un miembro al otro y una organización en que se considera que el miembro más poderoso tiene derecho a ejercer influencia sobre otros miembros. También se han encontrado familias con grandes diferencias de edad y de género, así como familias reconstruidas, en que las diferencias por etapas de vida, generacionales y de género coloca a los miembros en posiciones muy distantes. Los roles en estas familias muchas veces son definidos por el posicionamiento social (por ejemplo, el padre es la autoridad) y no por el apego y apoyo mutuo de las relaciones. En octavo lugar, suelen ser familias aisladas del resto de las redes sociales y se considera que los miembros tienen una obligación a permanecer en la familia aún en contra de su voluntad. Un punto importante, también relacionado con la pobreza, es que en estas familias se han encontrado niveles más altos de estrés

y, finalmente, existen construcciones negativas de las identidades de los miembros, etiquetando a algunos como “malos” o “merecedores de castigo”.

A su vez Barudy (2000), con base en su experiencia clínica describe tres tipos de organizaciones familiares en que ha encontrado abuso sexual intrafamiliar. La primera la denomina la organización enmarañada y altruista, que se caracteriza por familias que tienden a la sobreimplicación de unos con otros, donde el padre es descrito como tierno y afectuoso, y muy ocupado con sus hijos. En estas familias suele encontrarse que el padre abusador se muestra arrepentido y solicita perdón luego de haberse descubierto la situación de abuso. El segundo tipo de familia que describe es la familia promiscua, caótica, indiferenciada y usurpadora en que los límites son sumamente confusos, no hay fronteras generacionales y la estructuración familiar es muy heterogénea y variable. Generalmente son familias multiproblemáticas desbordadas por las exigencias del entorno. Finalmente, el tercer tipo de familias descritas son las rígidas, absolutistas y totalitarias, en las cuales un adulto ejerce una cuota importante de poder, y suelen presentar una imagen puritana rígida. En estas familias se tiende a culpabilizar a las víctimas y negar el acto abusivo.

En cuanto a los adultos abusadores, varios autores han estudiado las historias previas de abandono, maltrato y abuso que tuvieron los padres de estas familias en que ocurre violencia. Se ha encontrado que el 43% de madres de niños abusados habían sido abusadas en su infancia, así como que entre el 20 y 30% de hombres abusadores reportaban historias previas de abuso (Bentovim, 2000).

En sus investigaciones con madres y padres maltratadores, Bowlby (1989) ha reportado que las madres tienden a presentar períodos de intensa ansiedad, impulsividad, necesidades de dependencia excepcionalmente fuertes, son recelosas y tienen graves dificultades para establecer vínculos íntimos. Asimismo, reporta que suelen tener historias de infancia desdichadas en que predomina el abandono y que suelen ser extremadamente sensibles a situaciones de separación.

Este autor también menciona que los hombres maltratadores muestran una marcada dependencia emocional, con gran inseguridad y celos, lo cual ha sido reportado en abundantes investigaciones sobre hombres maltratadores junto con mala regulación de la rabia, tendencia a la impulsividad y a buscar controlar las relaciones íntimas (Adams, 1986; Jacobson y Gottman, 1998; Jukes, 1999; Salter, 1995).

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

En la misma línea de investigación sobre las características de los vínculos de apego en las familias donde ocurre abuso sexual, el autor Alexander (1992) exploró los temas relacionados con el apego inseguro registrado en estas familias. Estos temas son: 1) el rechazo, 2) la reversión de roles o parentificación en que el niño o niña abusada sexualmente con frecuencia tiende a cumplir funciones adultas dentro de la familia y 3) miedo/trauma no resuelto, que es típico en relaciones de apego desorganizadas.

El hecho de que el abusador esté en una situación de poder de la cual se aprovecha, va de la mano con el hallazgo repetido que señala que los abusadores tienden a ser muy negadores de las situaciones de abuso. El trabajo en distintas áreas de violencia intrafamiliar concuerda sobre el hecho de que el victimario utiliza una serie de estrategias para negar, minimizar y responsabilizar a la víctima por el acto cometido (Adams, 1996; Banchs, 1996; Jukes, 1999; Salter, 1995). Herman y Schatzow (1989) afirman que “el secreto es el principio organizador de todas las relaciones familiares en que el incesto ha ocurrido” (p. 337). Otro autor afirma que el objetivo principal de la atención a familias incestuosas es romper con el secreto (McCarthy, 1992).

En cuanto al abuso sexual llevado a cabo por un hermano u otro familiar menor de edad hay mucha menos investigación, aun cuando se presume que su incidencia es tan o más alta que la cometida por un adulto. Algunos autores han estimado que este tipo de abuso es cinco veces más frecuente que el incesto padre-hija (Canavan, Meyer y Higgs, 1992). Los estudios que existen reportan que entre el 25% y 50% de estos abusadores han sido victimizados anteriormente (Wiehe, 1998). También se encontró que las víctimas tendían a callar esta situación de abuso y tendían a sentirse aún más culpables del evento que cuando el victimario era adulto, así como que la situación de abuso tendía a ser prolongada hasta que la víctima tuviese la edad suficiente como para prohibir con fuerza el abuso. La mayoría de las víctimas de abuso por parte de un hermano reportaron también la presencia de amenazas y abuso emocional.

Se han descrito dos tipos de contacto sexual entre hermanos (Bank y Hahn, 1982 c.p. Canavan, Meyer y Higgs, 1992). Uno se ha llamado relaciones orientadas al cuidado basadas en intercambio mutuo, lealtad y compasión, que suelen ser relaciones entre hermanos que proveen de un refugio de ambientes familiares desolados o dolorosos; y el segundo tipo son relaciones orientadas al poder en que hay mayor victimización, violencia y coerción. Asimismo, Courtois sugiere tres tipos de victimización de los hermanos mayores a las hermanas menores: 1. el hermano adolescente utiliza a la hermana menor para la experimentación sexual; 2. un hermano mayor rechazado y

desviado substituye a sus pares femeninas de su edad por su hermana para obtener afecto; 3. un hermano mayor abusado previamente recrea la situación de abuso con la hermana (Courtois, 1988; c.p. Canavan, Meyer y Higgs, 1992).

Una investigación que realizó cuatro estudios de casos de mujeres adultas que habían tenido contactos sexuales con sus hermanos en la infancia revisó el impacto de estas experiencias en sus vidas (Canavan, Meyer y Higgs, 1992). Estos autores resumen varios puntos recurrentes en la literatura sobre abuso realizado por hermanos y que estaban presentes en las cuatro historias revisadas: 1. mantenimiento del secreto por amenaza, coerción o miedo; 2. diferencia de poder entre los hombres y las mujeres en la familia; 3. desarrollo de sentimientos y actitudes inadecuadas hacia el sexo en las víctimas; 4. consecuencias negativas en la vida de las víctimas que incluyeron autoestima baja, promiscuidad sexual, tendencia a la revictimización, abuso de sustancias, depresión y disociación; 5. trastornos en las dinámicas familiares, las cuatro mujeres reportaron dificultades en sus relaciones actuales especialmente con los temas de los límites, la comunicación, la confianza, seguridad y autonomía.

La familia popular venezolana

Además de la literatura que investiga sobre las características familiares donde ocurre abuso, se utilizó como guía a las investigaciones sobre las características de la familia popular venezolana. El psicólogo e investigador Alejandro Moreno, ha dedicado muchos de sus esfuerzos a comprender desde adentro la organización de la familia popular venezolana. Afirma que es una familia matricentrada y añade que la vinculación madre-hijo es el vínculo principal en la organización de la vida psíquica del venezolano. Señala que, mientras en otras culturas, otros elementos como el trabajo cobran un significado central en el desarrollo personal, en la familia popular venezolana, lo relacional-afectivo es el eje principal (Moreno, 1995; Moreno, 1998; Moreno, Brandt, Campos, Navarro, Pérez, Rodríguez y Varela, 1998). El hombre y la mujer venezolana se piensa y accede al mundo a través de la trama relacional familiar y la madre es la figura central de esa trama. Así, por ejemplo, la casa es vista como propiedad de la madre, no del padre o de la pareja.

El lugar dominante de la madre se ve complementado por el lugar periférico del padre. Se señala que el padre está ausente, es una figura vivida como abandonante, evanescente. El padre es visto entonces sólo como un instrumento para crear a la familia. El padre está "orientado hacia la madre y no a los hijos. No es un padre-de-

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

hijos, los hijos no son de-padre” (p. 420; Moreno, 1998). La madre, a su vez, suele contribuir a mantener eso así. La madre excluye y empuja al hombre fuera de la estructura familiar.

Moreno señala que el padre se convierte así en una figura presente a través de la ausencia. Es una figura añorada por los hijos y a la cual se le asigna mucha de la culpa por las carencias familiares tanto afectivas como materiales. Así que, aun cuando la pareja puede empujarlo fuera del hogar, también puede tender a reprocharlo en su ausencia.

Simultáneamente, el hombre nunca rompe su vínculo original con su madre. La madre de este hombre busca mantener un vínculo exclusivo con su hijo varón, enviándole mensajes para que tenga muchas parejas pero no se comprometa con ninguna y éste, a su vez, mantiene una lealtad inquebrantable con su madre por encima de cualquier otro vínculo. El hombre tiende a mantener un vínculo ambivalente con esa madre, pero nunca suelta su lugar de hijo en el mundo, en palabras de Moreno: “la hijidad que lo constituye, relación estructural de su persona, absorbe por completo toda posibilidad de estrechar otros lazos profundos y estables” (p. 422, Moreno, 1998). Al mismo tiempo, las dificultades económicas contribuyen a la vivencia del hombre de sentirse incapaz de responder ante las necesidades materiales de sus hijos y su pareja, lo cual parece contribuir al abandono de ésta ya que cuando se separan de sus parejas la mayoría tiende a no interesarse más, o interesarse sólo esporádicamente, por las necesidades de sus hijos (Recagno, 1998).

Todo esto contribuye a que Moreno afirme que la pareja es impensable desde esta trama relacional y muchas de las relaciones hombre-mujer establecidas en esta organización presentan historias de violencia sexual, física y psicológica.

Con base en todo lo anterior, este trabajo se propuso contribuir a hacer visible la ocurrencia y el impacto clínico que tiene el abuso sexual infantil, así como identificar las variables que pueden contribuir a que suceda el abuso en la estructura popular venezolana y si coinciden o no con las descritas para familias de otras latitudes.

Marco metodológico

La investigación se enmarcó dentro del paradigma Cualitativo. Desde esta perspectiva buscamos enfatizar la descripción rica y contextualizada, la comprensión y la interpretación subjetiva que hace el propio actor de su vivencia (Merriam, 1988).

Se realizaron dos estudios de caso. Estos estudios de caso estarían clasificados por Merriam como estudios de casos interpretativos, ya que, además de hacer descripciones densas y ricas de los datos también se utiliza la información para “desarrollar categorías conceptuales o para ilustrar, apoyar o retar asunciones teóricas sostenidas previo al levantamiento de datos” (p. 28).

Los participantes fueron los miembros de dos familias referidas (por Fondenima, Fundación del Niño Maltratado) a nuestro centro, por presentar una situación de abuso sexual infantil intrafamiliar. Como condición del tratamiento se exigió que los familiares a cargo del menor hayan logrado detener efectivamente la situación de abuso elemento que se chequeó a lo largo del tratamiento. Se realizaron entonces entrevistas individuales con todos los miembros de la familia (conducidas por uno de los coautores que es psicólogo clínico) y se realizó una psicoterapia familiar (conducida por la otra coautora que es psicoterapeuta familiar). Estas sesiones se realizaron en la Unidad de Psicología del Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. que es un centro de atención comunitario ligado a la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Este centro está ubicado en la urbanización Montalbán y es vecina de Antímano, lo cual corresponde a la zona sur-oeste de la ciudad de Caracas.

Se transcribieron las entrevistas para luego hacer un análisis de contenido con fin de construir categorías interpretativas del fenómeno. Finalmente, se realizaron cuatro acciones para triangular la información levantada y las interpretaciones realizadas, siguiendo las recomendaciones de Stake (1995) que corresponden a la triangulación de las fuentes de datos, la triangulación de investigadores, la triangulación teórica y la triangulación metodológica.

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

Consideraciones éticas

Se incluye como objetivo dentro de la investigación contribuir con la visibilización del fenómeno correspondiente a una toma de postura que pretende apoyar a las víctimas silenciosas y fortalecer su posición, lo cual es coherente con la propuesta terapéutica que recomienda romper con la negación y silencio típico de las situaciones de abuso sexual y la postura cualitativa que con frecuencia tiene como objetivo “ayudar a que los silencios hablen” (p. 54, Burman, 2000; Banchs, 1996; Pakman, 1997).

Además se siguieron las recomendaciones éticas establecidas por investigadores expertos en trauma (Armstrong, 1996; Putnam, 1996). Con respecto a las consideraciones legales generadas por la situación de abuso se realizaron los pasos del protocolo de intervención establecidos por Fondenima, quienes se encargaron de hacer el seguimiento legal de ambas situaciones familiares.

Resultados

Las familias

La primera familia estuvo compuesta por cinco miembros. Tres hijos: Antonio, de 16 años, Juan de 12 y una niña de 8 (Rosa). La mamá (Adriana) de los tres niños, que tiene 39 años y el papá (Miguel), que es padre sólo de los últimos dos niños. Adriana consulta a Fondenima tras haber sospechado de un posible abuso sexual de Antonio hacia su media hermana Rosa.

La segunda familia que asiste a las consultas está compuesta por la abuela Alma, dos de sus hijas (Aurora y María), cada una con sus respectivos esposos (Horacio y Armando). A su vez, Aurora y Horacio tienen dos hijos (Marcelo, de 14 años y Rodrigo, de 10), mientras que Armando y María tienen tres hijos (Karen, de 9 años, y Alondra y Alejandro, de 4 años cada uno). Ellos viven en pisos distintos de una misma casa compartiendo muchas funciones familiares. Aurora consulta a Fondenima por presunto abuso sexual de parte de sus hijos, Marcelo, de 14 años de edad y Ricardo, de 10 años de edad, hacia su prima Karen de 9 años de edad, ya que la niña comienza a presentar una infección urinaria. La niña es remitida a Fondenima por la Unidad de Pediatría del Hospital J. M. de los Ríos por presentar signos físicos compatibles con abuso sexual. Esto es corroborado en Fondenima.

A continuación, TF será abreviación de terapeuta familiar y TI terapeuta individual.

Antecedentes familiares (situaciones de abandono y violencia)

En ambas familias se detectó una cantidad significativa de situaciones de abandono y violencia intrafamiliar que vienen de las generaciones anteriores. Pudimos escuchar numerosas historias de carencia material, de privación emocional y de maltrato infantil en la vida de los adultos que fungen ahora como cuidadores. Este hecho ha sido ampliamente reportado por la literatura científica como un factor de riesgo para la repetición de situaciones de maltrato infantil.

Así, por ejemplo, Adriana fue criada con sus trece hermanos. Constantemente refiere la sensación de abandono en su historia personal y actualmente en su situación familiar. En las entrevistas no reporta tener un vínculo afectivo fuerte con su familia de origen aunque se mantiene en contacto. Asimismo reporta que, como mujer, tenía una serie de obligaciones de trabajo del hogar en su familia de origen que rechazaba y muchos episodios de maltrato físico y verbal. Llama la atención cómo Adriana reporta que estos episodios de violencia le parecían vivencias “naturales” y sólo con la adultez y la exposición a otras experiencias –en la que resalta su asistencia a un taller para padres– ha comenzado a ver eso como maltrato.

Adriana: De pequeña me pegaron mucho. Todo era yo, yo. Yo era la que cocinaba, limpiaba... En la casa yo era la que lavaba, planchaba a los mayores. Cuando no hacía las cosas me halaban el pelo y me decían ‘no sirves para nada’ y me decían ‘puta’. Yo he aprendido que eso es maltrato.

(Entrevista individual, 28/6/01).

En la segunda familia sucedió que, una vez que se abrió el espacio para atender la situación de abuso, varios miembros pudieron comenzar a hablar de historias previas de abuso sexual de las cuales ellos también habían sido víctimas. Otros cinco miembros de la familia pudieron comenzar a reconocer historias de victimización que, en muchos casos, habían dejado en secreto durante años. Este hecho sorprendente, al mismo tiempo confirma la enorme incidencia de casos que no son reportados y cómo el secreto constituye en factor de riesgo para poder prevenir situaciones futuras.

T: Quería chequear una última cosa que puede ser importante. ¿Ha habido otras experiencias de abuso sexual en la familia?

María: (se pone muy seria) Bueno a mí me parece que es importante decirlo. Creo que si vamos a estar aquí trabajando con esto es importante que se sepa. Yo cuando tenía 11 años fui abusada por mi hermano mayor que me llevaba ocho años. Él no vivía con

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

nosotros pero venía de visita, y una vez, cuando tenía 11 años, él abusó de mí. Y fue completo no como con Karen. Él me penetró... Yo me sentí muy mal y quería decírselo a mi mamá, pero no lo hice porque tuve mucho miedo de que no me fuera a creer así que le escribí una carta. No se la entregué pero más tarde una hermana mía la leyó y me preguntó y me volví a sentir muy asustada y le dije que yo lo había inventado.

(sesión individual con María, 25/9/01),

Lugar de la madre

Ambas familias comparten muchas características parecidas a lo que Alejandro Moreno ha denominado "la familia popular venezolana". Entre estas características destaca que son familias "matricentradas", en que la madre ocupa un lugar muy relevante como el eje alrededor del cual gira la familia, mientras que el padre ocupa un lugar secundario, periférico. El siguiente fragmento, de la primera sesión de trabajo con la segunda familia, muestra a la abuela ubicada claramente como un eje central de la familia, como una figura fuerte, y llama la atención cómo la conversación pasa del motivo de consulta del abuso, al dolor que viene sintiendo la abuela por la partida de un hijo que vivía con ella:

Alma: Es que por más que sea cuando se va un hijo... Uno está acostumbrada a esperar a su hijo, verlo llegar, le hago el desayuno. Eso me tiene mal, porque él se fue y me hace...

(Hay un silencio largo, se pone triste)

Aurora: Yo estoy sorprendida, nunca había escuchado a mi mamá así, ella es una mujer muy cerrada. A ella le cuesta mucho aceptar que uno la ayude. Pero me agrada saberlo porque quizás así la pueda ayudar.

TF: ¿Se deja ayudar?

Aurora: Es difícil.

TF: ¿Ella tiene un lugar importante en la familia?

(Todo el mundo sonrío) y dice en conjunto: Sí

María: Ella es muy autosuficiente, ella más bien dice que no le pasa nada. Ella ha sido muy buena mamá pero en lo material, pero en lo afectivo, si le das cariño a la segunda te dice "ya". Ella nos ha hecho creer que ella es una roca.

(sesión de familia, 12/9/01)

La familia se organiza principalmente a través del vínculo madre-hijo que es central,

mientras que el vínculo entre esposos con frecuencia apareció como secundario. Los hombres adultos a su vez, mantienen estrechos lazos con sus madres, que en ocasiones compite con el vínculo con su esposa. Como Miguel, que duerme algunos días en la casa con su esposa e hijos y algunos días el casa de su mamá. Varias de las mujeres afirman organizar sus vidas alrededor de su rol materno.

TI: ¿A qué diría usted que ha dedicado su vida, señora Alma?

Alma: A ellos, a mis hijos (se pone a llorar)

TI: ¿Por qué se puso triste?

Alma: Uno le dedica la vida a ellos... Yo no me imaginé que Manuel me iba a dejar, ellos no saben nada, pero somos cercanos, él llega en la noche y me servía la comida. Yo le dediqué mi vida a mis hijos por completo. Ellos se criaron ellos mismos, los unos a los otros. Porque los primeros tres eran adolescentes cuando yo conseguí el padre de María...

(entrevista individual Alma, 23/10/01).

La díada marital/lugar de la pareja

Nos encontramos en las dos familias con parecidos en los vínculos de pareja. En ambas, el lugar para la pareja era escaso. La pareja parece tener un lugar "establemente inestable". La figura masculina, como se ha dicho, entra y sale de la familia tanto física, como emocionalmente. En todos las parejas de estas dos familias los hombres por momentos se van del hogar.

A su vez, la abuela de la segunda familia manifestaba que sus parejas no habían ocupado un lugar central en su vida. En las otras mujeres hay más bien una ambivalencia entre la añoranza de la pareja y la queja por la ausencia que perciben. Vemos la ida y venida de la pareja y los sentimientos ambivalentes de la mujer en el siguiente extracto de sesión:

Miguel: Sí, estamos poco. Pero justamente eso porque yo trabajo cerca de mi mamá y en mi trabajo yo tengo una cama lista para dormir, ¿verdad? Y hay veces me quedo durmiendo aquí y a veces me voy a casa de mi mamá. O sea, hay veces subo pa' la casa y no están, están haciendo diligencias por fuera, entonces cuando llegan a la tarde ya yo tengo que ir a trabajar otra vez. Estamos un ratico solamente.

TF: ¿O sea que usted no está mucho con ninguno?

TF: ¿También te hace más falta él?

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

Adriana: Ya no, ya estoy acostumbrada ...(se ríe)... Honestamente, ya yo estoy acostumbrada a estar sola, o sea con ellos.

TF: ¿No es un problema para usted esto?

Adriana: Sí es.

TF: Es un problema. Ah, entonces no se acostumbró.

Adriana: O sea es un problema porque, claro me hace falta él, que yo se lo he dicho también a él, pero ya ahorita la situación del trabajo de él y eso. Bueno ya, ¡qué carrizo! O sea ya no me importa si viene o no viene.

TF: ¿Pero él sigue haciendo falta adentro?

Adriana: Sí, adentro.

TF: O sea que no es algo que no te importa...

Adriana: Pero como no hay nada que hacer entonces yo tengo que resignarme.

TF: Es como una desesperanza.

Adriana: Sí, claro, sí, es tal cual.

(sesión de familia, 10/8/01).

Aurora nos cuenta una vida marital en que por momentos se ha tenido que hacer cargo sola de todas las responsabilidades y ha pensado hacer su familia separada de su pareja y otros momentos en que se ha esforzado por mantener a su esposo.

Aurora: Él estuvo ausente casi un año. Fuera de la casa. Ese año me sirvió mucho porque me di cuenta que yo me sentía capaz de salir adelante sin él y decidí que ni Horacio ni nadie iba a estropear mi familia. Yo creo que estoy más tranquila ahora...

Él se deterioró mucho últimamente. Consumía piedra. Él perdió todo, el trabajo y no perdió la familia un poco porque me daba mucha lástima. Él no tiene familia y yo tengo sentimientos hacia él. Sentía que él tenía derecho a una oportunidad.

(entrevista individual Aurora, 15/11/03).

Distribución de las responsabilidades y derechos según género

Lo que se viene describiendo contribuye a que aparezca una distribución desigual de las responsabilidades y derechos según el género, la mujer parece cargar con más

responsabilidades del hogar y el hombre con más prerrogativas.

En ambas familias, con frecuencia se describieron a los hombres como los irresponsables, los descarriados; y a las mujeres como las responsables, las encargadas de enfrentar y resolver los problemas cotidianos.

TF: ¿Usted tiene hermanos, Adriana?

Adriana: Siete.

TF: Siete. ¿Y alguno se fue del camino?

Adriana: Todos, todos son borrachos.

TF: Todos están medio fuera del camino.

Adriana: Todos...

TF: Y de los trece, doce se fueron de la vereda. ¿Así?

Adriana: No, las hembras no.

TF: Las hembras están bien encaminadas.

Adriana: Uhmju.

TF: Acá el problema es con los varones.

Adriana: Con los varones.

TF: Y dentro de tu familia también, el problema es con los varones, usted que se fue y volvió, Antonio que estamos ahí. ¿Hay algún otro? ¿Cómo anda su otro hijo?

Ad: No, el otro que también quiere descarrilarse, pero ahorita yo no lo controlo porque está con mi hermana, pero apenas llegue, le voy, voy a hablar con él pues, y a limitarlo a muchas cosas. Ponerle límites, y eso fue lo que yo no hice con Antonio.

TF: ¿Le molesta que le haga una pregunta a ella del padre de Antonio?

Miguel: No.

TF: ¿Le molesta a usted?

Adriana: No.

TF: El padre de Antonio también se fue de la vereda.

Ad: Uff.

TF: ¿Otro ejemplo?

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

Adriana: Sí.

TF: ¿Volvió?

Adriana: No.

(sesión de familia, 15/8/01)

Esta distribución es compleja ya que no depende nada más de una desigualdad impuesta por los hombres sino que también se fortalece por figuras femeninas que, por un lado, desprecian y sienten resentimiento hacia las figuras masculinas, y; por el otro, establecen vínculos sumamente estrechos y sobreprotectores con sus hijos varones, llegando inclusive a otorgarle atenciones que no le dispensan a las hijas. Así, por ejemplo, la abuela Alma aún le envía dinero a alguno de sus hijos adultos.

T: ¿Qué diferencia hay entre sus hijos varones y las hembras?

Alma: No sé qué será, porque los hombres son pendejos, son gafos...

La mayoría de los hombres piensan que tiene un corral de pollitos "ahí tienes", la comida y más nada para los muchachos. En diciembre les compran algo si acaso. Así fue en mi caso, sólo ponía la comida, cuando se fue lo único que me dejó fueron los cinco hijos. Yo no dejé que pusiera ni un bloque en la casa porque después dice que yo no me voy porque yo aquí también puse. Él dijo hasta que me iba a llegar a fastidiar, pero Aurora le dijo "tú no tienes nada que buscar allí donde mamá". Yo no acepté que pusiera ni medio en mi casa.

(sesión individual con Alma, 30/10/01).

Igualmente aparece con frecuencia en los *verbatimums* de Alma, Adriana, Aurora y María la convicción de que tienen que enfrentar la vida de manera independiente y al mismo tiempo la queja por la vivencia de sobredemanda que sienten constantemente: "*Siento que no puedo, no puedo balancearlo todo*" (entrevista a Adriana, 28/6/01).

Roles y límites indiferenciados

En la segunda familia vemos mucho más que en la primera intercambios donde los límites entre los vínculos son confusos, lo cual se expresa tanto en la resolución de actividades prácticas del día a día como en la involucración emocional. En la segunda familia, como se mencionó antes, aparecieron numerosas experiencias de abuso sexual dentro de la familia, así como numerosas experiencias de infidelidad con otros miembros (cuñados, primos) de la familia.

Una y otra vez apareció el tema de cuáles eran las responsabilidades que le tocaba a cada adulto y en qué medida eran responsables los tíos de ayudar con las necesidades de los sobrinos, o entre hermanos, etc. Estos dilemas son agudizados por la situación de urgencia material que hacía que la solidaridad y el intercambio de roles se utilizara como una manera de enfrentar muchas situaciones difíciles. Así, por ejemplo, la hermana de María se encarga con frecuencia del cuidado de todos los niños de ambas familias para que así María y Armando puedan atender las necesidades económicas. Durante las sesiones aparecieron una y otra vez expresiones de molestia por la sobreinvolucración, manifestando deseos de establecer límites claros en las responsabilidades y los derechos. Y, sin embargo, dificultades para sostenerlos y un mandato de parte de la abuela que empuja hacia la sobreinvolucración.

Alma: ...para uno desentenderse de una cosa, tiene que vivir lejos, por lo menos como viven las otras. Si la Nena por lo menos que vive por Santa Teresa no atiende a su niña, nosotras no lo estamos viendo. ¿entiendes? En cambio esto, nosotros lo estamos viendo y estamos viviendo el momento, es imposible cambiar, yo por lo menos, mientras que yo pueda seguiré siendo la misma, no puedo cambiar.

TF: Ni le interesa tampoco.

Alma: No, no.

TF: ¿Está bien así?

Alma: Yo por lo menos con ellos y con todos, es igual, si necesitan y yo puedo. Recibo a esta, si necesita esta y yo puedo, recibo a este y así. Es como una cadena.

TF: Es la madre de todos.

Alma: Sí, eso es así, es igualito...pero viviendo ahí como estamos viviendo, esta tiene una fiebrequita: 'Ay mami, Karen tiene fiebre', vamos a hacerle una limonada o vamos a llevarla al médico. ¿Es o no es? Es imposible abandonar, no se puede.

(sesión familiar, 10/10/01).

Este intercambio muestra entonces también una virtud que es sostenida como un valor esencial por los miembros de la familia.

Al: Ellos siempre han sido muy unidos. Cuando alguno tiene una necesidad todos son muy unidos. A pesar de que siempre tienen desavenencias, siempre son muy unidos...

(entrevista individual Alma, 30/10/01)

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

Estos límites indiferenciados se evidencian en que, por momentos, algunos de los niños o niñas llaman a distintas figuras de la familia como su mamá:

TF: ¿Dónde dormiste?

Karen: En mi casa.

TF: En tu casa y en la mañana te fuiste donde tu abuela, donde ¿Cómo le dices tú?

Karen: Mamá.

(sesión familiar, 3/10/01).

Dificultades del medio, pobreza

La pobreza, la falta de recursos económicos juega un papel que no se puede desatender en la comprensión y apoyo a estas familias. Las numerosas urgencias que enfrentan hacen que algunas de las distribuciones de las responsabilidades y algunos intercambios sean intentos de enfrentar esas urgencias, como se vio en el apartado anterior.

Al mismo tiempo, la vivencia de urgencia tiene un impacto emocional importante. La cantidad de esfuerzo y tiempo que tienen que dedicar las figuras adultas a la resolución de estas necesidades, les deja poco espacio para atender otras necesidades como las afectivas.

María: O sea, tenemos una situación económica realmente muy difícil y yo creo que una cosa conlleva a la otra, porque el no tener con qué pagar el colegio, el no tener con qué comprarle los útiles a los muchachos, el no tener con qué, de repente, sacarlos a pasear, el no tener una serie de factores económicos, pues te llevan definitivamente a estar malhumorado, al no querer hablar con nadie, al estar todo el tiempo molesta. Pero yo creo que eso es, ahorita, ahorita, lo que está pasando, es el aspecto económico, estamos realmente muy, muy preocupados. Es una preocupación yo creo que de veinticuatro horas al día...

(sesión familiar, 10/10/01).

Asimismo, en algunos de los relatos, los hombres mostraban cómo la penuria económica tenía un efecto importante en su autoimagen, sintiéndose disminuidos y complicando aún más su presencia dentro del hogar.

Por ejemplo, en el caso de Miguel, quien ha ido logrando mayor estabilidad laboral con el paso de los años, le es sin embargo, penoso cuando siente que no logra traer suficiente dinero al hogar.

Estudio de casos de las características de familias de bajos recursos donde ocurrió abuso sexual intrafamiliar

Miguel: La semana pasada que no subí era por eso, yo no tengo real, el otro no tiene real, entonces, como le dije, me da cosa decirle que no tengo.

TF: ¿Por qué?

Miguel: Así yo quede sin nada, a mí me gusta llevar algo.

TF: Es decir, prefiere no verlos antes que afrontar esa situación de que le pidan y usted tenga que decir que no y todo eso.

Miguel: Exacto, que me digan necesito pasaje y yo no tengo, no me gusta, pues.

(sesión de familia, 21/11/01).

Impacto del abuso

En las niñas que estaban siendo abusadas se encontraron síntomas típicamente encontrados en víctimas de abuso. Presentaron síntomas ansiosos, vergüenza ante el hecho, sensación de desprotección, miedo intenso a perder los cuidadores, aislamiento social, tristeza y altos índices de disociación (una de las niñas reporta que “siempre ando en las nubes” y las maestras reportan en ambos casos graves dificultades de concentración). Asimismo, en los adultos víctimas de abuso en su infancia, también se encontraron numerosos síntomas relacionados con la experiencia de abuso como lo son: dificultades graves en la regulación de las emociones (rabia explosiva o inhibida, malestar crónico, ideación suicida), disrupción de las relaciones íntimas, desconfianza crónica, alteraciones de conciencia, recuerdos intrusivos, alteraciones de la percepción de sí mismos, alteraciones en los sistemas de creencias (pérdida de esperanza). Así, por ejemplo, María manifiesta con respecto al impacto que ha tenido el abuso en su vida:

María: Yo sé que eso me ha afectado toda mi vida. Yo sé que por eso es que yo no confío en la gente. Yo no confío en nadie, no creo que la gente sea buena. Eso me da demasiada rabia. Yo pienso no, que mi hermano no sabía bien lo que estaba haciendo y yo lo trato y todo. Pero desde entonces le he tenido miedo a la gente. Yo empecé a tener mucho miedo a todo el mundo y por eso hago las cosas sola y me defiendo sola.

(entrevista individual María, 25/09/01).

Asimismo, en las dos familias hay unos montos muy grandes de dolor en los distintos miembros que se agudizó con la revelación de la situación traumática. En los familiares aparecieron expresiones importantes de dolor, tristeza, rabia, frustración, miedo, culpa, vivencia de sobrecarga emocional; y en la primera familia se encuentran

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

unas cuotas importantes de desesperanza e impotencia. Esta desesperanza aparece como un obstáculo importante ante el proceso terapéutico. La primera familia manifiesta sentirse impotente ante las dificultades. En el siguiente extracto vemos cómo, tanto la familia como la terapeuta, se van desesperando ante esa vivencia de impotencia:

TF: Pero también lo que me preocupa de esto, es ver qué hacemos con la culpa de usted, porque yo creo que la culpa es la que la paraliza, eh, y no podemos como empezar a salir como para adelante, como usted dice: -No, las marcas ya están.

Adriana: Sí.

TF: Pero si Adriana, ya piensa que las marcas ya están, si ya parece que las cartas ya están echadas, si ya está todo, si la cosa ya va a ser así, entonces ya está todo marcado, ¿para qué cambiar? Digo con este pensamiento, si yo me meto dentro suyo debe ser difícil pensar en un futuro. Porque usted está pensando todo el tiempo que la cosa ya está, que esto es un desastre ya.

Adriana: Sí.

TF: Según se ve, la percepción que yo tengo desde afuera, Adriana dice que ya está ¿para qué cambiar algo?

Adriana: Que no hay solución. ¡Rosa! Ya, oye (gritándole a la hija para que se quede quieta).

(sesión de familia, 3/10/01).

Mecanismos de manejo de la situación

En investigaciones anteriores se han hecho registros de los mecanismos psicológicos para manejar el impacto emocional que ocurre en la familia cuando descubren la situación de abuso. En estas familias encontramos una lucha por enfrentar la situación una vez develada, que la llevaron a buscar ayuda e intentos por minimizar y hasta negar lo ocurrido. En ambas familias encontramos intentos de evadir, minimizar, atribuir a causas mágicas y negar lo sucedido, en ocasiones llegando a desmentir lo que ellos mismos habían visto o dicho. Asimismo, se encontraron múltiples expresiones de disociaciones en que miembros de la familia se desconectaban de algunos contenidos que eran claramente perturbadores. Se ejemplificará específicamente las expresiones de negación que una y otra vez se ha encontrado como un factor clave en las situaciones de abuso, para mostrar la intensidad y los riesgos de este mecanismo.

Surgió en ambas familias una lucha entre enfrentar plenamente y reconocer lo

sucedido, ya que estas familias efectivamente hicieron grandes esfuerzos por cargar con el dolor de esta vivencia; y la tendencia a evadirla, minimizarla, negarla. Ambas familias reaccionaron ante el descubrimiento del hecho buscando activamente ayuda y participando en la atención. Pero por ejemplo, luego de una sesión particularmente fuerte, en que la niña de la primera familia relató con detalles la situación de abuso sexual a la que fue sometida durante cuatro años, vemos, en el siguiente fragmento, cómo la terapeuta se sorprende cuando la familia oscila entre el reconocimiento, la minimización y la negación de la experiencia:

TF: ¿Ustedes suponen que este tema del abuso sexual tiene algo que ver con la relación suya con Antonio (dirigiéndose a Miguel)?

Miguel: No, eso fue un malentendido.

TF: ¿Cómo un malentendido?

Miguel: Bueno, porque yo llego allá y la veo a ella con él (Rosa se cubre la cara con las manos) entonces, ellos me dicen 'no, no te preocupes, no pasa nada'. Yo no tenía ningún pensamiento malo, ni la malicia. En realidad no pasó nada.

TF: A ver, yo ya estoy un poco mareada. Rosa dice que sí pasó algo. ¿De dónde saca usted que no pasó nada o no pasó nada de qué?

Miguel: Bueno, lo de Antonio con ella.

Adriana: Es decir, no hubo abuso.

TF: Abuso sí hubo por lo que dice Rosa.

Adriana: (hablándole al esposo) Ajá, ella dice que sí, que lo que le hizo a Rosa sí es abuso. Pero físicamente no.

TF: ¿Ustedes lo que dicen es que no hubo penetración?

Adriana: Penetración.

Miguel: Ajá.

TF: Pero sí hubo toqueteos y manoseos.

Adriana: No sé, eso es lo que ella dice.

(sesión de familia, 21/11/01),

En la primera familia el joven abusador negó completamente la ocurrencia y no colaboró con el tratamiento, mientras que en la segunda familia los dos jóvenes que

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

participaron en la situación de abuso la reconocieron y colaboraron. En la entrevista con Antonio, se puede ver la utilización de la negación, junto con la desorganización del pensamiento que tiene cuando es confrontado directamente con lo sucedido:

TI: Antonio, me gustaría que me hablaras un poco de lo que sucedió hace un mes. De la razón por la cual llevaron a la familia a tratamiento.

Antonio: (Se queda en silencio como confundido) ¿Cómo no sé?...

TI: ¿Antonio, tú sientes que tú tienes algo de responsabilidad en los problemas que han sucedido en tu casa?

Antonio: ¿Cómo?

TI: Que si algo de lo que tu has hecho ayuda a que tengan problemas en la casa.

Antonio: (Se queda en blanco) No entiendo.

TI: Yo creo que en tu casa ha habido problemas desde hace algún tiempo, que hay algunas razones por las cuales tú estás bravo, ha sido difícil para ti vivir en una casa donde tú no tienes papá y se entiende que hay razones para las cuales puedas estar bravo. Pero crees tú que quizás tengas algo de responsabilidad en todas las cosas que hayan sucedido.

Antonio: No. Mi pensamiento es que no. Yo no sé porque ella dijo esas cosas.

(entrevista individual, 31/07/01).

Finalmente, se pudo observar en las entrevistas cómo la negación es un mecanismo extremo que utilizan algunos miembros para poder sobrellevar una situación multi-problemática que los abrumba. La negación puede verse como un último intento de mantener un mínimo de equilibrio ante algo perturbador. En el siguiente extracto Adriana niega el impacto emocional que le produce la situación y luego le dice explícitamente a la terapeuta que ella prefiere no enterarse de algunas cosas que siente que no puede resolver:

TF: ¿Este es un tema que le duela o que es fuerte para usted?

Adriana: Para ella.

TF: ¿y para usted?

Adriana: También.

TF: ¿Usted prefiere escuchar o no escuchar?

Adriana: No escuchar.

TF: ¿Y cómo se hace para saber si no se escucha?

Adriana: Cosas nuevas sí, pero no el pasado.

(sesión de familia, 7/11/01).

Pero al mismo tiempo, el siguiente extracto evidencia cómo el empleo de la negación impide que los cuidadores puedan escuchar, atender los llamados de protección que pueden venir haciendo las víctimas. Aquí escuchamos a la hija tratando de recordar momentos en que hizo llamadas de ayuda y la madre se sorprende al darse cuenta que no los registró:

Adriana: No, yo eso no lo sabía.

TF: Y esto del hermano, lo último del hermano.

Adriana: No sabía tampoco, yo no me acuerdo que ella me haya dicho.

Rosa: Pero el día ese que estaba Jan David y Antonio, me quería quitar la ropa y usted estaba hablando con Belkis y otra amiga más.

Adriana: Aah, estaba en una casa.

Rosa: Sí. Y yo le dije mamá: -Jan David- No perdón, Antonio me quiere quitar la ropa-.

Adriana: Aah, eso fue antes, eso no fue ahorita.

TF: Aah, no fue ahorita.

Adriana: Ella confunde todas las cosas.

(sesión de familia, 3/10/01).

Rosa: Mi mamá habló con Antonio que no hiciera más eso ¿No se acuerda?

Adriana: Ya me medio acuerdo, sí.

Rosa: ...(se ríe)...

Adriana: Yo le dije que se quedara quieto con la niña.

TF: ¿Cómo?

Adriana: Yo le dije que se quedara quieto con ella, pero no me acuerdo cuando ella me había dicho ese ...(silencio)... Ya me está preocupando, la broma es que él no quiere ayuda, no quiere.

(sesión de familia, 3/10/01).

Conclusiones

A través de este trabajo nos pudimos acercar a comprender un poco más las vivencias de la familia de bajos recursos venezolana donde ocurren eventos de abuso sexual. Consideramos que uno de los resultados fundamentales es poder mostrar lo frecuente que son las situaciones de abuso sexual infantil y la cantidad de veces que ocurre sin ser detectado, condenando a muchas personas a cargar en silencio su dolor. Asimismo, nos interesa resaltar el fuerte impacto negativo que tiene en el desarrollo emocional de las víctimas, y cómo a su vez, resulta un factor de riesgo para que se repitan situaciones de victimización en el futuro.

Estas dos familias estaban sobre todo caracterizadas por venir cargando con una gran cantidad de heridas emocionales, duelos, vivencias traumáticas que de entrada aumentaron la dificultad para manejar las exigencias de la vida familiar, como el establecimiento de relaciones mutuamente enriquecedoras y protectoras, el manejo de los conflictos, el establecimiento de los límites. Estas vivencias dolorosas del pasado se unieron además con las enormes exigencias del presente en que las dificultades económicas cargan a los adultos de ansiedad y les exigen dedicar una enorme cantidad de horas a su resolución. Las dificultades del pasado y el presente se combinan y quizás hasta potencian de tal manera que los adultos de estas familias con frecuencia no tienen la energía ni la disposición emocional para proteger y cuidar a los miembros más vulnerables. Lo cual es, evidentemente, un espacio que favorece la aparición de relaciones asimétricas de victimización.

Asimismo, las descripciones hechas por Moreno y otros investigadores venezolanos sobre las características de la familia popular en nuestro país, sirvieron de guía para organizar mucho de lo que observamos en estas familias. Queda la pregunta a debatir entonces si este tipo de organización familiar (que parece terminar colocando una cuota más grande de responsabilidad en los hombros de las figuras femeninas, donde las relaciones de pareja suelen ser conflictivas y poco gratificantes, en que la relación entre la madre y el hijo varón parece tener una importancia especial, donde la familia utiliza su solidaridad para apoyarse entre sí y sustituyen las funciones de un miembro y hasta invadiendo los límites del otro para satisfacer necesidades que de otro modo quedan insatisfechas) no pueden contribuir a dejar a los más pequeños y especialmente a las niñas en una situación de alto riesgo. Queda abierta la pregunta de si las características de la familia popular venezolana, que no deja de ser comprensible, entendiendo

todos los elementos culturales y contextuales, sin embargo, puede terminar siendo una estructuración de alto riesgo y así como qué otras variables pueden interactuar para proteger más a todos los miembros. Y si esto es así, ¿qué alternativas se pueden desarrollar que permitan proteger a la familia y responder a las necesidades urgentes? Asimismo, surge la pregunta de si este tipo de organización es específica de Venezuela o se encuentra también en otros contextos culturales con graves dificultades económicas. Finalmente, se hace evidente que no podemos perder de vista cómo entra la pobreza a jugar un papel en la dinámica familiar tanto para comprender, como para ayudar a estas familias.

Uno de los desafíos de este trabajo fue intentar comprometernos con el dolor de cada uno de los miembros de la familia. Además de detener la situación de abuso, ofrecerle protección y apoyo a las víctimas, también intentamos comprender a la familia en su totalidad y en su dolor. Buscamos acercarnos a la vivencia de cada uno de los miembros, lo cual nos permitió comprender que, a pesar de que por momentos alguno funge de víctima y otro de victimario, todos en estas familias fueron víctimas de situaciones perturbadoras.

Deseamos que estas reflexiones, así como la valentía de estas dos familias que gentilmente aceptaron colaborar y compartir sus vivencias para intentar hacer de las situaciones dolorosas un aporte para otras familias, sirva sobre todo para alertarnos sobre la importancia de formarnos y seguir trabajando en el área. Asimismo, creemos que algunas de estas reflexiones iniciales abren algunas puertas para pensar sobre lo que debería ofrecer un trabajo de apoyo a estas familias que vaya desde el nivel contextual y cultural hasta el familiar e intra individual.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, D. (1996). Aconsejando a hombres que golpean. Estudio presentado en la reunión Anual de la Asociación Americana de Psiquiatría.
- Alexander, P. (1992). Application of attachment theory to the study of sexual abuse. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 60, (2). 185-195.
- Andrews, B.; Brewin, C.; Rose, S. y Kirk, M. (2000). Predicting PTSD symptoms in victims of violent crime: the role of shame, anger and childhood abuse. *Journal of Abnormal Psychology*. 109, 1. 69-73.
- Armstrong, J. (1996). Emotional issues and ethical aspects of trauma research. En: *Trauma Research Methodology*. (Ed. Carlson, E.). Maryland: Sidran.
- Banchs, M. (1996). El sistema defensivo como mecanismo regulador en la dinámica de una familia incestuosa. *Avepsa*. XXI, 1. 77-102.
- Barudy, J. (2000). *Maltrato Infantil, Ecología Social: prevención y reparación*. Chile: Galdoc.
- Bentovim, A. (2000). *Sistemas Organizados por Traumas: el abuso físico y sexual en las familias*. Buenos Aires: Paidós.
- Boney-McCoy, S. y Finkelhor, D. (1995). Psychosocial sequelae of violent victimization in a national youth sample. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 63,5. 726-736.
- Bowlby, J. (1989). *Una Base Segura: aplicaciones clínicas de una teoría de apego*. Buenos Aires: Paidós.
- Briere, J. (1992). Methodological issues in the study of sexual abuse effects. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 60, 2. 196-203.
- Brown, G. y Anderson, B. (1991). Psychiatric morbidity in adult inpatients with childhood histories of sexual and physical abuse. *American Journal of Psychiatry*. 148:1. 55-61.
- Burman, E. (2000). Method, measurement and madness. En: *Postmodern Psychologies, societal practice and political life*. (eds. Holzman y Morss). New York: Routledge.

Valentina Peñalba y Manuel Llorens

- Busby, D.; Glenn, E.; Steggell, G. y Adamson, D. (1993). Treatment issues for survivors of physical and sexual abuse. *Journal of Marital and Family Therapy*. 19, (4). 377-392.
- Canavan, M.; Meyer, W. Y Higgs, D. (1992). The female experience of sibling incest. *Journal of Marital and Family Therapy*. 18, (2). 129-142.
- Costa, M.; Morales, J. y Juste, M. (1997). Prevención del abuso sexual infantil. *Psicología en España*. 1, 1. 1014-1018.
- Dubner, A. y Motta, R. (1999). Sexually and physically abused foster care children and posttraumatic stress disorder. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 67, 3. 367-373.
- Fondenima. (2002). Estadísticas de Casos Atendidos. Material no publicado.
- Haugaard, J. (2000). The challenge of defining child sexual abuse. *American Psychologist*. 55, (9), 1036-1039.
- Herman, J. (1997). *Trauma and Recovery: the aftermath of violence-from domestic abuse to political terror*. New York: Basic Books.
- Jacobson, N. Y Gottman, J. (1998). *Breaking the Cycle: new insights into violent relationships*. London: Bloomsbury.
- Jukes, A. (1999). *Men Who Batter Women*. London: Routledge.
- Kendall-Tackett, K.; Williams, L. y Finkelhor, D. (1993). Impact of sexual abuse on children: a review and synthesis of recent empirical studies. *Psychological Bulletin*. 113, (1), 164-180.
- Lizardi, H.; Klein, D.; Crosby, P.; Riso, L.; Anderson, R.; Donaldson, S. (1995). Reports of the childhood home environment in early-onset dysthymia and episodic depression. *Journal of Abnormal Psychology*. 104, 1. 132-139.
- McCarthy, B. (1992). Acercamiento cognitivo conductual al tratamiento de familias incestuosas. En: *Psicosociología de la Violencia en el Hogar* (eds. Stith, Williams y Rosen). Bilbao: Descleé de Brouwer.
- McClendon, P. (1991). Systems theory and incest/sexual abuse of children: focus of families and communities. INTERNET.

Estudio de casos de las características de familias de bajos recursos donde ocurrió abuso sexual intrafamiliar

- Merriam, S. (1988). *Case Study Research in Education: a qualitative approach*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- Moreno, A. (1995). *La Familia Popular Venezolana*. Caracas: CIP-Gumilla.
- Moreno, A. (1998). El padre en la familia popular venezolana. *Avepso*. Fascículo 9, 73-84.
- Moreno, A.; Brandt, J.; Campos, A.; Navarro, R.; Pérez, M.; Rodríguez, W. y Varela, Y. (1998). *Historia de Vida de Felicia Varela*. Caracas: Conicit.
- Pakman, M. (1997). *Construcciones de la Experiencia Humana*. Barcelona: Gedisa.
- Pérez de Antelo, A. (2002). Estudio del grado y tipo de disociación reportada en niños con maltrato físico y/o abuso sexual a través de la lista de chequeo de conductas disociativas de Putman (CDC). Tesis de Especialización. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.
- Putnam, F. (1996). Special issues for trauma research with children. En: *Trauma Research Methodology*. Maryland: Sidran.
- Recagno, I. (1998). Familia y exclusión social. *Avepso*. Fascículo 9, 41-59.
- Salter, A. (1995). *Transforming Trauma: a guide to understanding and treating adult survivors of child sexual abuse*. London: Sage.
- Schatzow, E. y Herman, J. (1989). Breaking secrecy: adult survivors disclose to their families. *Psychiatric Clinics of North America*. 12, (2). 337-349.
- Stake, R. (1995). *The Art of Case Study Research*. London: Sage.
- Stone, M. (1989). Individual psychotherapy with victims of incest. *Psychiatric Clinics of North America*. 12, (2). 237-255.
- Terr, L. (1991). Childhood traumas: an outline and overview. *American Journal of Psychiatry*. 148:1, 10-20.
- Wiehe, V. (1998). *Understanding Family Violence: treating and preventing partner, child, sibling and elder abuse*. London: Sage.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA CONYUGALIDAD VIOLENTA EN EL MARCO DE LA SOCIEDAD Y LA CULTURA

Irene García de Keltai¹

Resumen

En el conjunto de las ciencias del hombre y específicamente desde diversas corrientes psicológicas, se reconoce actualmente al género como el proceso individual de asignación de significados a la propia sexualidad biológica. Ello en el contexto de la interacción con los significados que social y culturalmente se han otorgado a la misma variable y la han vinculado con otras atribuciones, entre las cuales se destacan las concernientes al poder social.

La naturalización en la cultura de esas creencias o constructos que definieron y posicionaron socialmente en forma divergente a los hombres y a las mujeres dieron lugar a los llamados estereotipos de género, firmemente instaurados en la subjetividad occidental y durante siglos orientadores prominentes tanto de las personalidades de unos y otras como de los vínculos entre ambos grupos.

En el marco de los estudios de género, la investigación de la violencia conyugal identifica el enlace entre la dirección asumida generalmente por el acto violento en la pareja y el desequilibrio de poder esencialmente constitutivo de las relaciones intergenéricas a partir del arraigo de los estereotipos. Este artículo compila e intenta presentar algunas de las contribuciones que, procedentes de diferentes posturas psicológicas, explican el género en función de la actividad simbólica y aportan fundamentales elementos de comprensión a la problemática de la violencia de género.

Abstract

Human sciences currently view gender as the individual process of assigning meaning to our own biological sexuality. This is done within the context of the meanings that

¹ Licenciada en Psicología, especializada en Psicología Clínica. Cursó estudios en la Carrera de Especialización en Violencia Familiar en el Centro de Estudios de Posgrado de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Coautora del libro *Maltrato y Abuso en el contexto Doméstico*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2003.

Irene García de Keltai

have been assigned socially and culturally to this variable and that have linked it with other attributions, among which those referred to the social distribution of power are particularly important.

The naturalization in culture of these beliefs or constructs that have socially defined and positioned men and women in divergent terms gave way to what we call gender stereotypes, which are firmly ingrained in Western subjectivity and are prominent guides in the formation of personality and the interrelation of both genders.

In accordance with the postulates of gender studies, the study of conjugal violence sustains that the link between the direction generally taken by the violent act in the couples, as well as the imbalance of power in inter-gender relationships, is rooted in these stereotypes. This article reviews and tries to present some of the contributions, from different schools of psychology, which attempt to explain gender as a function of symbolic activity and offer fundamental elements for understanding the problem of gender violence.

En el contexto histórico y sociocultural marcado durante las últimas décadas por el significativo incremento de la incorporación de la mujer a los ámbitos académicos y laborales y por el aumento de la conciencia social concerniente a la inequidad que hasta entonces había privado en cuanto a sus oportunidades generales de participación social, las ciencias del hombre han abordado sistemáticamente y a través de múltiples vertientes teóricas e investigativas el estudio de las situaciones de los géneros.

En este ámbito se devela a los ojos de la humanidad la generalización de los fenómenos de la violencia familiar, la violencia doméstica entre ellos, y la estrecha relación de los mismos con una ideología cultural y con una estructura y una dinámica social cuyo primer fundamento es una jerarquización de la humanidad que ubica al hombre en posición de dominio y a la mujer en posición de subordinación.

La labor científica que se ha dirigido principalmente a la deconstrucción de las representaciones de la humanidad de ambos sexos a través de los procesos socioculturales y económicos occidentales en el curso de la historia, ha girado en torno a una definición del género que lo diferencia de la sexualidad biológica y lo refiere a los significados individual y socialmente atribuidos al “ser hombre” y al “ser mujer”. La mayor importancia de esta formulación radica en que representa el rompimiento con las concepciones estereotipadas que, expresando una adhesión al determinismo biológico profundamente arraigada, no sólo reinaron en las subjetividades individual y colectiva de la población común, sino que además orientaron los conceptos y las prácticas de todas las instituciones sociales y postulados derivados de diversas disciplinas científicas.

La Violencia Doméstica ha dejado también de ser visualizada como un suceso excepcional, poco frecuente y atribuible a razones tales como la ingesta alcohólica, trastornos psicopatológicos o de personalidad, etc. Hoy la reconocemos como una situación que afecta a una alta proporción de los grupos familiares y que, en función de la dirección que en la mayor parte de los casos adopta el acto agresivo, convierte a un gran número de mujeres en víctimas de su esposo o compañero. La entendemos también como un problema psicosocial, exponente de una realidad familiar articulada con una realidad social y una realidad cultural con las que se encuentra en permanente interacción.

Irene García de Keltai

En el campo específico de la Psicología la preocupación por la temática del género se manifiesta desde diversas orientaciones. Estas fuentes que hoy concurren a aportar explicaciones en el área, aun conservando cada una de ellas el vínculo con los fundamentos epistemológicos de los cuales proviene, presentan en común el reconocimiento a la ineludible dimensión psicosocial del problema. Ello refleja esfuerzos integrativos que en menor o mayor medida han implicado procesos de elaboración teórica a partir de la incorporación de conceptos procedentes de otras corrientes psicológicas o de otras disciplinas. Consecuentemente, estas reformulaciones de diferente procedencia evidencian enfoques ampliados del objeto con respecto a los determinantes originalmente enfatizados en sus respectivas teorías. La atención se dirige al ser humano inmerso e interactuante en y con una circunstancia sociocultural.

Otro punto de coincidencia entre las mismas se refiere a la relevancia atribuida al campo fenomenológico. La realidad es tal y compete a la conducta en tanto que es sometida a los procesos de simbolización. En este camino de asignar significados se reconoce desde algunas posiciones el papel de los procesos cognitivos individuales como constructores de la realidad. Según estas opiniones, el género y la violencia conyugal como una de las situaciones concernientes a los vínculos intergenéricos, serían construcciones del individuo dadas en el proceso de significarse a sí mismo y a su relación con una circunstancia externa a la que también significa y desde la cual, a la vez, se le significa.

Una cuantiosa contribución al estudio del género y sus situaciones procede de la psicología dinámica. Entre los muchos trabajos publicados están aquéllos que se han interesado en la subjetivación del género a lo largo de períodos históricos y paradigmas socioeconómicos consecutivos y las implicaciones de la misma en la dinámica de las personalidades individuales y en la orientación profunda de las relaciones entre la humanidad femenina y la masculina. Asimismo, los que han estudiado la influencia que la organización de los roles familiares, tal y como se ha dado en Occidente, ha tenido sobre los procesos de identificación y la construcción subjetiva del género en los niños y las niñas. También los que se han dirigido a investigar los efectos psicológicos sobre la persona adulta de construcciones de género contextualizadas por el propio ejercicio de los roles tradicionales.

Particularmente esclarecedoras en lo atinente al estudio de los fenómenos psicosociales en general resultan aquellas reformulaciones que, manteniendo como eje estructural los conceptos sistémicos fundamentales, han integrado otros de la Psicología

Cognitiva en una perspectiva psicosocial de la comunicación. Esta última asigna gran importancia al hecho de que la interacción ocurre en un contexto social, se expresa por medio del lenguaje y está mediada por los procesos cognitivos. Emerge del enfoque sistémico-constructivista la Psicología de los Constructos Familiares, que incorpora una perspectiva ecosistémica al considerar la actividad representativa del individuo en permanente interacción con los constructos familiares y sociales y la ideología cultural, atendiendo además a la dimensión histórica de dichas interacciones.

Aportes no menos significativos han surgido en relación a los temas aquí tratados desde el campo cognitivo-conductual. Los mismos expresan el resultado de concienzudas investigaciones y elaboraciones teóricas que se han ocupado de desmitificar el conocimiento acerca de la relación entre género y sexualidad biológica y el concerniente a las manifestaciones agresivas. Alejándose notablemente del conductismo radical del cual proviene la mayor parte de los representantes de esta orientación, las nuevas formulaciones toman en cuenta al ambiente en cuanto a que es significado y en una relación de mutua influencia con el individuo. Por otra parte, desplazan la responsabilidad del aprendizaje a los procesos cognitivos individuales, los cuales elaboran la conducta a partir de una actividad que involucra a lo afectivo y a las propias concepciones sobre la realidad, las cuales a su vez incluyen las representaciones de experiencias previas y de consecuencias anticipadas. Aun sin hablar de construcción, teóricos como Albert Bandura identifican hoy en esta actividad simbólica fundamental un carácter transformador, creativo de la realidad.

En las páginas siguientes se exponen, pretendiendo una articulación con un grado aceptable de coherencia, algunas de estas contribuciones que, procedentes de investigadores y teóricos de diversas posturas psicológicas, contribuyen hoy a incrementar la comprensión acerca de cómo se involucra lo individual, lo familiar, lo social y lo cultural en el proceso de asignar significados a la sexualidad biológica y al vínculo entre la humanidad de ambos géneros que, en el plano familiar, aparece representado en la conyugalidad. Simultáneamente se hará progresiva referencia a algunos hallazgos de aquéllos que, abordando el problema de la violencia conyugal o doméstica, han encontrado una estrecha relación entre el sustrato subjetivo y la operatividad de la misma, por una parte, y, por otra, los aspectos ideológicos culturales y los sociales estructurales y funcionales que han respectivamente orientado y organizado las identidades de género y sus vínculos en nuestra cultura.

Irene García de Keltai

La Familia como construcción sociocultural

Entre los que han estudiado estos temas se acepta que la atribución de significados al propio sexo, en tanto que constituye una actividad permanente de interpretación de la propia experiencia en el mundo, se produce a lo largo de toda la vida. También se considera fundamental la influencia de los procesos de socialización masculina y femenina que se producen durante la infancia y adolescencia dentro de la familia y la relevancia que en el mismo sentido continúa revistiendo a este entorno en la adultez, sin desmérito de la que también acompaña a los otros contextos sociales en los cuales la persona participa.

Resulta pues, evidente, que cualquier tratamiento del tema del género y sus vínculos en alguna medida, generalmente amplia, recurra al de la familia. Pero al mismo tiempo, desde el entendimiento de que las representaciones de género constituyen concepciones de la realidad que en cualquier momento del proceso evolutivo involucran lo social y lo cultural con lo individual y lo familiar, resulta insuficiente al objetivo de este trabajo un marco referencial que aísle a la familia como grupo, como conjunto dinámico de roles expresivos e instrumentales o como sistema interactivo.

En este sentido considero útil recurrir a una proposición como la de María José Rodrigo y Jesús Palacios (1990). Estos últimos, desde una perspectiva evolutivo-educativa de tal institución, consideran a la familia una construcción sociocultural que se constituye en el escenario sociocultural en el cual se facilitan su papel clave de concreción de la cultura para los hijos y su capacidad de promover el desarrollo individual de cada uno de sus miembros. Estas funciones, que incluirían una intencionalidad educativa, una compleja involucración de los símbolos y el lenguaje y una particular intensidad, individuación y perdurabilidad en el tiempo –con alcance transgeneracional– de los lazos de apego, distinguirían fundamentalmente a las familias humanas de las de otras especies, especialmente de las más cercanas: las de los primates no humanos.

El enfoque ecosistémico y constructivista de Rodrigo y Palacios se resume en una concepción de la familia como “contexto” del desarrollo y a la vez “contextualizada” por la circunstancia sociocultural y el proceso histórico, concepto este que abarca la diversidad y complejidad de los niveles de interdependencia que se establecen entre estos consecutivos sistemas durante los procesos de construcción individuales.

*La influencia del contexto familiar y otros entornos sociales. Algunas de
las contribuciones procedentes del Psicoanálisis, del campo cognitivo
conductual y de teóricos de la violencia familiar*

En lo que se refiere a las representaciones del género, las expectativas parentales en torno a las construcciones de los hijos parecen formar parte de la interacción familiar desde mucho antes del nacimiento de éstos y constituyen un punto central de interés para quienes asignan a las cogniciones individuales el mayor peso de responsabilidad en cuanto a la orientación del desarrollo en tal sentido.

Los padres, principales agentes socializadores, traducen las expectativas sociales desde su propia asunción del género y al presentarse comúnmente al niño como modelos en alguna medida exponentes de los patrones estereotipados propuestos por la cultura, pareciendo además esta condición influir todas las vertientes del vínculo con él. Similarmente, el resto de los modelos accesibles al individuo durante la infancia: hermanos, personas cercanas a la familia, compañeros, maestros y modelos simbólicos (proporcionados por los medios audiovisuales y la narración oral o escrita), exhibirá la misma tendencia.

Tal vez la expresión más fielmente representativa de esta situación es la del “etiquetado del género” al cual considera Albert Bandura (1980) que se ven expuestas las personas desde su nacimiento. Desde su paradigma cognitivo social, Bandura enfatiza el aprendizaje por modelado y es para él la imitación el mecanismo por excelencia responsable de la adquisición de todas las conductas. Sin embargo, se aleja de los conceptos que definen a la imitación como respuesta refleja o mero mimetismo y le confiere un carácter de elaboración simbólica de la realidad, transformadora y creadora. A partir de este “etiquetado”, que definirá en función del género tanto diversos aspectos del ambiente físico, ropas y juguetes, como las características corporales, actitudinales y relacionales de los modelos reales y simbólicos, una actividad clasificatoria orientará inicialmente, desde una etapa muy temprana, la evolución de los procesos independientes pero mutuamente influyentes de la identidad del género y del rol de género.

John Nicholson recoge y expone los resultados de un amplio conjunto de investigaciones en esta área desde una posición teórica que considera que la aceptación por parte de los niños de los atributos del género se asocia a la evolución de sus procesos mentales que, a la vez influenciados por los cambios biológicos y los acontecimientos sociales, intentan asignar sentido al mundo y al comportamiento de las demás personas.

Irene García de Keltai

Entre los trabajos citados se encuentran aquéllos que han mostrado una orientación de las preferencias, presente en mayor o menor grado en diversos grupos sociales, hacia el sexo masculino del hijo primogénito, manifestándose esta tendencia más frecuentemente en los padres que en las madres. Menciona también este autor otros estudios que han detectado que la percepción general de los adultos acerca del comportamiento de los bebés recién nacidos se encuentra considerablemente influida por el estereotipo asociado al sexo que suponen en esos niños y que, asimismo, de ello derivan elementos relacionales diferenciados. Aunque en menor proporción, se encuentra una distinción similar en el vínculo de las madres y los padres con los hijos pequeños, con tendencia a un trato más afectuoso hacia las niñas y una mayor estimulación a los varones hacia la actividad y la extroversión. Aparecen señaladas también diferencias relativas a la participación de cada uno de los progenitores en las actividades compartidas con los niños más grandes, tales como juegos, ayuda en las tareas escolares, modalidades de contacto, etc.

Considera Nicholson, similarmente a otros teóricos, que tal vez el más importante de los aspectos diferenciales que se producen en el proceso de socialización de los géneros que se da dentro de la familia sea el grado de tolerancia manifiesto ante conductas propias del sexo opuesto en la hija o en el hijo. Mientras existiría indulgencia ante la presentación de muchas formas de comportamiento “masculino” por parte de las niñas, habría principalmente por parte del padre apresuramiento en reprimir las señales de afeminamiento en la conducta de los varones. Sugiere, al respecto, tres posibles explicaciones. La primera se refiere a la percepción parental de que la masculinidad es un fenómeno que requiere de un aprendizaje sustitutivo de la identificación temprana del niño con la figura materna. La segunda alude a la preocupación de los padres por la posible homosexualidad de los hijos. La tercera, que estima probablemente la razón principal, tiene que ver con el valor culturalmente asignado al hijo varón.

El campo psicoanalítico también constituye hoy en día fuente de innumerables esfuerzos dirigidos a esclarecer los procesos de simbolización que han configurado las subjetividades de las mujeres y los hombres a lo largo de la historia de nuestra civilización y dentro del marco de sucesos ideológicos, económicos y sociales específicos.

Nancy Chodorow, citada por Mabel Burín (1998), resume las conclusiones de diversos científicos que han abordado el tema de las identificaciones tempranas al afirmar que la organización parental asimétrica, que asigna primordialmente a las mujeres las funciones de atención y cuidado a los niños de ambos sexos, genera subjetividades femenina y masculina diferenciadas y desiguales. Esto tiene además como

consecuencia el que la construcción de la masculinidad se convierta en un problema de modalidades muy diferentes al de la feminidad. Tal modelo familiar implica para todos los hijos pequeños una relación mucho más cercana, continua e íntima con la madre que con el padre, a quien las funciones del rol lo mantienen alejado del ámbito hogareño. En función de tal circunstancia las niñas desarrollarían una “identificación personal” con la madre, que entrelazando los procesos afectivos y el aprendizaje del rol la conduciría a la incorporación difusa de sus rasgos de personalidad, comportamientos, actitudes y valores. Los niños, en cambio, deben desarrollar una identidad masculina y aprender el rol en ausencia de una relación personal continua. Esta situación promovería una “identificación posicional” que consistiría más en la incorporación específica del rol masculino que en la internalización de actitudes y valores. En general, los niños adquirirían la identidad masculina a partir de una presencia paterna más cultural o simbólica que apoyada en una íntima relación afectiva. En las familias monoparentales en las cuales la figura paterna se encuentra totalmente ausente el proceso dependería aún más de la incorporación de imágenes culturales de la masculinidad y de la elección de otros hombres como modelos masculinos.

La misma autora señala otras situaciones que actúan a favor de la represión y la negación del afecto durante la construcción subjetiva de la masculinidad. Probablemente la más importante de ellas sería la negación del vínculo afectivo con la madre y la represión de los propios contenidos femeninos que se ponen en marcha debido a la necesidad de diferenciación y separación de aquélla, proceso éste que se apoya en la devaluación y el rechazo de lo femenino. A partir de entonces, según se desprende de los estudios sobre la masculinidad, los procesos de identificación masculina hacen hincapié en la diferenciación de los otros. Por otra parte se menciona como otro aspecto coadyuvante, más allá del carácter más simbólico que real de la presencia paterna, el hecho de que comúnmente cuando los padres se relacionan directamente con los hijos lo hacen para generar independencia, contrariamente a las madres que se conectan afectivamente a través de acciones que dependen.

Otro factor que, según Chodorow, contribuye durante la identificación masculina a la devaluación de lo femenino, se refiere a que el estatus social familiar deriva generalmente del rol laboral, extrafamiliar, del padre. Cuando el niño realiza la “identificación posicional” con una figura más idealizada que real asume también esa jerarquía de valores que confirma sus fantasías de inferioridad de lo femenino, tanto más cuanto que este rol femenino, muy impreciso, se encuentra estrechamente vinculado con lo familiar y con las relaciones afectivas íntimas.

Irene García de Keltai

Pero no son los padres agentes socializadores aislados durante la infancia y la adolescencia de los hijos. Desde diversas fuentes se señala la importancia que en relación a las representaciones de género adquiere la participación directa o indirecta en los otros espacios sociales con los cuales la persona va tomando progresivamente contacto en el curso del desarrollo. Además de los hermanos y de los familiares, vecinos o amigos cercanos a la familia, se han considerado la escuela y los grupos de pares como ámbitos particularmente influyentes en el sentido de promover subjetividades femeninas y masculinas adheridas a las concepciones genéricas tradicionales. En cuanto a los contextos de participación no directa, se toma en cuenta que el niño obtiene información acerca de muchos de ellos a partir de los reportes de familiares u otras personas. Sin embargo, en este aspecto se destaca particularmente la relevancia de aquellos entornos que literalmente invaden la vida familiar revestidos de un atractivo que captura la atención y el interés del grupo y particularmente de sus miembros de edad infantil. Me refiero aquí a los contenidos literarios, particularmente los de los cuentos infantiles, y principalmente en la época actual a los aportados por la programación televisiva y otros medios audiovisuales. Todos ellos: familia, entornos sociales externos, literatura y programación audiovisual, son hoy reconocidos como reiterativos exponentes de aquellos contenidos ideológicos de la cultura que invariablemente han significado al hombre y la mujer en función de la desigualdad y la complementaridad tradicionales, de un poder masculino frecuentemente manifiesto a través del acto agresivo y de todas esas otras nociones que por mucho tiempo han naturalizado aquellas atribuciones “femeninas” y “masculinas” que configuran los llamados “estereotipos de género”.

Bandura recurre a un amplio conjunto de investigaciones en el área para asegurar que el modelado múltiple sirve como mecanismo básico en los procesos de socialización del sexo y que el modelado concordante ligado al género que se produce durante un período largo de tiempo puede conferir el carácter de femenino o masculino a conductas neutras. Enfatiza el papel del “etiquetado del género”, las sanciones sociales, la observación de las consecuencias experimentadas por otros y las autoevaluaciones del comportamiento como reguladores del modelado selectivo en función del género. Afirma que los niños se asocian selectivamente con otros de su sexo que desarrollan intereses propios del género, se recompensan entre sí por conductas acordes al género y se castigan por las inapropiadas. Considera asimismo que las sanciones sociales frecuentemente dependen de cuanto la conducta se adecue a las expectativas asociadas al género y que en gran parte se debe a ello el que los niños aprendan a usar muy pronto la información referida a la tipificación sexual como guía predictiva de los resultados de

sus actos. Por otra parte, señala la coincidencia de un grupo de trabajos que concluyen que los niños, desde corta edad, parecen más coaccionados que las niñas a guiar sus actos en función del estereotipo sexual. Se refiere también a que los padres han sido detectados como socializadores más estereotipados que las madres y que los maestros, que frecuentemente se constituyen en severos críticos de las conductas infantiles no cónsonas con lo socialmente atribuido al género.

Desde otra posición teórica, Tripp (1978), quien se interesa particularmente por las formas de vinculación masculina, considera que a los cinco años de edad los varones normalmente tienen ideas muy claras acerca de lo considerado apropiado o no para su sexo y controlan su comportamiento en función de ello. Se refiere además a la enorme carga afectiva que representa para los niños la atención a las diferencias entre los géneros. Esto los conduciría a un gran esfuerzo personal de modelamiento de su ego en tal sentido; lo cual es determinante de la tendencia a una intensa afiliación con otros muchachos que a su vez retroalimenta el requerimiento de adecuación al estereotipo masculino.

Una modalidad relacional que aparece marcadamente asociada al género masculino desde muy temprana edad se refiere al comportamiento agresivo. Con un modelo neosociacionista, Leonard Berkowitz (1996), a quien se debe una importante contribución relativa al estudio de los fenómenos agresivos, se ha interesado por los factores que inciden en la agresión masculina. Se trata éste de un problema que se manifiesta en forma cualitativamente diferente y cuantitativamente superior que el de la femenina, sin que hasta el momento se haya logrado explicar tal diferencia desde las investigaciones sociobiológicas ni las que han focalizado la acción de las hormonas y de los neurotransmisores. Entre sus conclusiones al respecto señala la presencia de muchas actitudes socializadoras a partir de las cuales los padres recompensan directa o indirectamente, a través del incentivo o el refuerzo, estas expresiones conductuales en el hijo. Por otra parte, considera relevante en el mismo sentido la influencia ejercida por los compañeros. Particularmente durante la adolescencia, el modelado y la recompensa implícita en la aprobación del grupo de pares pueden constituirse en inductores o facilitadores de la agresión.

También se refiere Berkowitz, entre los factores que propiciarían en los niños y adolescentes el desarrollo de este tipo de comportamiento, a déficits autovalorativos frecuentemente resultantes de la crianza dentro de grupos familiares autoritarios o hiperindulgentes. Asigna asimismo gran importancia etiológica al modelado por parte

Irene García de Keltai

del hijo de las expresiones agresivas paternas y al estrés asociado a la percepción de las mismas, principalmente cuando dicha conducta se manifiesta como maltrato hacia el primero y/o cuando éste la observa en el trato hacia la madre.

Cabe aquí destacar las opiniones de Jorge Corsi (1999) y Graciela B. Ferreira (1999), quienes, entre otros estudiosos de la violencia familiar, encuentran en la ontogénesis de las situaciones de violencia doméstica y maltrato infantil el modelamiento de estas conductas en las familias de origen durante la infancia de los adultos involucrados. En relación a ello se señalan dos modalidades principales de comportamiento aprendido: una de ellas es la del ejercicio violento de la función parental o de la conyugalidad, asumido frecuentemente en la adultez por el hijo varón socializado en un contexto de tales características. La otra es la parálisis frente a la agresión del otro, como expresión de lo que ha sido llamado el “síndrome de indefensión aprendida”, que se encuentra comúnmente en las mujeres que, habiendo sido durante la niñez objeto de abuso o habiendo presenciado acciones violentas del padre hacia la madre, son posteriormente maltratadas por sus esposos o compañeros.

Sin embargo, no son sólo los actos de abuso en sí los que marcan la tendencia de los sucesos de violencia doméstica y/o maltrato infantil a producirse transgeneracionalmente. Los mismos se reconocen hoy en día como habitualmente contextualizados por un conjunto de características inherentes a la estructura y la dinámica familiar que aparecen con regularidad significativa en los grupos afectados por el problema. En general, se ha detectado como proclive a la presentación de los mismos el modelo familiar autoritario, de estructura vertical y rígida, en el cual el poder se concentra en la figura paterna y los roles familiares se adhieren estrictamente a los estereotipos de género. Familias en las cuales es la obediencia a la autoridad la norma fundamental y donde el conflicto, definido por la desobediencia e interpretado como irrespeto, tiende a resolverse por medio de métodos violentos. En otras palabras, la familia occidental tradicional, cuyas características organizativas y funcionales en alguna medida definieron el entorno de la socialización de cada individuo de nuestra cultura a través de siglos.

Como se señaló anteriormente, a la intervención de la literatura y los medios audiovisuales en los procesos de socialización de ambos géneros le es prestada hoy en día particular atención. Los cuentos infantiles de todos los tiempos, accesibles al niño a través de la narración oral desde mucho antes de su aprendizaje de la lectura, han sido eficientísimos difusores de los mitos, prejuicios y creencias que naturalizan las representaciones tipificadas de las mujeres, los hombres y la pareja

heterosexual. No es necesario un gran esfuerzo de análisis para comprender cuánto han contribuido y desde cuán temprano en lo referente a influir las subjetividades de muchas generaciones consecutivas en el sentido de aquellos ideales sociales que han orientado las personalidades individuales hacia una adhesión a los estereotipos de género. Asimismo, hacia la constitución de un vínculo de pareja fundamentado en la complementariedad y en estos términos percibido como requisito indispensable al objetivo del bienestar individual y, sobre todo, como posibilidad única e insustituible de la realización femenina. Basta recordar la misma trama, bajo distintos nombres tantas veces repetida. Ella: virginal, linda, frágil, indefensa, de alguna manera cautiva, princesa venida a menos o doncella pobre en riquezas materiales pero colmada de virtudes, experimentará innumerables y terribles penurias mientras espera que él llegue a salvarla. Él: príncipe, rico, valiente, hábil y astuto, sorteará toda clase de peligros y vencerá a poderosos adversarios hasta rescatarla, casarse con ella, hacerla reina y otorgarle la dicha eterna. En este punto, el final habitual de las historias aporta reiterativamente dos certezas. La primera de ellas atribuye a la constitución de la pareja heterosexual el carácter de objetivo esencial, insustituible e irreversible, en la búsqueda individual de la felicidad. La segunda fundamenta la consecución de esta meta en la satisfacción de la dicotomía tradicional que polariza los constructos “hombre” y “mujer” en función de la oposición de rasgos personales tales como, respectivamente, actividad-pasividad, fortaleza-debilidad, dominio-sumisión, etc.

John Nicholson se ha referido tanto a los libros infantiles como a los programas de televisión al opinar que tradicionalmente han ofrecido imágenes tipificadas de ambos géneros y que continúan haciéndolo en una medida mucho mayor de lo que es el comportamiento real actual de los hombres y las mujeres. Señala también que a la misma conclusión han llegado los estudios sobre la publicidad televisada. Por otra parte Bandura, quien dedica atención especial a los modelos simbólicos aportados por los medios audiovisuales, destaca la importancia de los mismos como poseedores de un alto poder multiplicador del modelado, por cuanto tienen acceso a todos los sectores de la población y mantienen un amplio margen de audiencia.

Graciela B. Ferreira, estudiosa de las situaciones que inciden en la problemática de la mujer maltratada, ha tratado extensamente al papel de los cuentos infantiles como una influencia temprana en el camino de la feminidad que fertiliza el terreno de las personalidades individuales en el sentido de orientar valores y expectativas hacia la formación de identidades de género estereotipadas y hacia la constitución de parejas fundamentadas en la complementariedad tradicional de los roles.

Irene García de Keltai

Por otra parte, es importante recordar que entre los rasgos genéricos estereotipados más enfatizados en los contenidos audiovisuales se encuentra el comportamiento agresivo como característica atribuida fundamentalmente a la masculinidad. El cine y la televisión han explotado incansablemente, y continúan haciéndolo, la figura del guerrero-justiciero que legitima la agresión masculina en función de la defensa de normas y valores sociales, elevándola así a una condición de “hombría de bien”. Además, el paradigma del combate de la violencia a partir de la violencia, asigna implícitamente a esta conducta un carácter de indispensabilidad en la vía hacia la resolución de muchos conflictos y en la defensa de los derechos humanos y de la estabilidad social.

Los medios audiovisuales no sólo cumplen la función mencionada de difusión y énfasis de las concepciones tipificadas respecto a los géneros en relación al público infantil. Aunque hay que asignar a su influencia mayor relevancia durante las etapas más tempranas de la construcción del género, basta recordar el éxito de las telenovelas y de las películas y series televisivas dirigidas a los adultos para reconocer el cumplimiento de un papel similar durante períodos posteriores de la vida. Sobre todo teniendo en cuenta que, desde el momento en que hemos entendido que el ser hombre o el ser mujer depende del significado y no de la sexualidad biológica, comprendemos asimismo que este proceso de construcción acompaña al individuo hasta el final de sus días.

En función de este proceso constructivo, posteriormente a la socialización que ocurre fundamentalmente en la infancia y dentro del núcleo familiar, la progresiva incursión directa e indirecta de la persona en espacios sociales externos a ese ámbito debería representar una ampliación de las oportunidades de contraste, verificación y/o modificación de las propias nociones en relación a los géneros. Sin embargo, la familia de extensión, los amigos, vecinos y compañeros de estudios y trabajo, además de la presencia mediática ya mencionada, constituyen factores de influencia cercana y continua cuyas creencias, bien sea expresadas a través de comportamientos, actitudes o juicios de valor, han tendido regularmente a confirmar las concepciones tipificadas acerca de los hombres, las mujeres y los roles familiares. En el mismo sentido, el sexismo en los criterios y las prácticas de todas las instituciones y en todos los tiempos, aun en los de hoy, ha constituido tema de particular interés para los actuales estudios de género y algunas de sus manifestaciones objeto de específica denuncia desde los primeros movimientos mundiales en pro de los derechos de la mujer. Pese a las reformas legales internacionales y regionales que en los últimos años han atendido a estos reclamos y al desmentido a los conceptos y actitudes segregacionistas que deriva de la incorporación

de la mujer, masiva y exitosa, a los espacios académicos y laborales, el arraigo de las viejas creencias todavía se hace sentir, manifestándose frecuentemente en barreras que sutil o abiertamente se interponen al avance de la misma.

Como es reconocido por un gran número de estudiosos de la violencia doméstica, tal vez la evidencia más dramática de esa complicidad sociocultural que a todas luces ha tendido a mantener invariable la antigua jerarquía entre los géneros, es la que a través de los años ha experimentado la mujer víctima de la primera situación. Desde los consejos de los allegados y extraños, que han comúnmente obviado el sufrimiento de aquella y recurrido a un “deber ser” asociado a la conyugalidad y a la maternidad, hasta la incompreensión, el descrédito y las prácticas desconsideradas ejercidas por funcionarios y profesionales eventualmente involucrados, tales como el policía, el juez, el médico forense, etc., las acciones de los diversos actores sociales mucho más que brindar apoyo y protección han contribuido en forma importante a la perpetuación e inclusive al agravamiento del problema. Se produce entonces el fenómeno denominado como la “segunda victimización”, reconocido como consecuente al tratamiento institucional de algunas víctimas.

Más allá de lo estrictamente referido a la conyugalidad abiertamente violenta, a partir del enfoque de los problemas del género con una perspectiva sociocultural e histórica y de la comprensión del componente fundamental de enajenación de la identidad femenina subyacente a la relación hombre-mujer en la cultura, surge desde el campo de la psicología dinámica el concepto de “violencia invisible”. Este término alude a múltiples y diversas modalidades detectadas de vinculación abusiva en el trato hacia la mujer, presentes tanto dentro como fuera de la conyugalidad y en muchas prácticas institucionales. Se caracterizan por ser mucho más difícilmente perceptibles que las modalidades de violencia abierta en cualquiera de las categorías identificadas y por encontrarse frecuentemente instauradas por la costumbre y el tiempo en las relaciones cotidianas. La generalización de esta modalidad relacional intrínsecamente violenta ha conducido a señalar el aspecto “constitucionalmente violento” de la conyugalidad y las relaciones intergenéricas en general. Entre las manifestaciones comunes de esta violencia invisible, Eva Giberti (1992) se refiere ampliamente a diversas prácticas ejercidas tradicionalmente por profesionales de la institución de salud que, como desde esta perspectiva es hoy posible entender, a partir del prejuicio asociado a la estereotipia han derivado en acciones clínicas arbitrarias y muchas veces erróneas, con consecuencias de distinto grado de gravedad para la salud física y mental femenina. Pero también la

Irene García de Keltai

denominación es atinente a un conjunto de modalidades de actuación procedentes de otros contextos institucionales, tales como el educativo, el laboral, el jurídico, etc. En el mismo sentido se hace referencia a diversas situaciones comunes a la funcionalidad de un gran número de parejas que, aunque de manera inadvertida para la mayoría, traducen la desigualdad. Un ejemplo de estas últimas, se encuentra en la distribución de las decisiones económicas y el manejo del dinero entre los miembros de la misma.

Cabe aquí también hacer mención de los trabajos que, procedentes de la misma corriente psicológica, han detectado el riesgo de deterioro de la salud mental de la mujer asociado a la construcción subjetiva del género que es retroalimentada por el ejercicio de los roles femeninos tradicionales, a saber: el conyugal, el maternal y el doméstico. La contradicción entre rol de género y salud es comentada por Mabel Burín (1999), acudiendo a estudios propios y de otros autores como Winnicott (1972), Gove y Tudor (1979) y C. Sáez Buenaventura (1979). En general, el ejercicio de estos roles ha implicado para la mujer: en primer lugar, una postergación masiva de sus necesidades de diverso tipo e intereses propios en función de la atención a las necesidades y los intereses del resto del grupo familiar; en segundo lugar, una exigencia de dedicación abnegada y total a unas funciones no simbolizadas como "verdadero trabajo", no remuneradas y sin proyección de futuro. Ha sido señalada, por ejemplo, la alta probabilidad de insatisfacción conyugal que encuentra la mujer en la pareja tradicional, por cuanto realiza una entrega "maternizada" en la relación conyugal y difícilmente obtiene compensación afectiva por parte de un hombre cuya socialización de género ha limitado seriamente su capacidad de involucrarse en la relación de intimidad. Se ha descrito asimismo el "síndrome depresivo de las amas de casa", caracterizado por la presencia de tristeza, abatimiento, desvalorización, desesperación persistente, culpa, desamparo, ansiedad, llanto, ideas suicidas, pérdida de interés por lo cotidiano, trastornos del hambre y del sueño y, eventualmente, trastornos psicósomáticos. También el "síndrome del nido vacío", referente a una sintomatología de angustia y depresión consecuente a la independencia y separación de unos hijos en función de los cuales se abandonó cualquier interés personal. En otro sentido, se ha hecho referencia a un "techo de cristal", concerniente a las limitaciones que se imponen al avance de la mujer en los ámbitos extrahogareños a partir tanto de las interferencias externas, sexistas, como de las propias, subjetivas, entre las cuales se destacan los sentimientos de culpa en relación a lo que siente como insuficiente dedicación a los roles culturalmente establecidos.

La construcción del género en el contexto comunicacional de la cultura total.

Aportes desde las posiciones sistémico-constructivistas

Para el “alternativismo constructivista”, del cual es Kelly el primer exponente en Psicología a través de su formulación del Sistema de Constructos Individuales, una actividad de continua replicación y validación de las creencias individuales implicaría un importante grado de libertad en cuanto a la construcción personal de la realidad. No obstante, con este concepto se muestra un importante desacuerdo desde las posiciones sistémico-constructivistas, tales como la de R. Dallos (1996), quien se centra en la interacción de los constructos individuales con los familiares, los sociales y la ideología más general de la cultura, lo cual incluye la consideración de interdependencia entre estos consecutivos sistemas y, en consecuencia, una presión considerable y constante ejercida en muchas ocasiones desde los últimos hacia los primeros.

Desde la Psicología de los Sistemas de Constructos Familiares se explican estos múltiples niveles de interdependencia y a través de sus formulaciones se facilita la comprensión de los procesos comunicacionales que han promovido tradicionalmente las construcciones individuales y compartidas de los géneros. Es decir, el cómo los mitos de la cultura, certezas acerca de los hombres y las mujeres firmemente instauradas en la subjetividad colectiva con carácter dogmático, se revelan en muchos de los conceptos y las prácticas sociales que definen y norman la vida de las personas de ambos géneros y en las creencias individuales de estos últimos y las de sus familiares.

De acuerdo a Dallos, teórico de la Psicología de los Sistemas de Constructos Familiares, los constructos sociales que expresan la interacción con las ideas más generales de la cultura, se encuentran a su vez en interacción permanente con los sistemas de constructos familiares, cuya dinámica interactiva regula y a la vez es regulada por las construcciones de cada uno de los miembros. Algunos teóricos de esta orientación han prestado especial atención a las limitaciones de la libertad que se imponen a las construcciones individuales desde los constructos familiares y/o sociales. También a las coaliciones que eventualmente se establecen entre los constructos de un miembro del grupo familiar y determinadas construcciones sociales, con una finalidad de control en la interacción con otros miembros del grupo. Por otra parte, la interacción que implica a ámbitos sociales consecutivamente más amplios en las construcciones personales atañe también a la dimensión histórica, es decir, a los niveles de interdependencia

Irene García de Keltai

que derivan de la interacción con creencias que han estado presentes en las historias personales de cada miembro de la pareja y la familia, en la historia del grupo y en la historia de la sociedad y la cultura. De todo lo anterior derivaría una gran cantidad de metaperspectivas desde las cuales se definen los metaconstructos con los que cada interactuante se significa a sí mismo, a los otros y a las relaciones. La gran importancia de estos conceptos radica en que estas metaperspectivas y metaconstructos exponen los múltiples niveles de interacción que se involucran en las construcciones individuales y, por ende, el conjunto de posibilidades que pueden definir el acto comunicacional.

Las metaperspectivas y los metaconstructos individuales y compartidos traducen en gran medida, por lo tanto, expectativas sociales. Conjuntamente a otros conceptos tales como el de la "jerarquía de significados" constituyen, en cuanto al problema que aquí se trata, un conjunto de elementos teóricos referenciales de singular utilidad a la explicación de la comunicación de los significados asociados al género. Sólo por citar uno entre la multiplicidad de ejemplos posibles, cabe suponer su operatividad en relación a las creencias y prejuicios parentales con respecto a la masculinidad y la feminidad durante la socialización del género de los hijos. También han recurrido frecuentemente a ellos algunos de los autores que han estudiado la comunicación de las parejas.

La investigación que ha incorporado a los conceptos sistémicos fundamentales otros de la Psicología Cognitiva en un enfoque psicosocial de la comunicación se ha dirigido en gran parte al estudio de la comunicación no verbal y su función reguladora social. Una alta proporción de estos trabajos ha explorado la relación entre las variables comunicación y género. Entre los muchos y muy diversos hallazgos se encuentran aquéllos que señalan la transmisión y percepción del poder y el estatus, en los hombres, y la sumisión y la implicación de intimidad, en las mujeres, como componentes dominantes en dicho nivel expresivo. Estos resultados, así como la mayor parte de otras diferencias detectadas en relación a este aspecto, han sido adjudicadas a los procesos de socialización del género en las conclusiones de los investigadores. Entre quienes se han ocupado del tema cabe aquí mencionar el trabajo de J.C. Pearson, Lynn H. Turner y W. Todd Mancillas (1993), que compilan los resultados de un importante grupo de estudios que comparan comportamientos de los hombres y las mujeres en cuanto a diversas categorías de la comunicación no verbal. También han analizado la comunicación en los contextos íntimos, enfocando los vínculos de amistad, prenoviazgo, noviazgo y matrimonio.

Aaron Beck (1990), teórico y terapeuta cognitivo, se refiere a una importante disimilitud detectada en el estilo coloquial de los hombres y las mujeres, la cual a su vez implicaría diferencias en cuanto a las expectativas mutuas durante la comunicación entre ellos. En sus estudios sobre la comunicación de las parejas se refiere a que la incongruencia entre tales expectativas tiende a agudizarse en la medida en que se alarga el tiempo de convivencia y asigna gran importancia a la influencia de las claves no verbales en la comunicación familiar y particularmente de las parejas. Estas señales analógicas que proporcionan la mayor información acerca de la relación dependerían del propio sistema de códigos el cual, aunque es en alguna medida compartido con otros, refleja las particulares expectativas, creencias y temores del individuo en relación a sí mismo y al mundo que le rodea. Aunque comúnmente la precisión o distorsión presentes al interpretar al otro diferenciaría la comunicación sana de la patológica, señala que aun en personas muy capaces de comunicarse eficazmente en la vida extrahogareña, se encuentra una alta susceptibilidad a significar erróneamente las señales de la pareja. Este sería un riesgo concerniente al matrimonio más que a cualquier otro vínculo íntimo, conducente a frecuentes malentendidos.

Entre los factores que dentro de la pareja incrementarían la tendencia a interpretar erróneamente los mensajes destaca el último autor la importancia del valor simbólico, en el sentido de la compensación de las propias expectativas, atribuido por cada miembro a algunas de las señales del otro. Estos elementos simbólicos pueden ser personales o compartidos culturalmente en forma más o menos amplia. Las reacciones desproporcionadas que frecuentemente surgen a partir de las interpretaciones mencionadas pueden entenderse desde la distorsión cognitiva que fundamenta la asignación del valor simbólico. A su vez esta distorsión cognitiva se asociaría a una convicción básica, representativa del rango más elevado de la jerarquía individual de significados y, en un plano menos accesible a la conciencia, a un "pensamiento amenaza" estrechamente vinculado a un miedo oculto, el cual entrañaría la verdadera clave para la comprensión de dichas reacciones. Estos miedos no expresos se relacionarían con dolorosas experiencias íntimas que pueden resumirse en dudas acerca de la suficiencia del afecto y de otras condiciones propias y del cónyuge, provenientes tanto de autopercepciones y percepciones del otro como de expectativas asociadas a creencias transmitidas a partir de los modelos familiares y otras fuentes de la cultura.

La incorporación de formulaciones tales como las de metaperspectivas, metaconstructos, elementos simbólicos y jerarquía de significados aporta también

Irene García de Keltai

un importante recurso de aproximación a la comprensión de los constructos que se involucran en la modalidad relacional representada por la violencia doméstica. En lo que concierne específicamente a las díadas conyugales que protagonizan tales situaciones contribuyen a aclarar, entre otros aspectos, la lógica implícita a las distorsiones cognitivas que se han apreciado frecuentemente en las mutuas percepciones del hombre agresor y la mujer víctima y que son frecuentemente mediadoras en la generación del acto agresivo. A partir de tales distorsiones se manifiesta desde cada uno de ellos la tendencia a la interpretación del comportamiento del otro en función de la atribución de un valor simbólico que delata subjetividades profundamente influenciadas por las concepciones estereotipadas acerca de los géneros. Ocurre así por ejemplo con la convicción que muchas veces aparece en estos hombres acerca de su derecho a controlar a su capricho diversos aspectos de la vida de su esposa o compañera. Igualmente con la justificación de sus propios actos a partir de la interpretación de irrespeto y/o de “provocación” que tienden a asignar a conductas de ésta que impliquen desacato a su autoridad o que ellos signifiquen como tales por cuanto constituyan manifestaciones autónomas. En las mujeres victimizadas, por otra parte, se encuentra habitualmente una interpretación del propio comportamiento que desplaza la responsabilidad de la agresión hacia ellas mismas, a partir de un criterio de insuficiencia para la satisfacción del “deber ser” femenino. También una adjudicación de motivaciones derivadas del amor y la preocupación a los comportamientos posesivos y controladores del cónyuge.

En relación a los aspectos de la subjetividad femenina que pueden determinar un terreno propicio a la coacción, la investigación de la violencia conyugal ha encontrado en la mujer maltratada importantes manifestaciones de una dependencia del cónyuge que se extiende más allá de la frecuente subordinación en lo económico. En general tiene que ver con una valoración de sí misma que, involucrando significativamente a lo afectivo, se define desde las atribuciones que tradicionalmente han condicionado la realización femenina al estatus conyugal y al rol materno, así como también las creencias que apriorísticamente la responsabilizan del éxito del matrimonio y connotan el rompimiento del vínculo como prueba de su incapacidad y fracaso. Estos constructos individuales y compartidos, en relación con los aspectos objetivos de la dependencia, no sólo suscitarían temores asociados a la expectativa de supervivencia y valoración social. También ejercerían presión en el sentido de orientar o interferir la propia percepción acerca de la situación de maltrato, disminuyendo por ende la posibilidad de acceder a construcciones alternativas. Vale aquí acudir a Watzlawick, Beavin y Jackson (1974), quienes al referirse a las distorsiones comunicacionales que surgen a partir del desacuerdo

entre los aspectos de contenido y los relacionales asignan particular importancia a aquellas situaciones en las cuales, en función de la preservación de una relación vital con otro, una persona se ve obligada a dudar de su propia percepción en el nivel del contenido. María Cristina Ravazzola (1987) se refiere al fenómeno que dentro de los sistemas autoritarios se manifiesta como un enmascaramiento de la conciencia de los sujetos acerca de los aspectos restrictivos de dichas interacciones.

Gran parte de los conceptos originales del paradigma sistémico ha sido objeto de reformulaciones a partir de la incorporación de la perspectiva psicosocial. Algunos de ellos han sido relativizados o se encuentran abiertamente cuestionados por parte de teóricos de la violencia familiar, que discuten su aplicabilidad en el caso de los grupos familiares autoritarios caracterizados por el ejercicio estereotipado de los roles de género. Entre estas críticas se encuentran las hechas al principio de “causalidad recíproca” y a la consideración de la metacomplementaridad, que implica metaaceptación o acuerdo tácito, en las relaciones de complementaridad rígida que se observan en este tipo de familias. Se considera que en los sistemas autoritarios y violentos la complementaridad rígida se establece y se mantiene en función de un componente de coacción que trasciende la mera relación de pareja. Desde esta perspectiva se cuestiona asimismo la posibilidad de considerar el conflicto, el cual supone el choque de construcciones opuestas de los interactuantes, como fenómeno interactivo precursor del acto violento en estos sistemas.

A partir de las formulaciones de la Psicología de los Constructos Familiares y de los hallazgos en el área de los estudios de la violencia familiar puede inferirse que en los grupos tradicionales, detectados como susceptibles a la presentación de estos últimos sucesos, las concepciones estereotipadas definen la finitud del conjunto de constructos familiares. Este último, además de representar la inequidad de la jerarquía que discrimina los derechos individuales en función del género y la edad, mantiene una condición de impermeabilidad que le hace difícilmente accesible a la sustitución o modificación de los constructos a partir del contraste con la experiencia. La posibilidad de expresión de la experiencia individual, que en otros sistemas coexistiría con la de elección de otra creencia compartida o la iniciativa de incorporación de un nuevo constructo, encontraría en principio negada esta última alternativa desde las propias concepciones de los miembros. Pero en caso de manifestarse la disidencia, bien en el plano interactivo o en el cognitivo individual, tendería rápidamente a ser reprimida desde el comportamiento objetivo de la figura de poder o desde su representación

Irene García de Keltai

simbólica, resumiendo este aspecto la operatividad de la homeostasis en este tipo de familias. Tratándose además de que en estos últimos lo fundamental es la constatación de la autoridad y ésta aparece garantizada por el ejercicio coactivo, cualquier otro dato empírico emergente de la interacción, como podría serlo el sufrimiento individual derivado de la misma, no adquiriría relevancia como indicador de ineficacia de los constructos.

La idoneidad del modelo familiar autoritario, considerada desde el punto de vista de su coherencia con el entorno sociocultural, salta a la vista desde la incorporación del concepto de metaperspectivas, facilitando éste la visualización de la multiplicidad de vertientes a partir de las cuales los constructos sociales y culturales confirman la adecuación del primero.

La complementariedad propia de estos sistemas familiares se definiría desde la etapa más temprana de la formación de la pareja, durante la cual se resaltan las diferencias asociadas a las concepciones tipificadas sobre los géneros mucho más que la armonía de las individualidades. Todo ello en estrecha concordancia con las concepciones derivadas del mito del amor romántico, ampliamente difundidas y firmemente inculcadas en los protagonistas desde su más tierna infancia. Esta complementariedad tradicional aparecería asociada a dos metaconstructos: el egocentrismo y el altercentrismo, fundamentalmente asociados a las expectativas sociales dirigidas a las personas de sexo masculino y femenino, respectivamente. De un “verdadero hombre” se esperan comportamientos individualistas, competitivos y dominantes. De una mujer íntegra, la abnegación que implica el olvido de sí misma en función de la compensación de diversos órdenes de necesidad en el esposo e hijos.

Síntesis, conclusiones y reflexión final

Las últimas décadas del siglo XX y el inicio del XXI han constituido el escenario de importantes transformaciones atinentes a la incorporación masiva de la mujer a ámbitos sociales en los que anteriormente su participación fue limitada y a la concientización de gran parte de la población occidental en cuanto a la inequidad que tradicionalmente la había privado de tales oportunidades y había también vulnerado sus derechos en relación a muchos otros aspectos. Mientras tanto, las ciencias del hombre, que no habían sido ajenas a la influencia de aquellas nociones tipificadas acerca de los géneros que naturalizaban la desigualdad entre los mismos a partir de atribuciones arbitrariamente asociadas a las diferencias en la sexualidad biológica, abordan las

actividades de investigación y elaboración teórica desde una nueva posición crítica frente al tema. El resultado general de lo que ha sido esta labor parece poder resumirse en una fundamental afirmación: el género no depende del sexo biológico sino de los significados asignados.

En el contexto de los estudios de género surge la identificación de los estereotipos de género, y de la organización familiar en ellos fundamentada, como recursos al servicio de la preservación de una estructura de poder social cuyo primer fundamento es una jerarquización de la humanidad que privilegia al hombre y le asigna una posición de dominio en relación a la mujer. A la luz de esta comprensión, situaciones como la de la violencia conyugal empiezan asimismo a ser interpretadas más como emergentes de la circunstancia global del género en la cultura que como casos aislados de disfuncionalidad en la pareja.

En el campo de la Psicología, los aportes que de distinta procedencia han acudido directamente a explicar los fenómenos del género o contribuido a ello a partir de sus formulaciones, coinciden en una perspectiva psicosocial de los mismos y en la relevancia asignada a la actividad simbólica individual como responsable de la realidad que compete a la conducta. Desde diversas posiciones se reconoce a esta actividad representativa como constructora de la realidad.

Quienes entienden actualmente al género como construcción, o quienes sin emplear este último término reconocen igualmente la individualidad y la capacidad transformadora y creadora de la actividad simbólica en el proceso de asignar significados al ser hombre o al ser mujer, extienden el curso de este último a lo largo de todo el ciclo vital. Sin embargo, se coincide en la primordialidad asignada a la socialización temprana del género que depende fundamentalmente de las experiencias y de los modelos accesibles dentro del entorno familiar. El conjunto expuesto en este trabajo de contribuciones procedentes tanto de representantes del psicoanálisis como del campo cognitivo conductual, aporta una visión general acerca de la multiplicidad de vertientes a partir de las cuales dicho ámbito ha promovido comúnmente la orientación de las construcciones de género de los hijos en el sentido señalado por los estereotipos. También acerca de cómo algunas actitudes socializadoras dirigidas al hijo varón se detectan hoy como inductoras del comportamiento agresivo en el mismo. Por otra parte, se señala desde diversas fuentes la tendencia a la reproducción durante la adultez de los comportamientos violentos de los que el niño ha sido víctima por parte del padre o de los que ha presenciado como agresión de éste hacia la madre.

Irene García de Keltai

En el mismo sentido, los investigadores de la violencia familiar han detectado en la ontogénesis de estas situaciones el modelamiento de las mismas en las familias de origen, durante la infancia de los adultos involucrados. Se señala asimismo la mayor susceptibilidad a la presentación de este tipo de sucesos en las familias de corte autoritario, caracterizadas por un apego bastante estricto al ejercicio estereotipado de los roles de género.

En su carácter de construcción y escenario sociocultural, la familia continúa desempeñando un importante papel como contexto de las construcciones de género en etapas posteriores de la vida. Para los miembros adultos el propio desempeño de los roles familiares representa en gran parte ese contexto, expresando además los mismos las expectativas sociales en cuanto al rol. Un importante grupo de conclusiones de investigadores y teóricos del campo de la Psicología Dinámica señala el riesgo representado por las construcciones de género enmarcadas en el ejercicio de los roles tradicionales femeninos a la salud mental de la mujer. En relación a ello se describen síndromes de tipo depresivo y la tendencia a la presentación de trastornos psicossomáticos en asociación con la desvalorización propia consecuenta a tal desempeño, exigente de una masiva postergación del yo en función del bienestar de los otros en la familia y sin implicación de compensaciones remunerativas o de prestigio personal.

Las expectativas sociales con respecto a los géneros y sus roles familiares se han manifestado también, claramente orientados en el sentido de la inequidad tradicional asociada a la estereotipia, en cada ámbito de participación social extrafamiliar directa o indirectamente accesible a las personas de ambos sexos a lo largo de su vida. Esto se ha evidenciado largamente, y continúa presentándose aunque en forma encubierta, a través de las limitaciones impuestas a la mujer para la incorporación a muchos de ellos y/o en el trato discriminatorio del cual ésta ha sido objeto cuando este ingreso se ha producido. En relación a la mujer víctima de violencia conyugal, el fenómeno de la “segunda victimización” se ha detectado como consecuencia de la tipificación que se traduce tanto en criterios, actitudes y acciones de los grupos allegados de parientes, vecinos y amigos como en muchas de las prácticas de cada institución social de alguna manera involucrada en el tratamiento de los casos. Desde el abordaje psicoanalítico del tema ha sido descrita la “violencia invisible”, referente a un alto número de situaciones presentes en el trato hacia la mujer, tanto dentro de la relación conyugal como de parte de diversas instituciones, que sin exhibir una apariencia violenta han regularmente entrañado un componente de enajenación del derecho decisorio de la misma sobre diversos aspectos de su vida. La comprensión del sustrato ideológico subyacente a éstas

y a otras situaciones del género ha conducido a algunos de estos autores ha hablar de un componente “constitucionalmente violento” de la conyugalidad y las relaciones intergeneracionales en general.

La corriente sistémico-constructivista resalta la intervención del lenguaje y la mediación de los procesos cognitivos en el suceso interactivo. La adopción de la perspectiva ecosistémica por parte de proposiciones como la de la Psicología de los Constructos Familiares ofrece importantes aportes a la explicación del fenómeno psicosocial en el contexto comunicacional de la sociedad y la cultura. Desde esta orientación se cuestiona la libertad de las construcciones individuales supuesta por el alternativismo constructivista, considerándose que en muchos casos la misma se ve limitada a partir de la presión derivada de los múltiples niveles de interacción de los constructos individuales con los familiares, los sociales y los culturales. Estos niveles de interacción se encuentran representados en las metaperspectivas y los metaconstructos a partir de los cuales cada interactuante se interpreta a sí mismo, al otro y a la relación.

Conceptos como los de metaperspectivas, metaconstructos, jerarquía de significados y otras formulaciones provenientes del mismo campo teórico, ofrecen una singular vía de acceso a la comprensión de la orientación temprana de las construcciones de género en el sentido tradicional. También a la del arraigo, la extensión y la vigencia mantenida, tanto en las subjetividades individuales como en la colectiva, de las concepciones estereotipadas acerca de los géneros. Asimismo, a la particular lógica implícita en aquellas distorsiones cognitivas descritas tanto en los hombres como en las mujeres protagonistas de sucesos de violencia conyugal.

A partir de la incorporación de la perspectiva psicosocial a los postulados sistémicos iniciales, muchos de éstos han sido reformulados. Algunas de estas transformaciones surgen a partir de los cuestionamientos procedentes de los estudios de la violencia familiar. Entre los mismos se encuentran los interpuestos al principio de causalidad recíproca y a la consideración de metacomplementaridad, que implica acuerdo tácito en las relaciones de complementaridad rígida que se observan en los sistemas autoritarios muy apegados al modelo tradicional.

De la revisión realizada en este trabajo se desprende que las consecuencias objetivas y subjetivas que han derivado de la construcción sociocultural tradicional del género para los individuos occidentales de ambos sexos han sido muchas y en su mayor parte han afectado al grupo femenino de la sociedad, inferiorizado en función de los

Irene García de Keltai

constructos que fundamentalmente la orientaron. A partir de estos últimos también se determinaron condiciones en esencia desfavorables a la vinculación entre los dos géneros y a la posibilidad de integración armónica, en las construcciones individuales y las sociales, de lo femenino y lo masculino como conjuntos de creencias comunes a la humanidad que son y no como orientaciones divergentes a la existencia de los hombres y las mujeres. Por otra parte, si bien el grupo masculino de la población ha sido privilegiado dentro de la organización social establecida a partir de dicha construcción, tal condición ha simultáneamente exigido el sacrificio de gran parte de la riqueza de sus recursos potenciales para obtener y proporcionar bienestar a partir de la vinculación interpersonal. Como instrumento primero al servicio de la estructura de poder cultural, el hombre ha sido sometido a una socialización de género que ha enfatizado métodos coactivos que han reprimido y desvirtuado sus necesidades afectivas más profundas e interferido su acceso desprejuiciado a las relaciones íntimas, promoviéndose en cambio en él el individualismo y la tendencia a la manifestación agresiva, demostrativa y consecutiva de dominio.

Las consideración que surge de algunas opiniones antes mencionadas y que hace referencia a un componente violento constitutivo de la conyugalidad y de las relaciones intergenéricas occidentales en general, plantea un desafío a la reflexión. Si bien dicha conclusión se nos presenta perfectamente articulada a la evidencia aún presente de una modalidad de vinculación fundamentada desde la Antigüedad en la enajenación de la identidad de la mujer, su sexualidad y su participación en su propia historia y en la de la humanidad, resulta difícil afirmar que todas las relaciones conyugales son factual o potencialmente violentas. Un criterio totalizador como éste nos ubicaría en una posición de desesperanza y en la que asumiríamos los riesgos propios del determinismo biológico o de cualquier tipo de fundamentalismo, sólo que en este caso nuestros puntos ciegos se encontrarían referidos a la percepción de la conyugalidad armónica y equilibrada, que de hecho existe y seguramente ha de haber existido en cualquier período histórico. Sin embargo, a la luz de los nuevos conocimientos es imposible negar que la pareja heterosexual ha constituido y constituye en nuestra cultura un núcleo relacional proclive a la presentación del abuso de poder, que es un factor central del fenómeno violento.

Entonces, ¿podemos o no decir que es esencialmente violenta la conyugalidad en nuestra civilización? Parecería que la respuesta a esta pregunta no puede ser negativa ni afirmativa, o en todo caso podría ser ambas cosas. Pero cabe el intento de aproximación al por qué de la contradicción y como un marco capaz de albergarlo se ofrecen las

formulaciones acerca de las construcciones, individuales y compartidas y la perspectiva ecosistémica, que señala los niveles de enlace entre las primeras y las contradicciones implícitas en el complejo ideológico cultural.

Desde el avance de los estudios de género y de violencia familiar se produjo el descrédito de aquellas opiniones que enfocaron los casos de violencia conyugal como disfuncionalidad de las parejas o familias, en función de una adjudicación de patología a la relación. Contrariamente a ello, hoy se comprenden tales situaciones como exponentes de la exacerbación de una modalidad funcional representativa de la construcción sociocultural de las relaciones de los géneros. Desde este punto de vista sería válida la consideración de nuestra conyugalidad como constitucionalmente violenta.

Podría parecer entonces que la disfuncionalidad sería atribuible, desde el punto de vista de la precaria concordancia con tal construcción, a aquellas parejas bien avenidas a partir del respeto y la consideración mutuos. Pero no es así si recordamos que nuestra cultura también exalta y pondera ideales humanitarios, valores democráticos y principios de solidaridad y cooperación. Desde los postulados de la Psicología de los Constructos Familiares, es posible suponer en estas parejas la prevalencia de construcciones de género individuales y compartidas mayormente aliadas con estos aspectos ideológicos que con los que han signado las creencias tipificadas. La teoría también sugiere las dificultades que pueden interferir el curso y el éxito de estas construcciones alternativas, una vez que hemos comprendido no sólo el arraigo sino además el compromiso con la estructura de poder de las construcciones tradicionales.

Pero aun teniendo en cuenta las dificultades, la evidencia representada por estas parejas equilibradas en cuanto al ejercicio de sus derechos individuales y la compensación mutua de necesidades afectivas, apuntala la esperanza de una conyugalidad basada, para la generalidad de la población, en relaciones igualitarias y solidarias. Tal ideal se asociaría, a largo plazo, a una evolución de la cultura y las sociedades orientada a la priorización de los derechos humanos sobre los intereses del poder social. Mientras tanto y en esa dirección, el requerimiento de objetivos de más cercana consecución planteado por la extensión de situaciones como las de la violencia doméstica tendría que atender al incremento de los recursos individuales y familiares para efectuar transacciones con la estructura de poder capaces de disminuir el impacto de la misma sobre las capacidades personales para imaginar y conducir sus relaciones. Sin duda alguna ello pasa por un trabajo de sensibilización y educación en torno a los asuntos del género y los vínculos familiares a nivel de la comunidad total. Pero tal meta tampoco puede deslindarse del

Irene García de Keltai

combate a aquellas situaciones determinadas por la injusticia social que, afectando a una gran proporción de la colectividad, exacerbaban particularmente las condiciones de debilidad determinadas a partir del género y la edad y disminuyen, para todos los individuos que las padecen, la oportunidad de creer en mejores alternativas de vida y perseguirlas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bandura, A. (1984). *Teoría del Aprendizaje Social*. Madrid: Espasa-Calpe S.A.
- Beck, A. (1990). *Con el Amor no Basta*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión, Causas, Consecuencias y Control*. Biblioteca de Psicología: Bilbao: Descleé de Brower.
- Burín, M. y Meler, I. (1998). *Género y Familia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Corsi, J. (1999). *Violencia Familiar*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Dallos, R. (1996). *Sistemas de Constructos Familiares*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Ferreira, G. (1999). *La Mujer Maltratada*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Giberti, E. y Fernández, A. (1992). *La Mujer y la Violencia Invisible*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Musitu, G. (1993). *Psicología de la Comunicación Humana*. Buenos Aires: Editorial Lumen.
- Nicholson, J. (¿). *Hombres y Mujeres ¿hasta qué punto son diferentes?* Barcelona: Editorial Ariel.
- Pearson, J.; Turner, L. y Todd-Mancillas, W. (1993). *Comunicación y Género*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Ravazzola, M. (1987). *Terapia Familiar: Los estereotipos sexuales como parte del contexto social*. *Sistemas Familiares*.
- Rodrigo, M. J. y Palacios, J. (1990). *Familia y Desarrollo Humano*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Tripp, C. (1978). *La Cuestión Homosexual*. Madrid: Edaf.
- Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1974). *Teoría de la Comunicación Humana*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

CONTRIBUCIONES

CONVERSACIÓN CON EL DR. FERNANDO RÍSQUEZ

*Fernando Rísquez*¹

*Promoción de Psicólogos de 2002*²

Resumen

El Dr. Fernando Rísquez ha sido pionero en nuestro país en el proceso de desarrollo de la profesión de la psicología clínica. Tiene una enorme trayectoria como maestro de psicólogos y psiquiatras, especializándose en el tema de la psicoterapia. En las siguientes páginas se transcribe una entrevista que sus estudiantes, la promoción de psicólogos que se graduó de la Universidad Católica Andrés Bello del año 2002, le realizaron como una actividad de cierre de su carrera universitaria. En esta conversación Rísquez relata, desde su vivencia, la historia del desarrollo de la profesión en Venezuela y reflexiona sobre sus concepciones de la psicoterapia. El estilo conversacional intenta rescatar un poco de la experiencia de escuchar a quien se ha destacado siempre por ser un notable orador.

Abstract

Dr. Fernando Rísquez has been a pioneer in the development of clinical psychology as a profession in Venezuela. He has extensive experience as a teacher and trainer of psychologists and psychiatrists, particularly in the field of psychotherapy. The following pages contain transcriptions of an interview between him and his students, psychologists from the Universidad Católica Andrés Bello's class of 2002, carried out as an act of closure of their university experience. In this conversation, Rísquez narrates, from his own perspective, the history of the field's development in Venezuela, and reflects on his views of psychotherapy. The conversational style attempts to recreate the experience of listening to someone who is renowned as a particularly remarkable speaker.

¹ Fernando Rísquez es psiquiatra, graduado de la Universidad de McGill de Canadá, así como analista junguiano. Es escritor, docente, conferencista y actualmente es el Director del Servicio de Psiquiatría del Hospital Universitario de Caracas. Ha publicado numerosos artículos y libros entre los cuales están: *Conceptos de Psicodinamia* (1975) y *Aproximación a la Feminidad* (1983).

² Esta entrevista fue realizada por los alumnos de la Promoción del año 2002 de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello. A ese grupo joven de colegas le debemos el agradecimiento por haber realizado dos entrevistas en julio del 2002 que aquí se han ordenado como un solo texto y por permitirnos registrar el paseo por las clases del Dr. Rísquez.

“Un verdadero maestro es un inspirador.
No un riel de tren”.

Fernando Rísquez

El Dr. Fernando Rísquez ha sido una de las figuras emblemáticas de la psicología en Venezuela, así como uno de los principales propulsores y maestros de la psicoterapia. Su pasión por la psicología ha sido transmitida a generaciones de psicólogos y médicos a través de sus clases en la Universidad Católica Andrés Bello, la Universidad Central de Venezuela, el Hospital Militar Dr. Carlos Arvelo y el Hospital Universitario de Caracas. Ha compartido su pensamiento con una potencia inigualable a través de los años en una multitud de clases y conferencias. Pocos maestros logran hacer del salón de clase un espacio tan personal y reflexivo como él. La gama, intensidad y fluidez emocional que transmite a través de la palabra oral, son difíciles de capturar a través de la palabra escrita. La promoción de psicólogos que se graduó en el año 2002 lo invitó a conversar sobre el tema de la psicoterapia como uno de los actos de cierre de su formación de pregrado, así como un intento de hacer un registro de la vivencia de una clase con él. Sobre todo, es un pequeño gesto de agradecimiento a quien tanto ha entregado a la formación de muchos psicólogos y psiquiatras del país. El resultado, entre otras cosas, es un paseo conversacional por la historia de la psicoterapia en nuestro país y por algunas de las ideas del pensamiento del Dr. Rísquez, que en sus mejores instantes, logra ser inspirador.

Rísquez: Yo no sabía, hasta que me puse a hacer esta memoria de la Psicología en Venezuela, que me iba a costar tanto reunir los datos. En realidad, la Psicología se enseñaba en Venezuela desde hacía muchísimos años, desde que los jesuitas tuvieron el primer curso de segundo año de bachillerato, que ha debido ser en los años treinta. Ya se enseñaba Psicología en segundo año de bachillerato y en los liceos de la capital venezolana, de entre los cuales destacan el liceo Andrés Bello y el Fermín Toro. Yo, buscando ahora, encontré que esa psicología de esos años estaba basada en el libro de Fechner. Fechner fue un discípulo de Wundt y es una psicología formalista de raíz experimentalista.

En 1952, yo regreso al país después de mis estudios y me encuentro que para 1953 nombran al Doctor Pedro Sánchez Landaeta (maestro mío, que me guió en la tesis y

Fernando Rísquez

que nació en 1915 y murió en 1992) jefe de la Cátedra de Psiquiatría de la Universidad Central de Venezuela. Y él es el fundador del Servicio de Psicotecnia y Psicopatología en 1959 en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas, hoy en día Hospital Militar. Para 1958, el 23 de agosto de 1958, el Doctor Pérez Enciso llamó (estoy hablando en 1958, ya yo tenía en el país 5 años), para que trabajaran con él, a los doctores Jesús Ortega Durán, Alberto Mateo Alonso y también Juan David García Bacca, que fue un gran profesor en este país. Lo que es importante que ustedes conozcan como psicólogos es que al Instituto Pedagógico fue que llegaron todos los españoles que venían de la Guerra Civil Española y era una gente muy interesante, todos filósofos y biólogos de muy alta categoría, y fue ahí, en el Instituto Pedagógico, donde realmente se creó el engendro de lo que después fue la Psicología de la Universidad Central de Venezuela.

Estudiante: ¿Disculpe, Doctor, García Bacca fue uno de los fundadores de la Escuela de Psicología?

Rísquez: García Bacca fue uno de los fundadores de la Escuela de Psicología, eran Filosofía y Psicología juntas. Y entonces en el Pedagógico no daban Psicología, hasta que llegaron estos españoles, y Filosofía era muy mala. Ellos llegaron e inmediatamente formaron esa Cátedra de Filosofía y Psicología, y Pérez Enciso se quedó mucho tiempo. Pérez Enciso es muy importante, él fue quien instauró los estudios de Psicología en la Universidad Central. En la Universidad Católica los estudios de Psicología comenzaron en 1960 y yo fui profesor con Pérez Enciso del año 59 al 60 en la Escuela de Psicología de la Universidad Central. En el año 60 me llamaron para acá y desde el año 61 yo estoy aquí dando clase en Crítica de los Sistemas Psicológicos, que se llamaba Psicología Crítica en la Universidad Central. Yo traía la misma idea para acá. En cuanto a la gran apertura que se hizo en Psicología, la hicieron los militares. Fue Pedro J. Sánchez Landaeta el que la inició, con Francisco del Olmo (1904-1982). El Dr. Francisco del Olmo era un Psicólogo graduado en Barcelona, España, que vino también un poco después y trabajó en la Creole Petroleum Corporation. Fue la coyuntura de trabajar con Francisco del Olmo lo que provocó que Sánchez Landaeta ideara las primeras observaciones psicológicas; es decir, que aplicara los primeros tests psicológicos a los guardias nacionales, soldados y cadetes de la Escuela Militar. Los primeros tests psicológicos que yo recuerdo eran el Beta Test y el de inteligencia de Dominó. El test de Dominó era una verdadera novedad que usamos en el Servicio de Psicotecnia y Psicopatología que fue fundado en 1959 por Sánchez Landaeta. Entonces, yo era el primer alumno. Posteriormente, Sánchez Landaeta pasó a Jefe de Departamento de

las Fuerzas Armadas y después fue Director del Hospital, etc., hasta que se quedó de Director del Servicio de Sanidad Militar. Pero es interesante que la Psicología como tal, es decir, los tests mentales aplicados, los utilizó posteriormente, en 1967. Recuérdense que el Servicio de Psiquiatría y Psicopatología fue fundado en el 59, pero antes ya hacíamos tests, yo diría desde el 50 en adelante. Pero el Departamento de Psicología del Ejército lo fundó el Mayor del Ejército César Miguel Silva, Josué Castillo, Pedro Montaña y el Capitán Víctor Sánchez González. De tal manera que, en el Servicio de Psiquiatría del Hospital Central de las Fuerzas Armadas, en 1961, comienza a tomar forma lo que sería la Psicología dentro del Servicio de Psiquiatría de ese hospital. Acuérdense de que las primeras licenciadas en Psicología fueron en el año 1963. Empezaron en el 59 y terminaron en el 63. En el año 1961, comienza lo que sería la Psicología dentro del Servicio de Psiquiatría del Hospital Central de las Fuerzas Armadas. A mí me correspondió el honor de comenzar ahí en 1961, a meter a las psicólogas, ya les voy a decir: A la Licenciada Paredes, que es la primera Psicóloga que ingresa en el servicio. Un año después entra la Licenciada Graciela Capriles y, en el año 1963, ingresan las Licenciadas Ascensión de Arruche y Maruja Fernández. Todas ellas trabajaron en calidad *ad honorem*. En este mismo período, 1963, se realiza una división del servicio y el Doctor Sánchez Landaeta pasa a ser Jefe del Servicio de Selección y Repartición y, en cuanto a la División de Sanidad Mental, se le cambió el nombre al servicio y se le nombró Servicio de Psiquiatría y Psicología del Hospital Militar. Pero ya tengo que decir que desde el año 53 yo era docente libre de psicoterapia en la cátedra de Medicina de los Doctores Finol, Benaím y León, en la Universidad Central de Venezuela, y ahí estuve dando clases desde 1953 hasta el 59.

Estudiante: Profesor, ¿por qué no nos cuenta un poco cómo era el servicio y qué se hacía?

Rísquez: Voy a terminar esta cosa... porque a mí lo que más me cuesta, chico, es lo de las fechas y los nombres y no quiero meter la pata. Todo lo escribí, lo escribí.

Estudiante: ¿Usted lo escribió ahí en puras hojas distintas, Doctor? En la misma hubiese sido más fácil...

Rísquez: No, no, no, en la misma me confundo. Bueno, entonces, realmente hay dos cosas importantes. Primero, que en el Instituto Pedagógico hayan formado los pedagogos de este país. Muy buenos pedagogos en Filosofía y Psicología. En el colegio siempre nos daban a nosotros Filosofía hasta Kant y Psicología hasta Fechner. Lo único de lo que yo puedo hablar es de las cosas que yo sé. De lo único que puedo hablar

Fernando Rísquez

realmente respecto a la atmósfera que yo encontré cuando volví en el año 1952 es que todavía no existía la Escuela de Psicología. Realmente, como yo les he dicho, si algo aporté yo personalmente a la Psicología en este país fue traer el Test de Rorschach, que no se conocía, y traer una serie de facilidades para enfocar los grupos y la familia. Pero, sobre todo, traer la idea de la Psicoterapia. La Psicoterapia para 1952, cuando yo volví, no se hacía en este país. De tal manera que yo doy cursos de Psicoterapia en el Hospital Vargas de Caracas por primera vez tan temprano como en 1952 y me nombraron Psiquiatra del Hospital Vargas desde 1952 hasta 1953. La fuente de actividad mía era ser Psiquiatra en un Hospital Militar. Eso es muy importante. La única manera como podía ser Psiquiatra en un Hospital Militar es que fuera útil seleccionando. Estoy hablando de selección negativa, a todos aquellos que tuvieran epilepsia, y después seleccionando aquellos que fuesen oligofrénicos, y por eso es que nosotros iniciamos en el Hospital Militar y en la Creole Petroleum Corporation. Se usaba para distinguir unos obreros de otros para ciertas maniobras técnicas de perforación, etc. Los más inteligentes iban subiendo. Entonces, la atmósfera era que los psiquiatras estábamos encerrados en el Hospital Psiquiátrico. Ya se los dije la otra vez, el Hospital Psiquiátrico era digno del siglo XVIII. Había quedado así, es decir, enfermos encerrados, enfermos maltratados, enfermos abandonados. Se entraba, pero no se salía. Las visitas no existían. Fue tan importante eso que a mí se me ocurrió meter a la primera Trabajadora Social en el Hospital Psiquiátrico y con ella nosotros iniciamos los primeros grupos de familiares de pacientes. De Psicoterapia, que es lo que a mí más me ha interesado siempre, pues no había ninguna idea cuando yo me paré en el Hospital Vargas de Caracas recién llegado. Los médicos verdaderamente creían que la Psicoterapia era como otra pastilla, “¿cómo se da la psicoterapia?”, como si fuera aspirina. Entonces, yo tuve que darme cuenta de que aquí había que hacer una aventurosa tarea informativa para los médicos. Los psiquiatras tampoco sabían de Psicoterapia, sólo había los tratamientos que estaban en boga que eran el fenobarbital, el electroshock, los accesos de fijación para que la gente no se moviera y las camisas de fuerza.

Estudiante: ¿Y la lobotomía?

Rísquez: Lobotomía se hizo mucho más tarde, como una gran revolución de Edgar Moniz. Como un gran adelanto, ¿no? *Mea culpa, mea culpa, mea culpa*, yo envié tres pacientes para eso. Pero eso fue ya mucho más tarde: eso fue en el año 63 y yo te estoy hablando del año 52. Si yo me planteo cómo se desarrolló la Psicología en Venezuela,

yo diría que a través de la Psicología Militar. De tal manera que, cuando nosotros fundamos el curso de Psiquiatría en el Hospital Militar, ya yo siendo Jefe del Servicio, pusimos en igualdad de condiciones a estudiantes de Psicología Clínica y estudiantes de Medicina, ¿me estoy explicando? Empezaron a estudiar juntos y eso sí fue una labor personal, mía. Posteriormente, esos cursos provocaron toda una revolución, porque los psicólogos empezaron a meterse en el Hospital Militar y me era muy fácil decir que pudieran ir a diferentes servicios dentro del Hospital. Fue toda una tarea que tuve en el Hospital desde el año 52 hasta el 76, fueron 24 años. Durante todo ese tiempo, el único empeño mío era conquistar cada uno de los servicios. Es decir, tener un Psiquiatra o un estudiante de Psiquiatría o un estudiante de Psicología en Medicina Interna, tenerlo en Traumatología, tenerlo en Cirugía, tenerlo en todas partes, y me fue fácil porque yo había sido cirujano con ellos. Me fue fácil entrar a los pabellones de cirugía y estar ahí con ellos, por lo que mis discípulos fueron metiéndose al Hospital Militar. Otro hombre muy importante en la Psiquiatría de este país, además de Sánchez Landaeta y además de Antonio Oviedo, fue el Doctor Jesús Mata de Gregorio, quien fue un filósofo. Su enfoque era más bien organicista y él fue uno de los que hizo la operación de lobotomía o contribuyó a la lobotomía.

Estudiante: ¿Y el psicoanálisis?

Rísquez: El psicoanálisis llegó aquí a Venezuela con Guillermo Teruel, el primer psicoanalista graduado en Londres que llegó a este país. Y él lo que hizo fue atender pacientes.

Estudiante: ¿Usted incorpora a los psicólogos en el postgrado por iniciativa suya? ¿De dónde vino eso y por qué estaba interesado en meter a los psicólogos ahí?

Rísquez: Sí, porque yo me había educado, no como Psiquiatra, sino con mi Rorschach y eso era psicológico. Era para psicólogos. Entonces, metí a Julieta Paredes.

Estudiante: ¿Qué tipo de trabajo hacen al principio?

Rísquez: Aplican el test de Wais, aplicando tests.

Estudiante: ¿Es pura aplicación de tests o hacen Psicoterapia?

Rísquez: Inmediatamente después, cuando hicieron su curso de postgrado, es que aplicaron Psicoterapia. Eso fue para la década de los sesenta.

Estudiante: ¿Y el postgrado de El Peñón?

Fernando Rísquez

Rísquez: ¡Ah! El de El Peñón vino mucho después. Lo hizo el Doctor Luis Domínguez, pero la intención de Luis Domínguez era una intención puramente psicoanalítica. Era psicoanalista ortodoxo. Eso fue en 1965.

Estudiante: ¿Usted dice que las escuelas psicoanalíticas son posteriores?

Rísquez: Muy posteriores. La ASOVEP (Asociación Venezolana de Psicoanálisis) aparece por los años ochenta.

Estudiante: ¿Y la Escuela Lacaniana?

Rísquez: Ah, eso es ahora en los noventa.

Estudiante: ¿Y Lacan vino a dar unos seminarios aquí en Caracas?

Rísquez: Sí, pero ese no era Lacan. Yo conocí a Lacan cuando era en realidad Lacan.

Estudiante: ¿Ya estaba...?

Rísquez: Ya era medio Lacan. Yo fui amigo de Lacan personalmente cuando viví en París en los años 50. Lo traen aquí en los noventa.

Estudiante: ¿Por qué no nos habla un poco de Lacan?

Rísquez: Lacan era un francés y los franceses se dividen en dos clases: los que están de acuerdo con todo con tal de que sea francés y la gente que no está de acuerdo con nada. Lacan era de los que no estaba de acuerdo con nada. Entonces, Lacan descubrió a Freud y se dedicó a ver cuáles eran las verdaderas razones del sufrimiento del Yo. Los lacanianos son muy Yo. Y su pleito con su íntimo amigo, el de la Psicología Clásica, Henry Ey. Esos eran mis amigos en París, que cuando tenía veinticinco años, ellos tenían cuarenta y cuarenta y cinco años. En ese momento, Lacan no hace ruido. Él hace ruido en el año 60. A mí me gustaba mucho Lacan porque era muy buen clínico e hice cosas que él hacía. Pero no por imitarlo a él, sino porque me nació. Traía a un paciente al auditorio y le hacía dos preguntas y lo hacía salir, suficiente. Era un clínico muy intuitivo y, sin embargo, procedía muy intelectualmente. Henry Ey era otro que prácticamente era un anatomista de la Psiquiatría. Sin embargo, era intuitivo a toda costa, y los dos eran íntimos amigos. Entonces, el pleito fue de los ciclos de Anna Freud y ahí se partieron a tiros uno y otro, y se separaron. Los únicos que se mantenían en silencio eran los junguianos londinenses. En el fondo, se perdía la belleza de lo que había hecho Freud, que es acabar con la intelección.

Estudiante: Háblenos un poco sobre su concepción de la Psicoterapia.

Rísquez: ¿Qué factores se necesitan para que se dé la Psicoterapia? De parte del paciente se necesitan dos grupos de factores: los factores llamados motivacionales y las potencialidades del paciente. En esto también procedemos médicamente. En Medicina siempre procedemos por la negativa. Definimos por el no: una cosa es lo que no es otra cosa. Por lo tanto, decimos que es necesario que un paciente esté motivado para entrar en Psicoterapia. En el caso de la depresión, tenemos la paradoja de que el deprimido por antonomasia cree, cualquiera que sea su tipo de depresión, que no es curable, que lo suyo es único, que no tiene remedio. Por lo tanto, no debe extrañar que en las estadísticas médicas nosotros veamos que una mínima proporción de enfermos deprimidos recurran al auxilio de un psicoterapeuta, reconociéndose enfermos con una posibilidad de mejorarse. Por otra parte, la potencialidad del paciente: tenemos que erradicar una serie de pacientes que no tienen el suficiente nivel funcional mental para recibir una terapia efectiva y aquellos pacientes que no tienen el nivel económico para soportar el costo del tratamiento.

Estudiante: ¿Y qué se hace con aquellos pacientes?

Rísquez: Bueno, yo los mando a un Internista, a un Homeópata y a un Psicólogo. Ahí lo evalúan y me dicen si es o no inteligente. Yo más o menos me oriento por ahí... Desde el punto de vista familiar, tenemos dos tipos de polos en la depresión. El primer polo es el de la absorción familiar. Hay familias que absorben más a los depresivos y sus circunstancias. Y, por el otro polo, tenemos el rechazo familiar. Hay familias que, por el contrario a la absorción familiar, lo rechazan de plano de la actividad afectiva familiar. Y después viene lo que yo les he hablado tanto a ustedes. Desde el punto de vista del terapeuta, debemos considerar tres cosas en la psicoterapia de la depresión. Primero, tenemos la ecuación personal del terapeuta. Con ecuación personal, describió Jung, discípulo de Freud, la noción de la calidad física, la calidad psíquica y los intereses del terapeuta, que le hacen predestinado para soportar en un momento dado una reacción depresiva y una situación de rechazo. Por el otro lado, el rango terapéutico, para todos ustedes, sobre todo los más viejos, es conocido que con los años de funcionamiento de un psicoterapeuta su interés va cambiando. Por ejemplo, de la histeria a la esquizofrenia, posteriormente a la psicosis maniaco-depresiva y generalmente los psicoterapeutas más maduros son los que se encargan de la depresión. Y, finalmente, tenemos el tono terapéutico. Es necesario que exista el tono especial de la terapia que permita la comunicación entre el terapeuta y el paciente.

Fernando Rísquez

Estudiante: ¿Y cómo comienza usted a interesarse por la Psicoterapia?

Rísquez: Lo psicológico me entró a mí por el test de Rorschach y por mis conversaciones psicoanalíticas con Chantrier. Él fue el primero que me dio idea de lo que era la Psicoterapia. En ese momento, ya había un movimiento psicoterapéutico que tenía que ver con los niños; se atendían niños en el hospital. Y había otro movimiento más bien social.

Estudiante: ¿Usted estaba en análisis con él?

Rísquez: Yo estaba en análisis. Yo estaba en análisis con él todo ese año y parte del segundo año, cuando me mandaron a París, al Primer Congreso Mundial de Psiquiatría. Y, entonces, Chantrier me dijo: “ya es suficiente, ya está analizado, haga lo que quiera”.

Estudiante: Así que le dieron de alta en un año...

Rísquez: Me dieron de alta al año. No creo que me curaron nada, pero sí me ayudaron a comprender que era posible, que podía ser Psicoterapeuta.

Estudiante: ¿Y qué fue lo que usted empezó a ver que le cambió la atención de la orientación médica de la que usted venía?

Rísquez: Lo que más me llamó la atención, de lo que aprendí con el psicoanalista y con el Rorschach, es que se me quitó la evidente distancia que hay para todo psiquiatra entre lo que es un neurótico y lo que es un psicótico. Yo aprendí rápidamente que los neuróticos son psicóticos más o menos inconscientes. Que tienen un inconsciente y que el inconsciente es psicótico; el inconsciente no es neurótico, racional. Y aprendí que uno podía establecer nexos con los maniaco-depresivos y los esquizofrénicos. A tal punto, que yo comencé a conversar con los esquizofrénicos y esos esquizofrénicos se fueron mejorando y salían del marasmo de la reclusión e iban a la parte aguda del hospital. Yo aprendí desde muy temprano, de muy jovencito, que la Psicoterapia se podía aplicar, no importaba si la estructura era psicótica o neurótica. Aprendí, también, del Psicoanálisis: “¿Qué es un psicótico? Alguien que vive en un sueño”. Se me acabó esta ruptura esencial que volví a observar en París. En París, los psiquiatras estaban en un sitio silente, cerrado, se llegaba a una hora sin ver quién había salido y todos eran neuróticos o eran psicóticos y no lo sabían. Ahí, en París, leí los trabajos de Freud y me di cuenta de que Freud había dicho de manera tajante que el Psicoanálisis era para psiconeuróticos y para personas inteligentes. Es decir, no se podía psicoanalizar brutos

ni locos. Posteriormente, aprendí de mi maestro Jung, que también había tenido la misma experiencia mía de estar en un hospital mental y tenía que tratar psicóticos: Él analizaba los sueños de los psicóticos.

Estudiante: ¿Qué hizo entonces para formarse y qué influencias tenía?

Rísquez: Yo aprendí muy temprano, porque viví con esta gente, que las distintas escuelas psicoterapéuticas no dependían realmente de situaciones teóricas, sino de situaciones muy prácticas. Que Adler peleó con Freud y que el otro se casó con otro y así nacieron las escuelas. El peleón de turno tenía otros discípulos y se encargaba de que no se conocieran los otros. Y, bueno, como yo estaba acostumbrado a ver psicóticos, todas las escuelas me parecían a mí, me siguen pareciendo, *façon de parler*, maneras de hablar de la realidad, que resumen esa idea que tenemos los hombres y las mujeres de hacer partido, de hacer comunidades separadas y de diferenciarse. Yo nunca he creído en eso. Respeto mucho a los lacanianos, respeto mucho a los junguianos; de hecho, represento a los junguianos aquí. Pero durante mucho tiempo he sido invitado por los psicoanalistas ortodoxos. Conozco el otro grupo ortodoxo. Conozco los guesaltianos. Y me parece que uno para ser Psicoterapeuta tiene que probar lo mejor de cada uno de esos grupos y me refiero a lo mejor de cada persona que se haya distinguido teniendo unos discípulos.

Estudiante: ¿Entonces decidió no hacer la formación en una escuela?

Rísquez: Sí, como no, yo presenté. Para llevarle la contra a Chantrier. Yo era grande ya, tenía unos veinticinco años, y presenté en el Círculo Psicoanalítico del grupo de Anna Freud. Recuerdo una psicoanalista que vivía en Londres, que me cayó muy mal, que me hizo una primera entrevista, de esas entrevistas ortodoxas: “¿dónde nació usted?” y “¿sueña usted?”. Después, me tocaba Winnicott. Winnicott era un hombrecito así, montado en un escritorio enorme, en una silla enorme y debajo tenía un cojín puesto. Y la pregunta inicial fue: “*have you suffered?*”, es decir, “¿ha sufrido usted?”. Entonces, le dije: “*No. I have no idea what suffering is. I have never suffered and I hope not to suffer at all. And in order not to suffer, I won't be seeing you anymore in my life*”. Y, por supuesto, no me admitieron a la Sociedad Psicoanalítica. Pero Winnicott hizo uso de eso con mi amigo Whitmore, el canadiense. Le dijo: “ahí viene un tipo que es absolutamente libre”. Posteriormente, me analicé con Riklin por la cosa de Jung, y después de un año me dijo: “entonces, chico, usted lo que tiene que hacer es volver a Venezuela, porque usted es un niño malcriado, superdotado, que cree que puede hacer lo que le da la gana con todo el mundo y usted lo que necesita es sufrir”. Y yo le dije “eso

Fernando Rísquez

es lo mismo que me dijo Winnicott hace año y medio. ¿Dónde cree usted que debo ir a sufrir?” y me dijo “vaya a sufrir a su país”. Y eso coincidió con que Pérez Jiménez me mandó a llamar. Pero lo que yo no le perdoné a este “muérgano” nunca es que yo tenía a Jung ahí mismo. Jung estaba muy viejo, pero estaba ahí mismo y me hubiera visto directamente con Jung. Así que esas han sido mis experiencias con psicoterapeutas. Respecto a la Psicoterapia, sólo hay unas personas que le enseñan a uno Psicoterapia, que son los pacientes. Esos sí le enseñan a uno Psicoterapia de verdad.

Estudiante: ¿Y cómo es su entrada a lo junguiano y luego a lo psicodramático?

Rísquez: Lo psicodramático sí es mucho más tarde. Es por allí por el año sesenta y tres, porque fui a un congreso de Psicodrama con Levy-Moreno en Barcelona y le caí muy bien. Le caí demasiado bien. Y, entonces, delante de todo el mundo, me dijo: “¿quién es usted que hizo esa pregunta? ¡venga acá!” y me sentó a su lado. Me sentó al lado y dijo “¡usted es un Psicodramatista! ¡usted ya es un Psicodramatista!” y entonces se paró como era él, maníaco siempre, se paró así, un judío grandísimo, así grandote y hablaba así: “¡éste es un Psicodramatista, vean cómo se sienta, miren cómo los mira!” “sí, puede encender la pipa aquí, no importa”. Y me nombró inmediatamente miembro del grupo psicodramático internacional. Con él me puse a ver que lo que hacíamos nosotros cuando hacíamos Psicoterapia con alcohólicos era Psicodrama. Psicodrama alcohólico, pero era Psicodrama. Psicodrama es simplemente lo que yo hago con ustedes, yo se los he dicho varias veces, esto es un psicodrama. No es sino sacar toda la emoción y referirla a de dónde viene. Tú me puedes dar un besito ahorita y decirme que no me vas a dar la tesis ahorita, pero en realidad con quien estás hablando es con tu tía que te hacía daño cuando no te sentabas. ¿Me entiendes? El Psicodrama no es más que usar a Sigmund Freud, el inconsciente, para analizar las cosas que en sociedad le producen a uno malestar.

Estudiante: ¿Y lo junguiano?

Rísquez: Bueno, respecto a lo junguiano, me encontré posteriormente con Riklin y con él sí me analicé varios años. Me analicé yendo y viniendo a Suiza. Y Riklin se me reía mucho, porque decía que lo mejor era que me hubiera analizado con él porque éramos muy parecidos. Éramos militares, éramos intuitivos y éramos extrovertidos. Me hizo una serie de ceremonias suizas, llevarme a la montaña y entregarme una leche especial que la bebiéramos los dos, y me hizo ciudadano suizo de hace quinientos años. Y yo lo que aprendí con él era que podía ser junguiano sin ser introvertido. Sin pensar nada más “dame un sueño, déjame analizar tu parte psicótica”, eso. A lo que yo le he

huido siempre es, porque eso sí me lo enseñaron de chiquito, yo soy caraqueño, es que uno puede ser de todo, pero uno no puede ser cursi. La palabra es una palabra traída del inglés. La palabra cursi es no ser veraz, no ser sincero, no ser verdadero y además echárselas. Una persona cursi dice “yo me gradué en la Universidad Católica” como si eso fuera mejor que graduarse en cualquier otra parte.

Estudiante: Me genera curiosidad, ¿en qué cree que lo ayudaron esos procesos de análisis?

Rísquez: Me ayudaron a mí, personalmente, para saber lo que era el duelo. Aprendí que había dos clases de duelo: los duelos conscientes y los duelos inconscientes. Y los peores son los duelos conscientes que después se hacen inconscientes. Y eso fue lo que yo más aprendí. De manera que, siendo un tipo en apariencia alegre y en apariencia extrovertido y en apariencia todas esas cosas, aprendí lo que realmente yo tenía que trabajar, lo que yo tenía que trabajar en todo el mundo, no en casi todo el mundo, sino en todo el mundo: el duelo. Y por eso ven que cuando yo doy Freud yo le doy tanta importancia al trauma del nacimiento. Porque el trauma del nacimiento es el primer duelo y eso lo tiene todo el mundo. Con eso contesto tu pregunta. Descubrí que lo único que yo tenía que hacer era resolver o tratar de entender, no, resolver no, porque resolver es una palabra muy pretenciosa, sino, aceptar, el duelo.

Estudiante: Si no lo hubiera aprendido, a aceptar el duelo, ¿cómo hubiera cambiado eso las cosas?

Rísquez: Bueno, me hubiera metido en una escuela cualquiera pensando que la Psicoterapia lo resuelve todo. Me hubiera hecho superficialmente sociable y socio de alguno de esos grupos. Cuando tú sabes que lo que tienes es un duelo y que ese duelo se remarca, en el caso mío, cuando mi madre muere cuando tengo cuatro años, el duelo del objeto primario, el trauma de separación, se multiplica por N veces. ¿Me estoy explicando? Cuando uno llega al punto de tocar, como en el caso mío, el duelo por la madre, sin embargo, queda el otro, el que te ha hecho diferente a los demás, y es que la madre se murió de verdad. Claro, que es más útil para un Psicoterapeuta reconocer su propio duelo y uno no reconoce sus cosas sino cuando uno lo ve en otro.

Estudiante: Usted ha hablado mucho del análisis directo que hacía Rosen. ¿Por qué nos habla de esto?

Rísquez: Análisis directo es contactarse con lo que el paciente te trae como drama. Como drama, sin tomar en cuenta ningún otro subterfugio. Por supuesto, no hay nada

Fernando Rísquez

más directo que contactar con una persona que tiene el Yo roto, como el esquizofrénico, porque allí directamente con lo que tocas es con las imágenes. Y yo se los expliqué, con la celulita, ¿recuerdan? La celulita en el centro, y yo coloco la imaginación, la capacidad para percibir imágenes. Para mí eso es lo esencial. Posteriormente, aprendí con la experiencia que lo que yo creía que se terminaba con la imagen del trauma del nacimiento tenía otras apariciones en cierto tipo de sueños que Jung llamaba arquetipales y que te permiten a ti observar el duelo primigenio desde otro punto de vista, pero son simplemente añadidos culturales al problema fundamental. El problema fundamental del hombre es su duelo por estar aquí. La manera, por ejemplo, lo estudié ahora de grande, lo aprendí el año pasado, de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Yo no hice nunca los ejercicios con los curas, pero realmente, estudiando ese libro ahora de viejo, me doy cuenta de que lo que habla San Ignacio allí es que los ejercicios espirituales son los requerimientos suficientes para aquilatar tu propia Sombra. Que esa Sombra nos mete en los pecados capitales. Recuerden que era católico, cristiano. Él de lo que habla fundamentalmente es de Sombra. Por eso, los ejercicios espirituales tienen esa fuerza extraordinaria. Es el estudio de la Sombra. La Sombra está manifestada en todos tus defectos. ¿Cuáles son los siete pecados capitales, a ver? Envidia, Pereza, Ira, Gula, Lujuria, Avaricia y Soberbia. Así me los enseñaron a mí. Entonces, los ejercicios espirituales, como un buen psicoanálisis, como un buen ejercicio de meditación, como un buen ejercicio de Yoga. Pero uno tiene, para llegar a ser un gran Psicólogo, que analizarse primero esto: “¿Cuán soberbio soy?” ¿Contra la soberbia? La humildad. “¿Cuán bravo o iracundo soy?” ¿Contra la ira? Lo que ustedes me tienen a mí: paciencia. ¿Contra la avaricia? Largueza. ¿Contra la lujuria? Castidad. ¿Contra la gula? Templanza. ¿Contra la pereza? Diligencia. ¿Contra la envidia? Caridad. Entonces, analícense con quien se analicen, hagan lo que ustedes hagan, si ustedes quieren ser buenos psicólogos, ustedes tienen que conocerse y uno sólo se conoce cuando conoce estas cosas. ¿De cuáles sufren ustedes?... Ah, vamos pues. ¿De cuáles sufren ustedes?... Vamos pues. De lujuria, todos. No... La envidia. Yo lo he escrito, cuáles son las dos vocaciones que existen en el mundo: o se es cura o se es médico. ¿Quiénes son los más envidiosos? Los médicos. Y los psicólogos clínicos, que son como los médicos, son sumamente envidiosos. Los otros no, los otros son unos trapaceros que escriben sobre máquinas de escribir, ahora computadoras, y eso les baja la envidia, ¿no? ¡Bueno, no se queden callados! ¿Ya sacaron la cuenta de cuál es su pecado capital? ¿Tú, anda, escoge, pues?

Estudiante: ¿Ah?

Rísquez: “¿Ah?”. B, C, D. ¡Pero no seas necio, qué importa que estés en público! ¿Ustedes ven cuánta soberbia hay acá? ¡Por eso yo me siento como una hermanita de la caridad con ustedes! Bueno, ¿y ahora?

Estudiante: ¿Doctor, cuéntenos cómo ha cambiado su práctica terapéutica con estos años?

Rísquez: De lo que yo más me di cuenta durante este último siglo, es de que el espacio necesita su espacio, el tiempo necesita su tiempo y el movimiento necesita su movimiento. Esas tres cosas van en contra de la Psicoterapia. Si yo te digo “vamos a hablar una hora de Psicoterapia”, entonces yo me tengo que reposar al lado tuyo para hacer Psicoterapia, porque yo no sé cuánto tiempo vas a hablar de tu gula. No te voy a decir “tienes quince minutos para hablar de tu lujuria”. ¿Me estoy explicando? Esa es la crítica que hago. Tiempo, espacio, movimiento. Tú me dices en qué he cambiado. Bueno, que ahora lo digo. Antes lo hacía, más o menos, pero con cierto problema, “bueno, voy a llegar tarde y tengo que seguir oyendo otra vez”. Ahora todo el mundo sabe, me vas a ver a mí, vienes en la tarde. Si alguien tiene que pasar, primero me lo pide y le digo: “pase”. Pero nada de eso de que llega a las dos y cuarto hasta cuarto para las tres. Lo que sí he aprendido es que al comienzo de la psicoterapia, las mujeres danzan más que los hombres para llegar al tema. Yo tengo una paciente que ayer me decía: “Doctor, sabe que después de siete años yo me abrí”. ¿Después de siete años viéndome una o dos veces por semana! Y le pregunté por qué y me dijo: “Doctor, porque usted, Doctor, usted se cree muy ácido, usted se cree muy agresivo, usted se cree muy invasivo... y es mentira, Doctor, es mentira. Yo comprendí luego de siete años que delante de usted se podía decir cualquier cosa. Que usted me lo iba a guardar y que usted no se asombra de nada. Y que las mejores conversaciones que he tenido con usted las he tenido en el ascensor”. ¿Qué me estaba diciendo? Que conmigo no había perdido el tiempo, no había perdido el espacio. ¿Entendieron eso? ¿Qué otra pregunta?

Estudiante: ¿Y el horario, Doctor, no tiene también que ver con los duelos, los límites, con que uno desearía que se cumpliera todo pero no se puede?

Rísquez: ¿Tú sabes lo que me enseñaron a mí las mujeres? Que las verdaderas cosas buenas, verdaderamente buenas, si se miden, no son. A ver, dame la mano. Dame la mano... ¿Cuánto tiempo fue?

Estudiante: No sé.

Fernando Rísquez

Rísquez: Yo tampoco. Y si sé, lo maté. Maté el beso. Lo maté. ¿Entendiste? Eso no quiere decir que yo no respeto muchísimo a toda la gente cercana a mí que hace Psicoanálisis. No. Lo único que estoy diciendo es lo que ha pasado con mi psicoterapia, y es que he aprendido que lo que va a suceder en Psicoterapia depende del tiempo de ti, no de mí. Yo no puedo decir son las diez y cinco. No puede ser... Todo lo que estoy diciendo es lo que me sirve a mí, solamente lo que me sirve a mí. No es que sea así.

Estudiante: ¿Y, Doctor, en los cincuenta años alguna vez se ha cansado de hacer Psicoterapia?

Rísquez: Jamás. Jamás. Porque el cuento del otro siempre me fascina. Y lo que sí siempre le digo a mis pacientes cuando llegan es que aquí pueden hacer los que les da la gana y yo también. “¿Dónde me siento doctor?”. “Donde le dé la gana”. El sitio.

Estudiante: ¿Doctor, alguna vez ha tenido una persona que usted piensa que no la puede ayudar?

Rísquez: Visto, no, lo he dicho. Lo he dicho y después he sacado mis estadísticas: a todos los que les he dicho eso eran histéricas o histéricos. Porque no hay cosa que moleste más a uno que le pongan la propia enfermedad y se la pongan así a uno y después le digan que eso no se cura. ¿Me entienden? Lo peor que te puede pasar en Psicoterapia o en tu vida es... ¿cómo te llamas tú?

Estudiante: Carlos Navas.

Rísquez: Lo peor que te puede suceder es que te encuentres a Carlos Navas frente tuyo en el consultorio.

Estudiante: Usted dijo que en un momento dado le recomendaron que se viniera a Venezuela...

Rísquez: Me recomendaron, no. Me ordenó mi psicoterapeuta.

Estudiante: ¿Qué piensa de esa decisión de regresar?

Rísquez: Me parece magnífico.

Estudiante: ¿Por qué?

Rísquez: Porque si no me hubiera quedado por allá y me hubiera casado con una francesa y estaría hablando pistoladas de Jung y no le hubiera enseñado nada a nadie.

Estudiante: ¿Y conoció el sufrimiento?

Rísquez: ¿Conocí el sufrimiento?

Estudiante: ¿No le mandaron a conocer el sufrimiento?

Rísquez: ¡Ah! No. No tuve tiempo de sufrir, porque estaba demasiado ocupado descubriendo cosas, inventando cosas y nombrando cosas. Demasiado. Y esa es la historia que les vine a contar hoy. Encontré que los médicos no conversaban con los pacientes. Con los familiares, cuantiménos. Encontré que los Psicólogos estaban apartados de los Médicos y que los Psiquiatras seguían viviendo, como yo los dejé, en los manicomios. Así que no tuve tiempo de sufrir nada. Sino de sorpresa en sorpresa es que se hacen cosas... ¿Qué estarán pensando los sujetos estos?

Estudiante: ¿Si al final terminó haciendo Psicoterapia, por qué no fue Psicólogo en vez de Médico?

Rísquez: ¿Qué? Yo no terminé haciendo Psicoterapia, yo llegué haciendo Psicoterapia.

Estudiante: Bueno, ¿por qué no fue Psicólogo?

Rísquez: Porque ya era Psicólogo, yo estudié Psicología en McGill. Fuimos los primeros que nos graduamos de Psiquiatra en el mundo entero. Psiquiatras, que implicaba Psicología. Eso fue lo que inventó Cameron. ¿Cuál otra pregunta?

Estudiante: ¿Qué opina de este grupo?

Rísquez: “Riéndose” Que son un grupo tan elegante, que no queriéndose mucho entre sí, tienen la elegancia de no demostrarlo. Me gustan mucho porque dicen lo que piensan y no andan “jalándole mecate” a nadie. Y en verdad, en verdad les digo, que lo que siempre he enseñado es que si ustedes se respetan a sí mismos, harán entonces lo que hago yo. Si ustedes en verdad se respetan a sí mismos, harán lo que les dé la gana. ¿Está pago?

LA SALUD-ENFERMEDAD MENTAL: PERSPECTIVA DE LOS PACIENTES PSIQUIÁTRICOS HOSPITALIZADOS

Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama¹

Resumen

Se presentan los resultados de una investigación que se realizó sobre la construcción del discurso acerca de la salud enfermedad mental de pacientes psiquiátricos. La información se obtuvo a través de entrevistas semiestructuradas y se sometió a análisis de contenido (interpretativo) con apoyo del programa Tally (v. 3.0). Se partió del socioconstruccionismo, el cual considera que los conocimientos son construcciones que se generan mediante el lenguaje. Las categorías que los pacientes utilizan para definir la salud y la enfermedad mental, así como los procedimientos terapéuticos, están estrechamente relacionadas con los discursos de divulgación científica, no obstante, presentan peculiaridades propias a la cultura del paciente.

Abstract

The article presents the results of research carried out on the construction of discourse about mental health and mental illness by psychiatric patients. The information was obtained through semi-structured interviews and content analysed using Tally (v.3.0). The theoretical framework is social constructionism, which postulates that knowledge consists of constructions generated through language. Categories used by patients to define mental health and mental illness, as well as therapeutic procedures, are closely related to the discourses of popular science; nevertheless, peculiarities typical of the patient's culture are also observed.

¹ Claudette Dudet Lions es psicóloga social de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología. Profesora de la Facultad de Psicología de dicha universidad, adscrita a la Coordinación de Psicología Clínica. Emily Ito Sugiyama es Doctora en Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México, profesora de la Facultad de Psicología, adscrita a la Coordinación de Psicología Social.

En el área de la salud, las teorías basadas en los conocimientos populares han sido denominadas legas o del sentido común y han sido estudiadas a partir de diversas investigaciones que se han llevado a cabo sobre distintos tópicos de la salud y la enfermedad, y sobre otras construcciones del conocimiento (Fernández-Ríos, 1994; Furnham, 1994).

Las teorías legas parten de los postulados de la sociología del conocimiento y de la psicología social que enfocan el carácter construccionista de los problemas sociales, ya que son las personas quienes atribuyen el calificativo de problemático a ciertos sucesos, dándoles un significado desfavorable. Una vez que algo es reconocido socialmente, se legitima y se manifiesta como un conjunto de creencias y conocimientos fundamentales. Esta legitimación conforma un universo simbólico que entra a formar parte del lenguaje cotidiano construyendo la realidad social de las personas, siendo ésta la forma en que los problemas sociales se vuelven específicos de un contexto, de un lugar y de un tiempo determinado. Por tanto, los problemas sociales y los conocimientos se conciben como legitimaciones sociales en las que las ideologías juegan un papel importante, proporcionando una imagen de la sociedad y un programa sociopolítico (Fernández-Ríos, 1994; Gergen, 1996; Ibáñez, 1996).

Las investigaciones llevadas a cabo en relación con la locura, en términos generales, pueden ser clasificadas en dos tipos (Cabruja, 1988): (1) Los estudios de actitudes sobre la enfermedad mental en los que se informa de rechazo hacia los enfermos mentales por parte de la población, clasificando a esta última con base en la clase social, el nivel educacional y la edad (Ruíz, 1977; Ylla, Ozaiz, Torregrosa, Aguirre y Guimon, 1981; Rodríguez, 1982; Buendía, 1984, cit. Cabruja, 1988). (2) Los estudios sobre la representación social de la enfermedad mental bajo diversas perspectivas y con resultados múltiples, como son la formación de las representaciones sociales de la enfermedad mental y el rechazo a los enfermos (Jodelet, 1984, 1986), las representaciones sociales de la enfermedad mental (Herzlich, 1969; Martínez y Herreros, 1984, c.p. Cabruja, 1988), y las investigaciones sobre representaciones sociales y situación socioeconómica (Ylla, 1981; Páez, 1985, c.p. Cabruja, 1988).

Como puede observarse, los trabajos se han enfocado en conocer la relación entre la población general y la psiquiátrica, con base en las actitudes o representaciones sociales de las primeras con respecto a las segundas. Sin embargo, consideramos que resulta de primordial importancia estudiar también los conocimientos populares en el campo de la salud-enfermedad, ya que se considera que representan una base fundamental para

Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama

la co-construcción de conocimientos alternativos para las investigaciones enfocadas a la participación y al diseño de programas sociales de prevención y atención, así como de modelos y técnicas de intervención.

Desde esta perspectiva, el objetivo de la presente investigación fue conocer los conocimientos sobre salud y enfermedad mental de los pacientes psiquiátricos hospitalizados.

Método

Muestra: participaron 39 pacientes psiquiátricos hospitalizados en un nosocomio público (19 hombres y 20 mujeres), que fueron seleccionados por criterio (Strauss y Corbin, 1991). Este criterio incluyó, por un lado, que los pacientes quisieran participar (con consentimiento informado) y, por el otro, que su estado físico y emocional les permitiera poder llevar a cabo las entrevistas, por lo que quedaron fuera, principalmente, los casos con diagnóstico de retraso mental severo, síndrome orgánico cerebral crónico y psicosis en fase aguda.

La muestra de los pacientes quedó conformada con las siguientes características: 51% fueron mujeres y 49% fueron hombres, cuyas edades oscilaron entre los 19 y los 60 años; el mayor porcentaje lo tuvieron los pacientes de 30 a 39 años (49 %), siguiéndoles los de 20 a 29 años (23%). Respecto a la escolaridad, 25% de los pacientes eran alfabetas, 14% tenían la primaria completa, 19% secundaria, 16% preparatoria o carrera técnica, 18% profesión y, solamente un 8% eran analfabetas. Contaban con un empleo el 62%. De la muestra total de pacientes, 55% se encontraban internados por primera vez y 45% eran de reingreso.

Para la obtención de información se utilizó una guía que se desarrolló a manera de entrevista semiestructurada (Sierra, 1998) con una duración promedio de 45 minutos. La mayoría de los pacientes permitió que se les grabara. La entrevista se llevó a cabo individualmente y fue confidencial. Asimismo, se hicieron los registros pertinentes para la elaboración del diario de campo.

Las preguntas semiestructuradas de la guía fueron desarrolladas como temas. Cada una de estas preguntas-tema constituye una categoría global preestablecida. Las siguientes áreas temáticas fueron consideradas: definiciones de salud y de enfermedad mental, causas que originan la enfermedad mental, diferencias entre enfermedad mental y locura, tratamientos, motivos de hospitalización, trato hospitalario, trato

social, y comentarios generales (en donde se registraron todos aquellos comentarios e intervenciones libres que no fueron contempladas de inicio).

El análisis de la información se realizó a través de un Análisis de Contenido cuali-cuantitativo (López-Aranguren, 1986; Ruíz e Ispizúa 1989). Para esto último se empleó el programa de cómputo Tally versión 3.0 (Duke University Press, 1991; Gotto y Trotter, 1993), que analiza los temas y el contenido del texto y ayuda a ordenar y a manipular los datos electrónicamente, para obtener frecuencias, porcentajes y matrices de ocurrencias.

Resultados

Se encontró que el discurso global de los pacientes sobre la salud y la enfermedad mental está construido con sus diversos conocimientos, que se basan en definiciones, causas, descripción de comportamientos, analogías y metáforas.

Definiciones de Enfermedad Mental	Mujeres	Hombres
Ubicación	26.03 %	28.95 %
Causas	12.33 %	15.79 %
Descripción del comportamiento	15.07 %	13.15 %
Contenido de la definición	42.47 %	42.11 %

Las definiciones están construidas principalmente con base en tres aspectos: a) por la ubicación que le dan a la enfermedad (principalmente, física y, en menor proporción, como proceso mental): "...dolores de cabeza, ataques, infección de los nervios..."; b) las causas que la provocan (el uso de drogas y alcohol, golpes, problemas psicológicos, causas hereditarias, problemas familiares, brujería, contaminación y estrés): "...por eso su mente de tanto trabajar y trabajar, estalla, explota, enferma mentalmente"; y c) por la descripción del tipo de comportamiento que presentan las personas enfermas (comportamientos antisociales, alteraciones mentales y/o comportamientos irracionales de falta de autocontrol): "Deficiencia en la capacidad de razonamiento. Es carecer de facultades mentales y que se está en un tratamiento psiquiátrico".

Como parte de estas definiciones se dan las metafóricas o analógicas, en las que utilizan otras definiciones o procesos de la vida cotidiana (Sontag, 1996): "Como dice mi papá, me cambiaron los transistores", "Se me botó un tornillo". Definiciones más de carácter

Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama

romántico y místico, en las cuales la enfermedad es vista como sabiduría y experiencia (Foucault, 1981; Cabruja, 1980; Sontag, 1996): *“Es tener muchos conocimientos”*. O como un estado del amor: *“está mal de los nervios por una decepción amorosa”*. En menor proporción se dan las definiciones de carácter científico, pues éstas más bien obedecen a la experiencia de los pacientes, entre otros factores: *“El tipo de comportamiento que se presenta en menor escala en una cierta sociedad”*.

Para algunos pacientes, la enfermedad mental es como cualquier enfermedad que se cura con tratamientos médicos y medicinas, no identifican diferencias respecto de otras enfermedades: *“Cuando uno está enfermo de la cabeza debe uno estar aquí con los doctores”*. Conforme los pacientes han tenido otras hospitalizaciones y tratos con especialistas, entonces sí van marcando más la diferencia de enfermedad mental, dan definiciones y causas más precisas, de carácter científico, sobre todo con tendencia médico-psiquiátrica y psicológica: *“Un desequilibrio biomédico de las enzimas cerebrales”*. Lo anterior también sucede con los tratamientos, a mayor experiencia sus conocimientos se dirigen más hacia lo psicológico y psicoterapéutico, sin soslayar los tratamientos farmacológicos (salvo algunas excepciones).

Definiciones de Enfermedad Mental	Mujeres	Hombres
Causas orgánicas	17.92 %	55.93 %
Causas psicológicas	57.51 %	33.36 %
Causas sociales	17.92 %	5.38 %
Causas ambientales	1.89%	3.23 %
Causas mágico-religiosas	2.83 %	2.16 %

Como parte de las definiciones de las causas de la enfermedad mental, ya en específico, se observa que, a pesar de que algunas de las causas a que aluden los pacientes son muy particulares a su propia problemática, la mayoría de estas atribuciones son compartidas y evidencian los comportamientos específicos de acuerdo con los roles y el género: *“Puede ser orgánica, hay pequeñas lesiones que llegan a no manifestarse”, “...fueron violadas en campo descubierto, otras fueron maltratadas, martirizadas por los hombres”*. Es importante señalar que además de las causas que se clasifican como físicas y mentales, se aluden también a causas que se clasifican como sociales, económicas,

políticas y ambientales, lo que pone de manifiesto la problemática social en la que las personas están inmersas (Herzlich, 1970, 1973, 1975, 1986, 1986a; Watzlawick, 1995; Sontag, 1996): *“Una enfermedad de ciudad porque en México todos los trabajos son rápidos, todo se vive muy rápidamente, a veces nadie comprende a nadie, en la calle nadie saluda a nadie, se vive muy activamente”, “...a la crisis social, la situación actual, la crisis política, económica y moral...”*.

Al manejarse otros conceptos como el de locura, sí se establecen diferencias respecto a la enfermedad mental y la consideran como parte de ésta, e inclusive en algunos casos los pacientes se asumen como locos: *“...locura es una cosa, enfermedad de nervios es otra cosa”*. La diferencia radica en grados, la locura es más grave que la enfermedad y los comportamientos son más exacerbados y es más difícil de curar o no se cura: *“la locura es ya la pérdida de la razón total, en cambio, la enfermedad mental puede tener una recuperación...”*. La locura se define más con aspectos de racionalidad y de juicio (Cabruja, 1980). En los casos en que no se establece la diferencia se encuentran expresiones como la siguiente: *“Sí son lo mismo, porque a uno lo catalogan como loco, cuando sale uno del hospital que saben que uno está enfermo, dicen este coate está loco, está delirando”*.

La mayoría de los pacientes considera tener problemas, algunos los relacionan con cuestiones afectivas y emocionales: *“...por lo mismo que yo, que deben haber sufrido alguna emoción muy fuerte o algunos problemas fuertes, y eso fue lo que ocasionó su enfermedad mental”* y, otros, a diversas causas que van desde el consumo de drogas y alcohol, hasta problemas económicos: *“...yo por lo que vine fue por intoxicación de alcohol, por haber golpeado a dos señoras... En lugar de traerme la policía a la Procu me trajo aquí, a este hospital”*. Sin embargo, no todos aceptan que padecen una enfermedad y marcan la diferencia respecto al tipo de enfermedades de la medicina general: *“Unos están enfermos de la mente, otros están enfermos de su cuerpo, es muy distinto el problema en cada caso, ya que cada quien tiene sus propios problemas, cada paciente está enfermo de diferente forma”*.

Con relación al tratamiento, predominan los conocimientos sobre la terapia médico-psiquiátrica, como los fármacos, los electrochoques y los análisis clínicos: *“Pues yo pienso que en México y en muchas partes donde se usan los electroshocks, no se deberían de usar, pues yo vi en un paciente que murió de eso”*. Aunque, como parte del tratamiento, los pacientes consideran que deben darse la comprensión, el cariño y el poder hablar de los problemas, por lo que apelan a tratamientos tradicionales y “caseros”: *“A la enferma*

Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama

de los nervios, dándole mucho cariño, protección, ternura y un poco de compasión, lástima a ese ser que sufre tanto y es tan desgraciado”.

La construcción de los conocimientos de los pacientes está más orientada a su experiencia, a lo orgánico, porque es lo que médicamente les han explicado de su enfermedad y es lo que, en general, predomina en los modelos médicos.

Por otra parte, se observa la dependencia psicosocial de los pacientes hacia la institución, que es producto de la hospitalización y que suele presentarse en las terapias enfocadas exclusivamente al tratamiento médico “curativo”: *“...con obedecer las instrucciones que nos dan en el hospital es más que suficiente”*. Este enfoque causa que se fomente muy poco la autosuficiencia y el ayudarse a sí mismos; así como el que el paciente conozca su problemática, sus tratamientos, su condición de paciente, con el fin de que se involucre y colabore más en su tratamiento y recuperación, durante y posteriormente a la hospitalización (Dudet, 1986; Dudet y Valencia, 1992).

Definiciones de Salud Mental	Mujeres	Hombres
Es normalidad	11.11 %	6.06 %
Pensar, razonar bien, conocerse	30.56 %	12.12 %
No tener problemas	22.22 %	9.09 %
No respondió	2.78 %	27.27 %
No estar enfermo	2.78 %	12.12 %
Equilibrio cuerpo y mente	5.56 %	12.12 %

Respecto a la salud mental, en términos generales se puede observar que hay menor conocimiento y que éste es mayor para el caso de la enfermedad. Se dan muy pocas definiciones específicas de salud con carácter científico y no se apela a las causas que la originan: *“No sé nada porque yo no soy doctor”, “Salud mental es el estado de bienestar físico, biológico (sic), social y económico”*. Es el criterio médico el que debe definirla, pues tienden a ver más la salud en términos orgánicos y de causas físicas.

Respecto al ambiente del hospital, además de la agresión (que depende de los diversos padecimientos), los pacientes se sienten encerrados, lo que también está dado por la orientación de custodia y aislamiento del hospital: *“...me enoja que las cosas se las roban, todo te lo quitan”, “Pues sí siento el ambiente agresivo...y realmente aquí no es una*

hospitalización, sino una reclusión, te tienen aislado de la sociedad". En general, se observa que hay mayor agresión en el ambiente cotidiano de la sala de mujeres, continuamente hay pleitos, insultos, y hasta golpes. En las salas de hombres el ambiente diario es de mayor cooperación y amabilidad, pero cuando hay pleitos e insultos, éstos son más violentos y se llega a la agresión física.

Con relación al trato social posthospitalario y a cómo se ubican socialmente los pacientes, las condiciones de estigma y de problemas laborales se observan en menor medida en los pacientes que tienen condiciones de vida más sencillas, cuyo medio socioeconómico y cultural es menor. Ellos no piensan siquiera en el rechazo al salir del hospital, consideran que se van a reincorporar a su vida, a su trabajo, o que van a encontrar otro trabajo: "Me van a aceptar y me van a atender mejor y a entender más. Me van a tratar normal". La excepción a lo anterior se encuentra en los pacientes que han tenido un comportamiento agresivo hacia otras personas, que tienen problemas judiciales por lo mismo y por uso de drogas y alcohol: "Pues yo digo, yo quien sabe como reaccionarán ellos al verme".

Los pacientes que hablan de problemas laborales y de sentirse estigmatizados por haber estado hospitalizados en un psiquiátrico, son profesores normalistas, profesores universitarios o trabajan en una universidad o escuela, y en su mayoría han tenido otras hospitalizaciones: "...tiene muy mala fama este hospital sí, bueno de locos", "En el trabajo problemas, sí porque en la Universidad hay un Estatuto en el que si se presenta enfermedad mental lo cortan a uno del trabajo, así que laboralmente sí. Ya me avisaron que en octubre se termina mi contrato". En general, el nivel de conocimientos de estos pacientes es más elevado que el de los otros pacientes que son campesinos, costureras, amas de casa, o que no tienen una ocupación remunerada.

En relación con los comentarios, no obstante que el mayor porcentaje se abstuvo de responder, se puede observar que la mayoría pretende salir curada y espera hacerlo pronto: "Me quiero curar pronto para salir de aquí", "Ninguno, ya hablé mucho", "No convertir eso en una torre de marfil donde solamente el psiquiatra conoce el pues efecto que tiene un adoperidol (sic) o cosas así".

Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama

Conclusiones

Abordar desde la perspectiva de los conocimientos societales el proceso salud-enfermedad mental permite darle otro giro a su comprensión, el de su construcción a través de la comunicación y del lenguaje. Por tanto, se asume que la salud-enfermedad mental es un proceso que también se construye comunicativamente y se establece como conocimientos y prácticas sociales.

La salud, la enfermedad mental y la locura son discursos sociales y están conformados por diversos conocimientos como la ciencia, la religión, la experiencia, las creencias, los mitos, las tradiciones y el sentido común. Como discursos que son, tratan de lo que se dice respecto de la salud y la enfermedad mental, de la normalidad y de la anormalidad, de los comportamientos desviados. Desde esta manera de decir, se establecen las pautas de acción y las normas de comportamiento que generan significados y sentidos en la construcciones de las realidades sociales, de acuerdo con las características socioculturales e históricas del momento.

La divulgación de conocimientos científicos puede ayudar a los pacientes a comprender mejor su situación, pero también los puede llevar a incorporar mismos estigmas y discriminaciones que los propios conocimientos propician, y que los lleva a desempeñar cabalmente su rol de enfermo mental, a segregarse de la sociedad y a que ésta los aisle (Scheff, 1970; Goffman, 1981).

A través de las definiciones y de la atribución de las causas de enfermedad mental, se manifiesta la diversidad del género, de los roles, de los conocimientos, de las creencias, de los estilos de vida y del estatus (Herzlich, 1970, 1973, 1975, 1986, 1986a; Sontag, 1996). Es a través del lenguaje que se manifiestan estos procesos y, por lo mismo, el lenguaje es construido y constructor de estilos de comportamiento; es por eso que se consideran la salud y la enfermedad mental categorías lingüísticas o categorías culturales.

Las aportaciones teóricas que han sido retomadas en el marco teórico del trabajo, permiten comprender que es a través del diálogo y del acuerdo que se llega a formar un conjunto de conocimientos que queda como establecido y, que a su vez, construye a sus interlocutores (Fernández-Ríos, 1995; Gergen, 1996; Ibáñez, 1996).

De aquí que se considere importante resaltar que el proceso salud-enfermedad mental es una forma de responder a las condiciones y estilos de vida que se dan en una sociedad. La salud-enfermedad mental es un proceso social que está determinado por los tipos de interacción social y de comunicación que una cultura establece; y, a su vez, norma, institucionaliza y legisla los tipos de interacción, los estilos de vida, las pautas de comportamiento y las formas de socialización para los integrantes de esa cultura.

Entonces conocer y considerar los conocimientos colectivos cotidianos como formas de sabiduría social resulta trascendental para la creación de programas preventivos y para el tratamiento y rehabilitación de los pacientes, como también lo han señalado Herzlich (1970, 1973, 1975, 1986, 1986a) y Jodelet (1986) en sus investigaciones de representaciones sociales, y Furham (1994) y Fernández-Ríos (1994) respecto a las teorías legas. Por otro lado, también se requiere revelar la ideología que conllevan las actividades de prevención, tratamiento y rehabilitación, pues si se pretende una cultura de la salud, ésta debe ser construida de acuerdo con las necesidades de la población y por las personas que forman esa comunidad. Para que estas actividades de prevención, tratamiento y rehabilitación se puedan llevar a cabo, se requiere que en el diseño de los programas de salud se tome en cuenta a la comunidad, ya que cada localidad genera sus propias teorías profanas y muestra preferencia por alguna(s) teoría(s) científica(s).

BIBLIOGRAFÍA

- Cabruja, T. (1988). La imagen popular de la locura. En T. Ibáñez (Coord.) *Ideologías de la Vida Cotidiana*. Barcelona: Sendai.
- Dudet, C. (1986). El Rol del Paciente Psiquiátrico Hospitalizado: Un estudio psicosocial a partir de la propia experiencia del paciente. Tesis licenciatura, UNAM.
- Dudet, C. y Valencia, M. (1992). El rol del paciente psiquiátrico hospitalizado. *Revista de la Asociación Brasileña de Psiquiatría. Asociación Psiquiátrica de la América Latina*, 14, 3, 82-92.
- DUKE UNIVERSITY PRESS (1991). Tally.
- Fernández-Ríos, L. (1994). *Manual de Psicología Preventiva. Teoría y práctica*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1981). *Historia de la Locura en la Epoca Clásica. T. I y II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Furnham, A. (1994). Explaining health and illness: lay beliefs on the nature of health. *Personality and Individual Differences*, 17, 4, 455-466.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y Relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1981). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gotto, G. y Trotter, R. (1993). Curso en Tally 3.0. México: Instituto Mexicano de Psiquiatría.
- Herzlich, C. (1970). *Médecine, Maladie et Société*. París: Mouton.
- Herzlich, C. (1973). *Santé et Maladie. Analyse d'une représentation Sociale*. París: Mouton.
- Herzlich, C. (1975). La representación social. En S. Moscovici (Ed.). *Introducción a la Psicología Social*. Barcelona: Planeta.

Claudette Dudet Lions y Emily Ito Sugiyama

- Herzlich, C. (1986). La mirada del médico y del enfermo. *Salud*. Universidad Veracruzana, 1, 2, 37-45
- Herzlich, C. (1986a). Représentations sociales de la santé et de la maladie et leurs dynamique dans le champs social. En W. Doise y A. Palmonari (Comp.). *L'Etude des Représentations Sociales*. París: Delachaux & Niestle.
- Ibáñez, T. (1996). Construccinismo y psicología. En A. Gordo y J. Linaza (Comp.). *Psicologías, Discursos y Poder (PDP)*. Madrid: Visor.
- Jodelet, D. (1986). Fou et folie dans un milieu rural francais: une approche monographique. En W. Doise y A. Palmonari (Comp.). *L'Etude des Représentations Sociales*. París: Delachoux & Niestle.
- López-Araguren, E. (1986). El análisis de contenido. En M. García et al. *El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ruíz, J. e Ispizua, M. (1989). *La Descodificación de la Vida Cotidiana*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Scheff, T. (1970). *El Rol del Enfermo Mental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sierra, F. (1998). Función y sentido de la entrevista cualitativa. En J. Galindo (Coord.) *Técnicas de Investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes- Addison Wesley Longman.
- Sontag, S. (1996). *La Enfermedad y sus Metáforas y el Sida y sus Metáforas*. España: Taurus.
- Strauss, A. y Corbin, J. (1991). *Basics of Qualitative Research. Grounded Theory. Procedures and techniques*. USA: SAGE Publications.
- Watzlawick, P. (1995). *El Sinsentido del Sentido o El Sentido del Sinsentido*. Barcelona: Herder.



Este ejemplar se terminó de
imprimir en Caracas en
Spetiembre del año 2005
en los talleres de
Editorial Texto C.A.
